

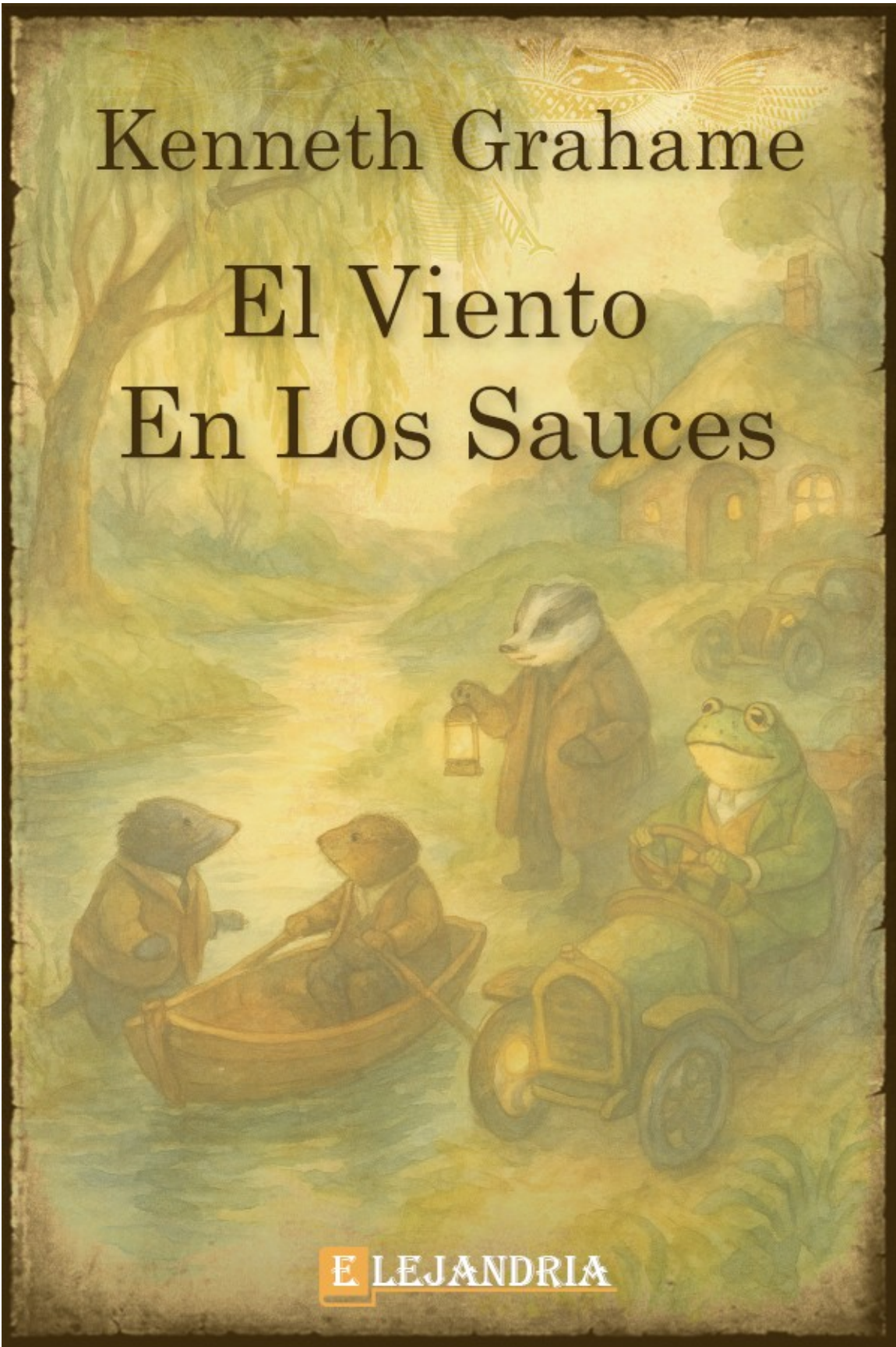
Kenneth Grahame

El Viento
En Los Sauces



Kenneth Grahame

El Viento
En Los Sauces



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL VIENTO EN LOS SAUCES

KENNETH GRAHAME

**PUBLICADO: 1908
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

I. LA ORILLA DEL RÍO

El Topo había estado trabajando muy duro toda la mañana, haciendo la limpieza de primavera en su pequeña casa. Primero con escobas, luego con plumeros; después, sobre escaleras, taburetes y sillas, con una brocha y un cubo de cal; hasta que tuvo polvo en la garganta y en los ojos, y salpicaduras de cal por todo su pelaje negro, y la espalda dolorida y los brazos cansados. La primavera se movía en el aire por encima y en la tierra por debajo y a su alrededor, penetrando incluso su oscura y humilde casita con su espíritu de divino descontento y anhelo. No es de extrañar, entonces, que de repente arrojara la brocha al suelo, dijera «¡Al diablo!», «¡Maldita sea!» y también «¡Al cuerno con la limpieza de primavera!», y saliera disparado de la casa sin siquiera esperar a ponerse el abrigo. Algo allá arriba lo llamaba imperiosamente, y se dirigió hacia el pequeño y empinado túnel que, en su caso, equivalía al camino de grava para carruajes que poseían los animales cuyas residencias están más cerca del sol y del aire. Así que rasgó y arañó y escarbó y se estrujó, y luego se estrujó de nuevo y escarbó y arañó y rasgó, trabajando afanosamente con sus pequeñas patas y murmurando para sí: «¡Arriba vamos! ¡Arriba vamos!», hasta que al final, ¡pop!, su hocico asomó a la luz del sol, y se encontró rodando en la hierba cálida de una gran pradera.

— ¡Esto es estupendo! — se dijo a sí mismo —. ¡Esto es mejor que encalar! — El sol le calentaba el pelaje, suaves brisas acariciaban su acalorada frente, y tras el aislamiento de la bodega en la que había vivido tanto tiempo, el trino de los pájaros felices llegó a su oído embotado casi como un grito. Saltando sobre sus cuatro patas a la vez, en la alegría de vivir y el deleite

de la primavera sin su limpieza, continuó su camino a través de la pradera hasta que llegó al seto del otro lado.

— ¡Alto ahí! — dijo un conejo anciano en el hueco—. ¡Seis peniques por el privilegio de pasar por el camino privado! — Fue derribado en un instante por el impaciente y despectivo Topo, que trotó a lo largo del seto burlándose de los otros conejos mientras se asomaban apresuradamente desde sus agujeros para ver a qué venía tanto alboroto. — ¡Salsa de cebolla! ¡Salsa de cebolla! — comentó con sorna, y desapareció antes de que pudieran pensar en una respuesta completamente satisfactoria. Entonces todos empezaron a refunfuñar entre ellos. «¡Qué estúpido eres! ¿Por qué no le dijiste...?» «Bueno, ¿por qué no dijiste tú...?» «Podrías haberle recordado...» y así sucesivamente, de la manera habitual; pero, por supuesto, para entonces ya era demasiado tarde, como siempre ocurre.

Todo parecía demasiado bueno para ser verdad. De acá para allá por las praderas deambulaba atareado, a lo largo de los setos, a través de los bosquecillos, encontrando por doquier pájaros construyendo, flores brotando, hojas empujando... todo feliz, progresista y ocupado. Y en lugar de tener una conciencia intranquila que lo punzara susurrándole «¡a encalar!», de algún modo solo podía sentir lo alegre que era ser el único holgazán entre todos aquellos ciudadanos atareados. Después de todo, la mejor parte de unas vacaciones quizás no sea tanto descansar uno mismo, como ver a todos los demás trabajando afanosamente.

Pensó que su felicidad era completa cuando, mientras deambulaba sin rumbo, de repente se encontró al borde de un río caudaloso. Nunca en su vida había visto un río: aquel animal liso, sinuoso, corpulento, que perseguía y reía entre dientes, que agarraba las cosas con un gorgoteo y las dejaba con una carcajada, para lanzarse sobre nuevos compañeros de juego que se liberaban con una sacudida, y eran atrapados y retenidos de nuevo. Todo era un temblor y un estremecimiento: destellos y reflejos y centelleos, susurros y remolinos, parloteo y burbujeo. El Topo estaba hechizado, embelesado, fascinado. Trotó a la orilla del río como uno trota, cuando es muy pequeño, al lado de un hombre que lo tiene cautivado con historias emocionantes; y cuando al fin se cansó, se sentó en la ribera, mientras el río seguía parloteando para él, una procesión balbuceante de las mejores historias del mundo, enviadas desde el corazón de la tierra para ser contadas finalmente al insaciable mar.

Mientras estaba sentado en la hierba y miraba al otro lado del río, un agujero oscuro en la orilla de enfrente, justo por encima del agua, le llamó la atención, y soñadoramente se puso a considerar qué morada tan agradable y acogedora sería para un animal con pocas necesidades y aficionado a una residencia fluvial de capricho, por encima del nivel de las inundaciones y lejos del ruido y el polvo. Mientras miraba, algo brillante y pequeño pareció titilar en el corazón de la oquedad, desapareció, y luego titiló una vez más como una diminuta estrella. Pero difícilmente podía ser una estrella en una situación tan improbable; y era demasiado brillante y pequeña para ser una luciérnaga. Entonces, mientras miraba, le guiñó un ojo, y así se declaró ser un ojo; y una pequeña cara comenzó a crecer gradualmente a su alrededor, como un marco alrededor de un cuadro.

Una carita morena, con bigotes.

Una cara redonda y seria, con el mismo brillo en el ojo que había atraído su atención por primera vez.

Orejas pequeñas y pulcras y un pelo espeso y sedoso.

¡Era la Rata de Agua!

Entonces los dos animales se quedaron mirándose el uno al otro con cautela.

— ¡Hola, Topo! — dijo la Rata de Agua.

— ¡Hola, Rata! — dijo el Topo.

— ¿Te gustaría venir? — inquirió la Rata al cabo de un momento.

— Oh, es muy fácil hablar — dijo el Topo, con bastante petulancia, pues era nuevo en un río y en la vida y costumbres de la ribera.

La Rata no dijo nada, sino que se agachó, desató una cuerda y tiró de ella; luego, subió ágilmente a una pequeña barca que el Topo no había observado. Estaba pintada de azul por fuera y de blanco por dentro, y era del tamaño justo para dos animales; y todo el corazón del Topo se fue hacia ella al instante, aunque todavía no entendía del todo sus usos.

La Rata remó hábilmente hasta la otra orilla y amarró. Luego le tendió la pata delantera mientras el Topo bajaba con cuidado. — ¡Apóyate en eso! —

dijo—. ¡Ahora, date brío! —y el Topo, para su sorpresa y éxtasis, se encontró realmente sentado en la popa de una barca de verdad.

—¡Ha sido un día maravilloso! —dijo, mientras la Rata se alejaba de la orilla y volvía a tomar los remos—. ¿Sabes? Nunca en mi vida había estado en una barca.

—¿Qué? —exclamó la Rata, boquiabierta—. ¿Nunca has estado en una... nunca... bueno, yo... qué has estado haciendo, entonces?

—¿Es tan agradable? —preguntó el Topo con timidez, aunque estaba dispuesto a creerlo mientras se recostaba en su asiento y examinaba los cojines, los remos, las toleteras y todos los fascinantes accesorios, y sentía la barca mecerse ligeramente bajo él.

—¿Agradable? Es lo único —dijo la Rata de Agua solemnemente, mientras se inclinaba hacia delante para dar la remada—. Créeme, mi joven amigo, no hay nada —absolutamente nada— que valga la pena hacer ni la mitad que simplemente enredar en barcas. Simplemente enredar —continuó soñadoramente—: enredar... en... barcas; enredar...

—¡Mira adelante, Rata! —gritó el Topo de repente.

Fue demasiado tarde. La barca chocó de lleno contra la orilla. El soñador, el alegre remero, yacía de espaldas en el fondo de la barca, con los talones en el aire.

—...enredar en barcas... o con barcas —continuó la Rata tranquilamente, levantándose con una risa agradable—. Dentro o fuera de ellas, no importa. Nada parece importar realmente, ese es su encanto. Ya sea que te escapes o no; que llegues a tu destino o que llegues a otro lugar, o que no llegues nunca a ninguna parte, siempre estás ocupado, y nunca haces nada en particular; y cuando lo has hecho siempre hay algo más que hacer, y puedes hacerlo si quieres, pero sería mucho mejor que no. ¡Mira! Si realmente no tienes nada más que hacer esta mañana, ¿qué tal si bajamos juntos por el río y pasamos un largo día?

El Topo meneó los dedos de los pies de pura felicidad, hinchó el pecho con un suspiro de plena satisfacción y se recostó felizmente en los blandos cojines.

—¡Vaya día que estoy pasando! —dijo—. ¡Empecemos de una vez!

— ¡Espera un minuto, entonces! — dijo la Rata. Pasó la amarra por una anilla de su embarcadero, trepó a su agujero de arriba y, tras un breve intervalo, reapareció tambaleándose bajo una gorda cesta de mimbre para el almuerzo.

— Mete eso bajo tus pies — le observó al Topo, mientras la pasaba a la barca. Luego desató la amarra y tomó los remos de nuevo.

— ¿Qué hay dentro? — preguntó el Topo, retorciéndose de curiosidad.

— Hay pollo frío dentro — respondió la Rata brevemente — ;
lenguafájamonfrío vacuna frapepinillos encurtido ensalada panecillos franceses
berrossándwiches de

carnemechadacervezadejengibre limonadagaseosa...

— ¡Oh, para, para! — gritó el Topo en éxtasis — . ¡Esto es demasiado!

— ¿De verdad lo crees? — inquirió la Rata seriamente — . Es solo lo que siempre llevo en estas pequeñas excursiones; ¡y los otros animales siempre me están diciendo que soy una bestia tacaña y que me quedo muy corto!

El Topo no oyó ni una palabra de lo que decía. Absorto en la nueva vida en la que estaba entrando, embriagado por el brillo, la ondulación, los olores, los sonidos y la luz del sol, arrastró una pata por el agua y soñó largos sueños despierto. La Rata de Agua, como el buen animalito que era, remaba firmemente y se abstuvo de molestarlo.

— Me encanta tu ropa, viejo amigo — comentó después de que hubiera pasado una media hora — . Algún día me compraré un traje de fumar de terciopelo negro, tan pronto como pueda permitírmelo.

— Le ruego que me perdone — dijo el Topo, recomponiéndose con un esfuerzo — . Debe pensar que soy muy maleducado; pero todo esto es tan nuevo para mí. Así que... ¡esto... es... un... Río!

— *El Río* — corrigió la Rata.

— ¿Y de verdad vives junto al río? ¡Qué vida tan alegre!

— Junto a él, con él, sobre él y en él — dijo la Rata — . Es mi hermano y mi hermana, y mis tías, y compañía, y comida y bebida, y (naturalmente) para lavarme. Es mi mundo, y no quiero ningún otro. Lo que no tiene no vale la pena tenerlo, y lo que no sabe no vale la pena saberlo. ¡Señor! ¡Los

momentos que hemos pasado juntos! Ya sea en invierno o en verano, en primavera o en otoño, siempre tiene su diversión y sus emociones. Cuando las crecidas llegan en febrero y mis bodegas y mi sótano rebosan de una bebida que no me sirve de nada, y el agua marrón pasa junto a la ventana de mi mejor dormitorio; o cuando todo baja de nivel y muestra manchas de barro que huelen a pastel de ciruelas, y los juncos y las algas obstruyen los canales, y puedo pasearme con los pies secos por la mayor parte de su lecho y encontrar comida fresca para comer, ¡y cosas que la gente descuidada ha dejado caer de las barcas!

—¿Pero no es un poco aburrido a veces? —se aventuró a preguntar el Topo—. ¿Solo tú y el río, y nadie más con quien cruzar una palabra?

—Nadie más con quien... bueno, no debo ser duro contigo —dijo la Rata con paciencia—. Eres nuevo en esto y, por supuesto, no lo sabes. La orilla está tan concurrida hoy en día que mucha gente se está mudando: oh no, no es lo que solía ser, en absoluto. Nutrias, martines pescadores, zampullines, gallinetas, todos ellos por ahí todo el día y siempre queriendo que hagas algo, ¡como si uno no tuviera sus propios asuntos que atender!

—¿Qué hay por allá? —preguntó el Topo, agitando una pata hacia un fondo de bosque que enmarcaba oscuramente las praderas acuáticas a un lado del río.

—¿Eso? Oh, eso es solo el Bosque Salvaje —dijo la Rata secamente—. Nosotros, los de la ribera, no vamos mucho por allí.

—¿No son... no son gente muy agradable los de allí? —dijo el Topo, un poco nervioso.

—B-b-bueno —respondió la Rata—, déjame ver. Las ardillas están bien. Y los conejos... algunos de ellos, pero los conejos son una mezcla. Y luego está el Tejón, por supuesto. Vive justo en el corazón del bosque; no viviría en ningún otro sitio, ni aunque le pagaras por ello. ¡El bueno del Tejón! Nadie se mete con él. Más les vale no hacerlo —añadió significativamente.

—Vaya, ¿quién iba a meterse con él? —preguntó el Topo.

—Bueno, por supuesto... hay otros —explicó la Rata de manera vacilante.

—Comadreas... y armiños... y zorros... y demás. En cierto modo, están bien... soy muy amigo de ellos... nos saludamos cuando nos encontramos, y todo eso... pero a veces se descontrolan, no se puede negar, y entonces... bueno, realmente no puedes fiarte de ellos, esa es la verdad.

El Topo sabía bien que va en contra de la etiqueta animal insistir en posibles problemas futuros, o siquiera aludirlos; así que dejó el tema.

—¿Y más allá del Bosque Salvaje? —preguntó—. Donde todo es azul y tenue, y se ve lo que podrían ser colinas o quizás no, y algo como el humo de las ciudades, ¿o es solo una nube a la deriva?

—Más allá del Bosque Salvaje viene el Ancho Mundo —dijo la Rata—. Y eso es algo que no nos importa, ni a ti ni a mí. Nunca he estado allí, y nunca iré, ni tú tampoco, si tienes algo de sentido común. No vuelvas a mencionarlo, por favor. ¡Ahora! Aquí está por fin nuestro remanso, donde vamos a almorzar.

Dejando la corriente principal, entraron ahora en lo que a primera vista parecía un pequeño lago sin salida al mar. Un césped verde descendía hasta cada borde, raíces de árboles marrones y serpenteantes brillaban bajo la superficie del agua tranquila, mientras que delante de ellos el hombro plateado y la caída espumosa de un azud, del brazo de una inquieta rueda de molino que goteaba, la cual sostenía a su vez una casa de molino con tejado gris a dos aguas, llenaban el aire con un murmullo de sonido tranquilizador, sordo y ahogado, pero con pequeñas voces claras que hablaban alegremente de vez en cuando. Era tan hermoso que el Topo solo pudo levantar ambas patas delanteras y jadear: «¡Cielos! ¡Cielos! ¡Cielos!».

La Rata acercó la barca a la orilla, la amarró, ayudó al todavía torpe Topo a desembarcar sano y salvo, y sacó la cesta del almuerzo. El Topo rogó como un favor que le permitieran desempacar todo él solo; y la Rata se complació en consentirlo, y en tumbarse a lo largo en la hierba a descansar, mientras su emocionado amigo sacudía el mantel y lo extendía, sacaba todos los misteriosos paquetes uno por uno y ordenaba su contenido, todavía jadeando: «¡Cielos! ¡Cielos!» a cada nueva revelación. Cuando todo estuvo listo, la Rata dijo: «¡Ahora, a comer, viejo amigo!», y el Topo, en verdad, estuvo muy contento de obedecer, pues había comenzado su limpieza de primavera a una hora muy temprana esa mañana, como suele hacer la gente,

y no se había detenido ni para comer ni para beber; y había pasado por mucho desde aquel tiempo lejano que ahora parecía de hacía tantos días.

—¿Qué estás mirando? —dijo la Rata al rato, cuando el filo de su hambre se había embotado un poco, y los ojos del Topo pudieron apartarse un poco del mantel.

—Estoy mirando —dijo el Topo— una hilera de burbujas que veo viajar por la superficie del agua. Eso es algo que me parece curioso.

—¿Burbujas? ¡Ajá! —dijo la Rata, y pió alegremente de una manera invitadora.

Un hocico ancho y reluciente se asomó por encima del borde de la orilla, y la Nutria salió y se sacudió el agua del pelaje.

—¡Glotonos! —observó, dirigiéndose a las provisiones—. ¿Por qué no me invitasteis, Ratita?

—Esto fue algo improvisado —explicó la Rata—. Por cierto... mi amigo, el señor Topo.

—Encantada, estoy segura —dijo la Nutria, y los dos animales se hicieron amigos al instante.

—¡Qué jaleo por todas partes! —continuó la Nutria—. Todo el mundo parece estar hoy en el río. Vine a este remanso para tratar de tener un momento de paz, ¡y me tropiezo con vosotros! —Al menos... le pido perdón... no quiero decir eso exactamente, ya sabe.

Se oyó un susurro detrás de ellos, procedente de un seto en el que aún colgaban espesas las hojas del año pasado, y una cabeza a rayas, con unos hombros altos detrás, se asomó hacia ellos.

—¡Vamos, viejo Tejón! —gritó la Rata.

El Tejón trotó un paso o dos; luego gruñó: «¡Humm! Compañía», y dio media vuelta y desapareció de la vista.

—¡Así es él! —observó la decepcionada Rata—. ¡Simplemente odia la sociedad! Ahora no lo veremos más hoy. Bueno, dinos, ¿quién anda por el río?

—El Sapo, para empezar —respondió la Nutria—. ¡En su flamante barca de regatas; ropa nueva, todo nuevo!

Los dos animales se miraron y se rieron.

—Una vez, no era más que navegar a vela —dijo la Rata—. Luego se cansó de eso y se dedicó al bote de pértiga. Nada le complacía más que usar la pértiga todo el día y todos los días, y vaya lío que armaba. El año pasado fue la casa flotante, y todos tuvimos que ir a quedarnos con él en su casa flotante, y fingir que nos gustaba. Iba a pasar el resto de su vida en una casa flotante. Es siempre lo mismo, coja lo que coja; se cansa y empieza con algo nuevo.

—Un tipo tan bueno, además —comentó la Nutria reflexivamente—: ¡Pero sin ninguna estabilidad, especialmente en una barca!

Desde donde estaban sentados podían vislumbrar la corriente principal al otro lado de la isla que los separaba; y justo en ese momento apareció una barca de regatas, el remero —una figura baja y robusta— salpicando mucho y balanceándose bastante, pero esforzándose al máximo. La Rata se levantó y lo saludó, pero el Sapo —pues era él— negó con la cabeza y se dedicó severamente a su tarea.

—Se caerá de la barca en un minuto si se balancea así —dijo la Rata, sentándose de nuevo.

—Por supuesto que se caerá —rió la Nutria—. ¿Te conté alguna vez esa buena historia sobre el Sapo y el esclusero? Sucedió así. El Sapo...

Una efímera errante se desvió inestablemente a través de la corriente con el estilo embriagado que adoptan los jovenzuelos de las efímeras que descubren la vida. Un remolino de agua y un «¡plop!», y la efímera no se vio más.

Tampoco la Nutria.

El Topo miró hacia abajo. La voz aún estaba en sus oídos, pero el césped sobre el que se había tumbado estaba claramente vacío. No se veía ni una Nutria, hasta el lejano horizonte.

Pero de nuevo había una hilera de burbujas en la superficie del río.

La Rata tarareaba una melodía, y el Topo recordó que la etiqueta animal prohibía cualquier tipo de comentario sobre la desaparición repentina de los amigos en cualquier momento, por cualquier razón o sin razón alguna.

—Bueno, bueno —dijo la Rata—, supongo que deberíamos irnos. Me pregunto cuál de nosotros debería guardar la cesta del almuerzo. —No habló como si estuviera terriblemente ansioso por el convite.

—Oh, por favor, déjame a mí —dijo el Topo. Así que, por supuesto, la Rata le dejó.

Empaquetar la cesta no fue un trabajo tan agradable como desempacarla. Nunca lo es. Pero el Topo estaba decidido a disfrutarlo todo, y aunque justo cuando había terminado de empacar la cesta y la había atado con fuerza vio un plato mirándolo desde la hierba, y cuando el trabajo se hubo hecho de nuevo, la Rata señaló un tenedor que cualquiera debería haber visto, y por último, ¡he aquí!, el tarro de mostaza, sobre el que había estado sentado sin saberlo; aun así, de alguna manera, la tarea se terminó por fin, sin perder mucho los estribos.

El sol de la tarde estaba bajando mientras la Rata remaba suavemente hacia casa con un aire soñador, murmurando para sí cosas poéticas y sin prestar mucha atención al Topo. Pero el Topo estaba muy lleno del almuerzo, de autosatisfacción y de orgullo, y ya bastante a gusto en una barca (o eso pensaba él), y además se estaba poniendo un poco inquieto; y al poco dijo: —¡Ratita! Por favor, ¡ahora quiero remar yo!

La Rata sacudió la cabeza con una sonrisa. —Todavía no, mi joven amigo —dijo—, espera a tener algunas lecciones. No es tan fácil como parece.

El Topo estuvo callado un minuto o dos. Pero empezó a sentir cada vez más celos de la Rata, que remaba con tanta fuerza y facilidad, y su orgullo empezó a susurrarle que él podría hacerlo igual de bien. Se levantó de un salto y agarró los remos, tan de repente, que la Rata, que miraba el agua y se decía más cosas poéticas, fue tomada por sorpresa y cayó hacia atrás de su asiento con las piernas en el aire por segunda vez, mientras el triunfante Topo ocupaba su lugar y agarraba los remos con total confianza.

—¡Para, tonto de remate! —gritó la Rata, desde el fondo de la barca—. ¡No puedes hacerlo! ¡Harás que volquemos!

El Topo echó los remos hacia atrás con un alarde y dio un gran golpe en el agua. Falló por completo la superficie, sus piernas volaron por encima de su cabeza y se encontró yaciendo sobre la Rata postrada. Muy alarmado, se agarró al costado de la barca, y al momento siguiente... ¡Zas!

La barca volcó, y se encontró luchando en el río.

¡Oh, qué fría estaba el agua, y oh, qué mojada se sentía! ¡Cómo zumbaba en sus oídos mientras bajaba, bajaba, bajaba! ¡Qué brillante y bienvenido parecía el sol cuando subió a la superficie tosiendo y farfullando! ¡Qué negra fue su desesperación cuando sintió que se hundía de nuevo! Entonces una pata firme lo agarró por la nuca. Era la Rata, y evidentemente se estaba riendo; el Topo podía sentirla reír, a lo largo de su brazo y a través de su pata, y así hasta su propio cuello, el del Topo.

La Rata agarró un remo y lo metió bajo el brazo del Topo; luego hizo lo mismo por el otro lado y, nadando detrás, impulsó al indefenso animal hasta la orilla, lo sacó y lo sentó en la ribera, un bulto blanducho y pulposo de miseria.

Cuando la Rata lo hubo frotado un poco y le hubo escurrido parte del agua, dijo: —¡Ahora, viejo amigo! Trota arriba y abajo por el camino de sirga tan rápido como puedas, hasta que estés caliente y seco de nuevo, mientras yo me sumerjo a por la cesta del almuerzo.

Así que el lúgubre Topo, mojado por fuera y avergonzado por dentro, trotó hasta que estuvo bastante seco, mientras la Rata se zambullía de nuevo en el agua, recuperaba la barca, la adrizaba y la amarraba, traía a la orilla sus propiedades flotantes poco a poco, y finalmente se sumergió con éxito a por la cesta del almuerzo y luchó por llegar a tierra con ella.

Cuando todo estuvo listo para partir de nuevo, el Topo, lacio y abatido, tomó asiento en la popa de la barca; y mientras partían, dijo en voz baja, quebrada por la emoción: —¡Ratita, mi generoso amigo! Siento muchísimo mi conducta tonta e ingrata. Se me encoge el corazón cuando pienso cómo podría haber perdido esa hermosa cesta del almuerzo. En verdad, he sido un completo asno, y lo sé. ¿Lo pasarás por alto esta vez y me perdonarás, y dejarás que las cosas sigan como antes?

—¡No pasa nada, bendito seas! —respondió la Rata alegremente—. ¿Qué es un poco de agua para una Rata de Agua? La mayoría de los días estoy

más tiempo en el agua que fuera de ella. No pienses más en ello; y, ¡mira! Realmente creo que sería mejor que vinieras a quedarte conmigo un tiempo. Es muy sencillo y rústico, ya sabes, no como la casa del Sapo, que aún no has visto; pero puedo hacer que te sientas cómodo. Y te enseñaré a remar y a nadar, y pronto serás tan hábil en el agua como cualquiera de nosotros.

El Topo estaba tan conmovido por su amable forma de hablar que no encontró voz para responderle; y tuvo que secarse una o dos lágrimas con el dorso de la pata. Pero la Rata, amablemente, miró en otra dirección, y pronto el ánimo del Topo se recuperó, e incluso fue capaz de responder con desparpajo a un par de gallinetas que se reían entre dientes de su aspecto desaliñado.

Cuando llegaron a casa, la Rata encendió un fuego vivo en el salón y sentó al Topo en un sillón frente a él, habiéndole traído una bata y zapatillas, y le contó historias del río hasta la hora de la cena. Eran historias muy emocionantes, también, para un animal terrestre como el Topo. Historias sobre azudes, y crecidas repentinas, y lucios que saltaban, y barcos de vapor que arrojaban botellas duras —al menos, ciertamente se arrojaban botellas, y desde los vapores, así que presumiblemente por ellos—; y sobre garzas, y lo especiales que eran con quién hablaban; y sobre aventuras por los desagües, y pescas nocturnas con la Nutria, o excursiones lejanas con el Tejón. La cena fue una comida de lo más alegre; pero muy poco después, un Topo terriblemente soñoliento tuvo que ser escoltado escaleras arriba por su considerado anfitrión, al mejor dormitorio, donde pronto apoyó la cabeza en la almohada en gran paz y satisfacción, sabiendo que su recién descubierto amigo, el Río, lamía el alféizar de su ventana.

Este día fue solo el primero de muchos similares para el emancipado Topo, cada uno de ellos más largo y lleno de interés a medida que el verano maduraba. Aprendió a nadar y a remar, y entró en la alegría del agua corriente; y con el oído pegado a los tallos de los juncos captó, a intervalos, algo de lo que el viento susurraba tan constantemente entre ellos.

II. EL CAMINO ABIERTO

—Ratita —dijo el Topo de repente, una brillante mañana de verano—, si no te importa, quiero pedirte un favor.

La Rata estaba sentada en la orilla del río, cantando una cancioncilla. La acababa de componer él mismo, así que estaba muy absorto en ella y no prestaba la debida atención al Topo ni a nada más. Desde primera hora de la mañana había estado nadando en el río, en compañía de sus amigos los patos. Y cuando los patos se ponían de cabeza de repente, como suelen hacer los patos, él se zambullía y les hacía cosquillas en el cuello, justo debajo de donde tendrían la barbilla si los patos tuvieran barbilla, hasta que se veían obligados a salir a la superficie de nuevo a toda prisa, farfullando y enfadados y sacudiendo las plumas hacia él, pues es imposible decir todo lo que sientes cuando tienes la cabeza bajo el agua. Finalmente, le imploraron que se fuera a atender sus propios asuntos y los dejara a ellos con los suyos. Así que la Rata se fue, se sentó en la orilla del río al sol, y compuso una canción sobre ellos, que tituló:

«CANTINELA DE LOS PATOS».

Por todo el remanso,

Entre los juncos altos,

Los patos chapotean,

¡Colas arriba todos!

Colas de patos, colas de dracos,

Patatas amarillas tiemblan,
Picos amarillos fuera de la vista
¡Ocupados en el río!
Vegetación verde y fangosa
Donde nadan las cachuelas...
Aquí guardamos nuestra despensa,
Fresca, llena y umbría.
¡Cada uno a lo que le gusta!
A nosotros nos gusta estar
Cabeza abajo, cola arriba,
¡Chapoteando en libertad!
Arriba en el azul
Vencejos giran y llaman...
Nosotros abajo chapoteando
¡Colas arriba todos!

—No sé si me gusta mucho esa cancioncilla, Rata —observó el Topo con cautela. Él no era poeta y no le importaba que se supiera; y tenía una naturaleza sincera.

—Ni a los patos tampoco —replicó la Rata alegremente—. Dicen: «¿Por qué no se permite a la gente hacer lo que le da la gana cuando le da la gana y como le da la gana, en lugar de que otros se sienten en las orillas a mirarlos todo el tiempo y a hacer comentarios y poesías y cosas sobre ellos? ¡Qué tontería es todo esto!». Eso es lo que dicen los patos.

—Así es, así es —dijo el Topo, con gran efusividad.

—¡No, no lo es! —exclamó la Rata indignada.

—Bueno, entonces no lo es, no lo es —replicó el Topo tranquilizadamente—. Pero lo que quería preguntarte era, ¿no me llevarás a visitar al señor Sapo? He oído hablar tanto de él, y tengo tantas ganas de conocerlo.

— ¡Pues claro! —dijo la bondadosa Rata, poniéndose en pie de un salto y apartando la poesía de su mente por ese día—. Saca la barca, y remaremos hasta allí ahora mismo. Nunca es mal momento para visitar al Sapo. Temprano o tarde, siempre es el mismo. ¡Siempre de buen humor, siempre contento de verte, siempre apenado cuando te vas!

— Debe de ser un animal muy agradable —observó el Topo, mientras subía a la barca y tomaba los remos, mientras la Rata se acomodaba confortablemente en la popa.

— Es, en efecto, el mejor de los animales —respondió la Rata—. Tan sencillo, tan bondadoso y tan cariñoso. Quizás no sea muy listo —no todos podemos ser genios—; y puede que sea jactancioso y engreído. Pero tiene algunas grandes cualidades, el Sapito.

Al doblar un recodo del río, avistaron una hermosa y digna casa antigua de ladrillo rojo envejecido, con céspedes bien cuidados que llegaban hasta la orilla del agua.

— Ahí está la Mansión Sapo —dijo la Rata—; y ese arroyo a la izquierda, donde el letrero dice: «Privado. Prohibido el desembarco», conduce a su cobertizo para botes, donde dejaremos la barca. Las caballerizas están allá a la derecha. Ese es el salón de banquetes que estás mirando ahora, muy antiguo. El Sapo es bastante rico, sabes, y esta es realmente una de las casas más bonitas de por aquí, aunque nunca se lo admitimos al Sapo.

Se deslizaron por el arroyo, y el Topo guardó los remos al pasar a la sombra de un gran cobertizo para botes. Allí vieron muchas barcas hermosas, colgadas de las vigas transversales o subidas a una grada, pero ninguna en el agua; y el lugar tenía un aire de desuso y abandono.

La Rata miró a su alrededor. — Comprendo —dijo—. Se acabó la navegación. Se ha cansado de ella, ha terminado con ella. Me pregunto qué nueva moda habrá adoptado ahora. Vamos a buscarlo. Ya nos enteraremos de todo muy pronto.

Desembarcaron y pasearon por los alegres céspedes adornados de flores en busca del Sapo, a quien encontraron al poco rato descansando en una silla de jardín de mimbre, con una expresión preocupada en el rostro y un gran mapa extendido sobre las rodillas.

—¡Hurra! —gritó, levantándose de un salto al verlos—. ¡Esto es espléndido! —Estrechó calurosamente las patas de ambos, sin esperar a que le presentaran al Topo—. ¡Qué amables sois! —continuó, bailando a su alrededor—. Justo iba a enviar una barca río abajo a buscarte, Ratita, con órdenes estrictas de que te trajeran aquí de inmediato, estuvieras haciendo lo que estuvieras haciendo. Os necesito mucho, a los dos. Ahora, ¿qué tomaréis? ¡Entrad y tomad algo! ¡No sabéis la suerte que tenéis de haber aparecido justo ahora!

—¡Sentémonos un rato tranquilos, Sapito! —dijo la Rata, arrojándose en un sillón cómodo, mientras el Topo tomaba otro a su lado y hacía algún comentario cortés sobre la «encantadora residencia» del Sapo.

—La mejor casa de todo el río —exclamó el Sapo estrepitosamente—. O de cualquier otro lugar, ya puestos —no pudo evitar añadir.

Aquí la Rata le dio un codazo al Topo. Desafortunadamente, el Sapo lo vio y se puso muy colorado. Hubo un momento de silencio doloroso. Entonces el Sapo estalló en carcajadas. —Está bien, Ratita —dijo—. Es solo mi forma de ser, ya sabes. Y no es una casa tan mala, ¿verdad? Sabes que a ti también te gusta bastante. Ahora, mirad. Seamos sensatos. Sois los animales que necesitaba. Tenéis que ayudarme. ¡Es muy importante!

—Supongo que es por lo de remar —dijo la Rata, con aire inocente—. Vas bastante bien, aunque todavía salpicas un poco. Con mucha paciencia, y cualquier cantidad de entrenamiento, podrías...

—¡Oh, bah! ¡Remar! —interrumpió el Sapo, con gran disgusto—. Tonta diversión de críos. Lo dejé hace mucho tiempo. Una pura pérdida de tiempo, eso es lo que es. Me da verdadera lástima veros a vosotros, que deberíais tener más juicio, gastando todas vuestras energías de esa manera inútil. No, he descubierto lo auténtico, la única ocupación genuina para toda una vida. Propongo dedicarle el resto de la mía, y solo puedo lamentar los años desperdiciados que yacen detrás de mí, malgastados en trivialidades. ¡Venid conmigo, querido Ratita, y tu amable amigo también, si es tan bueno, solo hasta el patio de las caballerizas, y veréis lo que veréis!

Los condujo hacia el patio de las caballerizas, la Rata siguiéndolo con una expresión de máxima desconfianza; y allí, sacada del cobertizo al aire

libre, vieron una caravana de gitano, reluciente de nueva, pintada de un amarillo canario con detalles en verde, y ruedas rojas.

— ¡Ahí la tenéis! — exclamó el Sapo, abriendo las piernas y expandiéndose—. Ahí tenéis la vida de verdad, encarnada en ese pequeño carro. ¡El camino abierto, la polvorienta carretera, el brezal, el común, los setos, las ondulantes colinas! ¡Campamentos, pueblos, villas, ciudades! ¡Hoy aquí, y mañana en marcha hacia otro lugar! ¡Viaje, cambio, interés, emoción! ¡El mundo entero ante vosotros, y un horizonte que siempre está cambiando! ¡Y ojo! Este es el mejor carro de su clase que se ha construido jamás, sin excepción alguna. Entrad y ved los arreglos. ¡Los planeé todos yo mismo!

El Topo estaba tremendamente interesado y emocionado, y lo siguió ansiosamente por los escalones hasta el interior de la caravana. La Rata solo resopló y hundió las manos en los bolsillos, quedándose donde estaba.

Era, en efecto, muy compacta y cómoda. Pequeñas literas para dormir, una mesita que se plegaba contra la pared, una estufa para cocinar, armarios, estanterías, una jaula con un pájaro dentro; y ollas, sartenes, jarras y teteras de todos los tamaños y variedades.

— ¡Todo completo! — dijo el Sapo triunfante, abriendo un armario—. Ya veis: galletas, langosta en conserva, sardinas... todo lo que podáis desear. Gaseosa aquí... tabaco allá... papel de cartas, beicon, mermelada, cartas y dominó... descubriréis — continuó, mientras bajaban de nuevo los escalones —, descubriréis que no se ha olvidado absolutamente nada, cuando partamos esta tarde.

— Perdona — dijo la Rata lentamente, mientras masticaba una brizna de paja —, pero ¿te he oído decir algo sobre «nosotros», y «partir», y «esta tarde»?

— Ahora, mi querido y buen Ratita — dijo el Sapo, implorante —, no empieces a hablar de esa manera estirada y remilgada, porque sabes que tienes que venir. Es imposible que me las arregle sin ti, así que, por favor, dalo por hecho y no discutas; es lo único que no soporto. Seguro que no pretendes quedarte en tu aburrido y rancio río toda tu vida, ¿y simplemente vivir en un agujero en la orilla, y navegar? ¡Quiero mostrarte el mundo! ¡Voy a hacer de ti un animal de mundo, muchacho!

—No me importa —dijo la Rata, obstinadamente—. No voy a ir, y punto. Y voy a quedarme en mi viejo río, y vivir en un agujero, y navegar, como siempre he hecho. Y además, el Topo se va a quedar conmigo y hacer lo que yo hago, ¿verdad, Topo?

—Por supuesto que sí —dijo el Topo, lealmente—. Siempre me quedaré contigo, Rata, y lo que tú digas que debe ser, así será. De todos modos, sueña como si pudiera haber sido... bueno, ¡bastante divertido, sabes! —añadió, con nostalgia. ¡Pobre Topo! La Vida Aventurera era algo tan nuevo para él, y tan emocionante; y este nuevo aspecto de ella era tan tentador; y se había enamorado a primera vista del carro de color canario y de todos sus pequeños accesorios.

La Rata vio lo que pasaba por su mente y vaciló. Odiaba decepcionar a la gente, y quería al Topo, y haría casi cualquier cosa por complacerlo. El Sapo los observaba a ambos de cerca.

—Vamos, entrad a almorzar —dijo, diplomáticamente—, y lo discutiremos. No necesitamos decidir nada con prisa. Por supuesto, a mí en realidad no me importa. Solo quiero daros un gusto a vosotros. «¡Vivir para los demás!». Ese es mi lema en la vida.

Durante el almuerzo —que fue excelente, por supuesto, como todo en la Mansión Sapo siempre lo era—, el Sapo simplemente se dejó llevar. Sin hacer caso a la Rata, procedió a tocar al inexperto Topo como si fuera un arpa. Siendo por naturaleza un animal locuaz, y siempre dominado por su imaginación, pintó las perspectivas del viaje y las alegrías de la vida al aire libre y en la carretera con colores tan vivos que el Topo apenas podía sentarse en su silla de la emoción. De alguna manera, pronto los tres dieron por sentado que el viaje era algo decidido; y la Rata, aunque todavía no estaba convencida en su mente, permitió que su buen natural superara sus objeciones personales. No podía soportar decepcionar a sus dos amigos, que ya estaban inmersos en planes y anticipaciones, planeando la ocupación de cada día por separado para varias semanas.

Cuando estuvieron completamente listos, el ahora triunfante Sapo llevó a sus compañeros al prado y los puso a capturar al viejo caballo gris, quien, sin haber sido consultado, y para su extremo fastidio, había sido asignado por el Sapo para el trabajo más polvoriento de esta polvorienta expedición. Francamente, prefería el prado, y costó bastante atraparlo. Mientras tanto, el

Sapo llenó aún más los armarios con artículos de primera necesidad y colgó morrales, redes de cebollas, fardos de heno y cestas del fondo del carro. Por fin, el caballo fue capturado y enjaezado, y partieron, todos hablando a la vez, cada animal ya fuera caminando al lado del carro o sentado en la vara, según le apetecía. Era una tarde dorada. El olor del polvo que levantaban era rico y satisfactorio; desde los espesos huertos a ambos lados del camino, los pájaros los llamaban y les silbaban alegremente; los viandantes de buen natural, al pasar junto a ellos, les daban el «Buenos días», o se detenían a decir cosas bonitas sobre su hermoso carro; y los conejos, sentados a las puertas de sus casas en los setos, levantaban las patas delanteras y decían: «¡Cielos! ¡Cielos! ¡Cielos!».

Al anochecer, cansados, felices y a kilómetros de casa, se detuvieron en un remoto terreno comunal lejos de las viviendas, soltaron al caballo para que pastara y tomaron su sencilla cena sentados en la hierba al lado del carro. El Sapo hablaba con grandilocuencia de todo lo que iba a hacer en los días venideros, mientras las estrellas se hacían más llenas y grandes a su alrededor, y una luna amarilla, apareciendo de repente y en silencio de ningún lugar en particular, vino a hacerles compañía y a escuchar su conversación. Finalmente, se metieron en sus pequeñas literas en el carro; y el Sapo, estirando las piernas, dijo soñolientamente: — ¡Bueno, buenas noches, amigos! ¡Esta es la verdadera vida para un caballero! ¡Y no me habléis de vuestro viejo río!

— Yo no hablo de mi río — replicó la paciente Rata —. Sabes que no lo hago, Sapo. Pero pienso en él — añadió patéticamente, en un tono más bajo —: ¡Pienso en él... todo el tiempo!

El Topo extendió la mano por debajo de su manta, buscó la pata de la Rata en la oscuridad y le dio un apretón. — Haré lo que quieras, Ratita — susurró —. ¿Nos escapamos mañana por la mañana, muy temprano, muy temprano, y volvemos a nuestro querido y viejo agujero en el río?

— No, no, lo aguantaremos hasta el final — susurró de vuelta la Rata —. Muchas gracias, pero debo quedarme con el Sapo hasta que este viaje termine. No sería seguro dejarlo solo. No tardará mucho. Sus manías nunca duran. ¡Buenas noches!

El final estaba, en verdad, más cerca de lo que incluso la Rata sospechaba.

Después de tanto aire libre y emoción, el Sapo durmió muy profundamente, y ninguna sacudida pudo despertarlo a la mañana siguiente. Así que el Topo y la Rata se pusieron a trabajar, silenciosa y valientemente, y mientras la Rata se ocupaba del caballo, encendía un fuego, limpiaba las tazas y platos de la noche anterior y preparaba las cosas para el desayuno, el Topo se fue caminando hasta el pueblo más cercano, bastante lejos, en busca de leche, huevos y varias necesidades que el Sapo, por supuesto, había olvidado proveer. El trabajo duro ya estaba hecho, y los dos animales descansaban, completamente agotados, cuando el Sapo apareció en escena, fresco y alegre, comentando qué vida tan agradable y fácil llevaban todos ahora, después de las preocupaciones, los agobios y las fatigas del hogar.

Tuvieron un agradable paseo ese día por colinas cubiertas de hierba y por estrechos caminos secundarios, y acamparon como antes, en un terreno comunal, solo que esta vez los dos invitados se aseguraron de que el Sapo hiciera su parte justa del trabajo. En consecuencia, cuando llegó el momento de partir a la mañana siguiente, el Sapo no estaba ni mucho menos tan entusiasmado con la simplicidad de la vida primitiva, e incluso intentó volver a su litera, de donde fue sacado a la fuerza. Su camino discurría, como antes, a través del campo por estrechos caminos, y no fue hasta la tarde que salieron a la carretera principal, su primera carretera principal; y allí el desastre, veloz e imprevisto, se abalanzó sobre ellos; un desastre trascendental para su expedición, pero simplemente abrumador en su efecto sobre la carrera posterior del Sapo.

Paseaban tranquilamente por la carretera, el Topo junto a la cabeza del caballo, hablándole, ya que el caballo se había quejado de que lo estaban dejando terriblemente de lado y nadie lo consideraba en lo más mínimo; el Sapo y la Rata de Agua caminaban detrás del carro hablando juntos — al menos, el Sapo hablaba, y la Rata decía a intervalos: «Sí, precisamente; ¿y qué le dijiste a él?», mientras pensaba todo el tiempo en algo muy diferente —, cuando a lo lejos, detrás de ellos, oyeron un débil zumbido de advertencia, como el de una abeja lejana. Al mirar hacia atrás, vieron una pequeña nube de polvo, con un oscuro centro de energía, que avanzaba hacia ellos a una velocidad increíble, mientras que desde el polvo un débil «¡pu-pú!» gemía como un animal inquieto de dolor. Apenas prestándole atención, se volvieron para reanudar su conversación, cuando en un instante (así pareció) la pacífica escena cambió, y con una ráfaga de viento y un torbellino de

sonido que los hizo saltar a la zanja más cercana, ¡estaba sobre ellos! El «¡pu-pú!» sonó con un grito de bronce en sus oídos, tuvieron un fugaz vistazo de un interior de relucientes cristales y rico marroquí, y el magnífico automóvil, inmenso, sobrecogedor, apasionado, con su piloto tenso y aferrado al volante, poseyó toda la tierra y el aire por una fracción de segundo, arrojó una nube envolvente de polvo que los cegó y los cubrió por completo, y luego se redujo a una mota en la lejanía, volviendo a convertirse una vez más en una abeja zumbadora.

El viejo caballo gris, soñando mientras avanzaba con paso cansino con su tranquilo prado, en una situación nueva y cruda como esta simplemente se abandonó a sus emociones naturales. Encabritándose, dando brincos, retrocediendo firmemente, a pesar de todos los esfuerzos del Topo en su cabeza y de todo el lenguaje vivaz que el Topo dirigió a sus buenos sentimientos, condujo el carro hacia atrás, hacia la profunda zanja al lado del camino. Vaciló un instante... luego hubo un estruendo desgarrador... y el carro de color canario, su orgullo y su alegría, yacía de costado en la zanja, un naufragio irremediable.

La Rata saltaba arriba y abajo en el camino, simplemente transportada de pasión. —¡Villanos! —gritaba, agitando ambos puños—. ¡Canallas, bandoleros, vosotros... vosotros... cerdos de la carretera! ¡Os llevaré ante la ley! ¡Os denunciaré! ¡Os llevaré por todos los tribunales! —Su nostalgia se había desvanecido por completo, y por el momento era el capitán del navío de color canario encallado en un bajío por la conducción temeraria de marineros rivales, y trataba de recordar todas las cosas ingeniosas y mordaces que solía decir a los capitanes de las lanchas de vapor cuando sus estelas, al pasar demasiado cerca de la orilla, solían inundar la alfombra de su salón en casa.

El Sapo se sentó en medio del polvoriento camino, con las piernas extendidas ante él, y miró fijamente en dirección al automóvil que desaparecía. Respiraba entrecortadamente, su rostro mostraba una expresión plácida y satisfecha, y a intervalos murmuraba débilmente «¡Pu-pú!».

El Topo estaba ocupado tratando de calmar al caballo, lo cual logró después de un tiempo. Luego fue a ver el carro, de costado en la zanja. Era, en verdad, un espectáculo lamentable. Paneles y ventanas rotos, ejes irremediablemente doblados, una rueda arrancada, latas de sardinas esparcidas por

todo el mundo, y el pájaro en la jaula sollozando lastimosamente y pidiendo que lo dejaran salir.

La Rata vino a ayudarlo, pero sus esfuerzos unidos no fueron suficientes para enderezar el carro. — ¡Eh, Sapo! — gritaron—. ¡Ven a echar una mano, hombre!

El Sapo no respondió ni una palabra, ni se movió de su asiento en el camino; así que fueron a ver qué le pasaba. Lo encontraron en una especie de trance, una sonrisa feliz en su rostro, sus ojos aún fijos en la estela polvorienta de su destructor. A intervalos todavía se le oía murmurar «¡Pu-pú!».

La Rata lo sacudió por el hombro. — ¿Vienes a ayudarnos, Sapo? — le exigió severamente.

— ¡Visión gloriosa y conmovedora! — murmuró el Sapo, sin hacer ademán de moverse—. ¡La poesía del movimiento! ¡La verdadera forma de viajar! ¡La única forma de viajar! ¡Hoy aquí... mañana en la próxima semana! ¡Pueblos saltados, villas y ciudades brincadas... siempre el horizonte de otro! ¡Oh, qué dicha! ¡Oh, pu-pú! ¡Oh, cielos! ¡Cielos!

— ¡Oh, deja de hacer el tonto, Sapo! — exclamó el Topo desesperado.

— ¡Y pensar que nunca lo supe! — continuó el Sapo en un monótono soñador—. ¡Todos esos años desperdiciados que yacen detrás de mí, nunca lo supe, ni siquiera lo soñé! ¡Pero ahora... pero ahora que lo sé, ahora que me doy cuenta plenamente! ¡Oh, qué florido camino se extiende ante mí, de ahora en adelante! ¡Qué nubes de polvo se levantarán detrás de mí mientras avanzo en mi temerario camino! ¡Qué carros arrojaré descuidadamente a la zanja en la estela de mi magnífico ataque! ¡Horribles carritos... carros comunes... carros de color canario!

— ¿Qué vamos a hacer con él? — le preguntó el Topo a la Rata de Agua.

— Absolutamente nada — respondió la Rata con firmeza—. Porque realmente no hay nada que hacer. Verás, lo conozco de antiguo. Ahora está poseído. Tiene una nueva manía, y siempre le da así, en su primera etapa. Continuará así durante días, como un animal caminando en un sueño feliz, completamente inútil para todos los propósitos prácticos. No te preocupes por él. Vamos a ver qué se puede hacer con el carro.

Una inspección cuidadosa les mostró que, incluso si lograban enderezarlo por sí mismos, el carro ya no podría viajar. Los ejes estaban en un estado desesperado, y la rueda que faltaba estaba hecha pedazos.

La Rata anudó las riendas del caballo sobre su lomo y lo tomó por la cabeza, llevando la jaula del pájaro y a su histérico ocupante en la otra mano. —¡Vamos! —le dijo sombríamente al Topo—. Faltan cinco o seis millas para el pueblo más cercano, y tendremos que caminar. Cuanto antes empecemos, mejor.

—Pero, ¿y el Sapo? —preguntó el Topo ansiosamente, mientras partían juntos—. ¡No podemos dejarlo aquí, sentado en medio de la carretera solo, en el estado de distracción en que se encuentra! No es seguro. ¿Y si apareciera otra Cosa?

—¡Oh, al diablo con el Sapo! —dijo la Rata con saña—. ¡He terminado con él!

Sin embargo, no habían avanzado mucho en su camino, cuando oyeron un pataleo de pies detrás de ellos, y el Sapo los alcanzó y metió una pata dentro del codo de cada uno de ellos; todavía respirando entrecortadamente y mirando al vacío.

—¡Ahora, escucha, Sapo! —dijo la Rata bruscamente—: tan pronto como lleguemos al pueblo, tendrás que ir directamente a la comisaría de policía, y ver si saben algo de ese automóvil y a quién pertenece, y presentar una queja contra él. Y luego tendrás que ir a un herrero o a un carretero y arreglar que recojan el carro, lo reparen y lo pongan en orden. Llevará tiempo, pero no es un destrozo sin remedio. Mientras tanto, el Topo y yo iremos a una posada y encontraremos habitaciones cómodas donde podamos quedarnos hasta que el carro esté listo, y hasta que tus nervios se hayan recuperado del susto.

—¡Comisaría! ¡Queja! —murmuró el Sapo soñadoramente—. ¡Yo quejarme de esa hermosa, de esa celestial visión que se me ha concedido! ¡Reparar el carro! He terminado con los carros para siempre. No quiero volver a ver el carro, ni oír hablar de él, nunca más. ¡Oh, Ratita! ¡No puedes imaginar lo agradecido que te estoy por haber consentido en venir a este viaje! ¡No habría ido sin ti, y entonces podría no haber visto nunca ese... ese cisne, ese rayo de sol, ese relámpago! ¡Podría no haber oído nunca ese

sonido fascinante, o no haber olido ese aroma embriagador! ¡Te lo debo todo a ti, mi mejor amigo!

La Rata se apartó de él con desesperación. —¿Ves lo que es? —le dijo al Topo, dirigiéndose a él por encima de la cabeza del Sapo—. Es un caso perdido. Me rindo... cuando llegemos al pueblo iremos a la estación de tren, y con suerte podremos coger un tren allí que nos lleve de vuelta a la orilla del río esta noche. ¡Y si alguna vez me pillas de nuevo yéndome de juerga con este animal provocador...! —Resopló, y durante el resto de esa fatigosa caminata dirigió sus comentarios exclusivamente al Topo.

Al llegar al pueblo, fueron directamente a la estación y depositaron al Sapo en la sala de espera de segunda clase, dándole a un mozo dos peniques para que lo vigilara de cerca. Luego dejaron el caballo en el establo de una posada y dieron las indicaciones que pudieron sobre el carro y su contenido. Finalmente, un tren lento los dejó en una estación no muy lejos de la Mansión Sapo, escoltaron al Sapo hechizado y sonámbulo hasta su puerta, lo metieron dentro y dieron instrucciones a su ama de llaves para que lo alimentara, lo desvistiera y lo acostara. Luego sacaron su barca del cobertizo, remaron río abajo hasta casa, y a una hora muy tardía se sentaron a cenar en su acogedor salón junto al río, para gran alegría y satisfacción de la Rata.

La tarde siguiente, el Topo, que se había levantado tarde y se había tomado las cosas con mucha calma todo el día, estaba sentado en la orilla pescando, cuando la Rata, que había estado visitando a sus amigos y cotilleando, se acercó a buscarlo. —¿Has oído la noticia? —dijo—. No se habla de otra cosa en toda la ribera del río. El Sapo subió a la ciudad en un tren temprano esta mañana. Y ha encargado un automóvil grande y muy caro.

III. EL BOSQUE SALVAJE

El Topo llevaba mucho tiempo queriendo conocer al Tejón. Parecía, según todos los relatos, ser un personaje tan importante y, aunque raramente visible, hacer sentir su influencia invisible a todos en el lugar. Pero cada vez que el Topo mencionaba su deseo a la Rata de Agua, siempre se encontraba con que lo posponían. —Está bien —decía la Rata—. El Tejón aparecerá un día u otro, siempre está apareciendo, y entonces te lo presentaré. ¡El mejor de los tipos! Pero no solo debes tomarlo como lo encuentres, sino cuando lo encuentres.

—¿No podrías invitarlo a cenar o algo así? —dijo el Topo.

—No vendría —replicó la Rata simplemente—. El Tejón odia la sociedad, las invitaciones, las cenas y todo ese tipo de cosas.

—Bueno, entonces, ¿y si vamos a visitarlo? —sugirió el Topo.

—Oh, estoy seguro de que no le gustaría nada —dijo la Rata, bastante alarmada—. Es tan tímido que seguro que se ofendería. Nunca me he atrevido a visitarlo en su propia casa, aunque lo conozco tan bien. Además, no podemos. Está totalmente fuera de lugar, porque vive en el mismísimo centro del Bosque Salvaje.

—Bueno, y qué si vive allí —dijo el Topo—. Me dijiste que el Bosque Salvaje estaba bien, ya sabes.

—Oh, lo sé, lo sé, así es —replicó la Rata evasivamente—. Pero creo que no iremos allí ahora. No por el momento. Está muy lejos, y de todos modos

no estaría en casa en esta época del año, y ya vendrá algún día, si esperas tranquilamente.

El Topo tuvo que contentarse con esto. Pero el Tejón nunca apareció, y cada día traía sus diversiones, y no fue hasta que el verano había pasado hacía mucho, y el frío, la escarcha y los caminos fangosos los mantenían mucho tiempo en casa, y el río crecido corría más allá de sus ventanas con una velocidad que se burlaba de cualquier tipo de navegación, que sus pensamientos volvieron a posarse con mucha persistencia en el solitario Tejón gris, que vivía su propia vida solo, en su agujero en medio del Bosque Salvaje.

En invierno, la Rata dormía mucho, acostándose temprano y levantándose tarde. Durante su corto día a veces garabateaba poesía o hacía otras pequeñas tareas domésticas por la casa; y, por supuesto, siempre había animales que pasaban a charlar, y en consecuencia había muchas historias y comparaciones de notas sobre el verano pasado y todas sus andanzas.

¡Qué capítulo tan rico había sido, cuando uno se paraba a recordarlo todo! ¡Con ilustraciones tan numerosas y de colores tan vivos! El desfile de la ribera del río había marchado firmemente, desplegándose en escenas que se sucedían en una procesión majestuosa. La salicaria púrpura llegó temprano, sacudiendo lujuriantes mechones enredados a lo largo del borde del espejo desde donde su propio rostro le devolvía la sonrisa. El epilobio, tierno y melancólico, como una nube rosada de atardecer, no tardó en seguirlo. La consuelda, la púrpura de la mano con la blanca, se deslizó para ocupar su lugar en la fila; y finalmente, una mañana, la tímida y tardía rosa canina subió delicadamente al escenario, y uno supo, como si la música de cuerdas lo hubiera anunciado con acordes majestuosos que se desviaban hacia una gavota, que junio por fin estaba aquí. Todavía se esperaba a un miembro de la compañía; el pastorcillo para que las ninfas lo cortejaran, el caballero a quien las damas esperaban en la ventana, el príncipe que debía besar al verano durmiente para devolverlo a la vida y al amor. Pero cuando la ulmaria, elegante y fragante con su jubón ámbar, se movió graciosamente a su lugar en el grupo, entonces la obra estaba lista para comenzar.

¡Y qué obra había sido! Animales somnolientos, acurrucados en sus madrigueras mientras el viento y la lluvia golpeaban sus puertas, recordaban aún las mañanas frescas, una hora antes del amanecer, cuando la niebla

blanca, aún sin dispersarse, se aferraba densamente a la superficie del agua; luego el impacto del chapuzón temprano, la carrera por la orilla, y la radiante transformación de la tierra, el aire y el agua, cuando de repente el sol estaba con ellos de nuevo, y el gris era oro y el color nacía y brotaba de la tierra una vez más. Recordaban la siesta lánguida del caluroso mediodía, en lo profundo de la verde maleza, el sol atravesando en diminutos rayos y manchas doradas; la navegación y el baño de la tarde, los paseos por caminos polvorientos y a través de campos de maíz amarillos; y la larga y fresca noche al final, cuando tantos hilos se recogían, tantas amistades se consolidaban y tantas aventuras se planeaban para el día siguiente. Había mucho de qué hablar en aquellos cortos días de invierno cuando los animales se encontraban alrededor del fuego; aun así, el Topo tenía bastante tiempo libre, así que una tarde, cuando la Rata en su sillón frente al fuego alternaba entre dormitar y probar rimas que no encajaban, tomó la resolución de salir solo a explorar el Bosque Salvaje, y quizás entablar amistad con el señor Tejón.

Era una tarde fría y tranquila, con un cielo duro y acerado, cuando se deslizó del cálido salón al aire libre. El campo yacía desnudo y completamente sin hojas a su alrededor, y pensó que nunca había visto tan lejos y tan íntimamente el interior de las cosas como en aquel día de invierno en que la Naturaleza estaba sumida en su sueño anual y parecía haberse quitado la ropa de encima. Bosquecillos, cañadas, canteras y todos los lugares ocultos, que habían sido misteriosas minas para la exploración en el frondoso verano, ahora se exponían a sí mismos y a sus secretos patéticamente, y parecían pedirle que pasara por alto su mísera pobreza por un tiempo, hasta que pudieran volver a disfrutar de su rica mascarada, y engañarlo y atraerlo con los viejos engaños. Era lamentable en cierto modo, y sin embargo, alentador, incluso estimulante. Se alegró de que le gustara el campo sin adornos, duro y despojado de sus galas. Había llegado a sus huesos desnudos, y eran finos, fuertes y simples. No quería el trébol cálido ni el juego de las gramíneas en sazón; las pantallas de espino, el ondulante ropaje de hayas y olmos parecían mejor ausentes; y con gran alegría de espíritu avanzó hacia el Bosque Salvaje, que se extendía ante él bajo y amenazante, como un arrecife negro en algún tranquilo mar del sur.

Al principio no había nada que lo alarmara. Las ramitas crujían bajo sus pies, los troncos lo hacían tropezar, los hongos en los tocones parecían cari-

caturas y lo sobresaltaban por un momento por su parecido con algo familiar y lejano; pero todo eso era divertido y emocionante. Lo impulsó a seguir, y penetró donde la luz era menor, y los árboles se agazapaban cada vez más cerca, y los agujeros le hacían muecas feas a cada lado.

Todo estaba muy quieto ahora. El crepúsculo avanzaba sobre él de manera constante, rápida, acumulándose detrás y delante; y la luz parecía drenarse como el agua de una inundación.

Entonces empezaron las caras.

Fue por encima del hombro, e indistintamente, que primero creyó ver una cara; una carita malvada en forma de cuña, que lo miraba desde un agujero. Cuando se volvió y la enfrentó, la cosa había desaparecido.

Apresuró el paso, diciéndose alegremente que no empezara a imaginar cosas, o simplemente no habría fin. Pasó otro agujero, y otro, y otro; y entonces — ¡sí! — ¡no! — ¡sí! Ciertamente una carita estrecha, con ojos duros, había aparecido por un instante desde un agujero, y se había ido. Vaciló, se armó de valor para un esfuerzo y siguió adelante. Entonces, de repente, y como si hubiera sido así todo el tiempo, cada agujero, lejano y cercano, y había cientos de ellos, pareció poseer su cara, apareciendo y desapareciendo rápidamente, todas fijando en él miradas de malicia y odio: todas de ojos duros, malvadas y afiladas.

Si tan solo pudiera alejarse de los agujeros en las orillas, pensó, no habría más caras. Se desvió del sendero y se sumergió en los lugares no hollados del bosque.

Entonces comenzaron los silbidos.

Muy débiles y agudos eran, y muy por detrás de él, cuando los oyó por primera vez; pero de alguna manera le hicieron apresurarse. Luego, todavía muy débiles y agudos, sonaron muy por delante de él, y le hicieron dudar y querer volver atrás. Mientras se detenía indeciso, estallaron a ambos lados, y parecieron ser recogidos y pasados a lo largo de todo el bosque hasta su límite más lejano. ¡Estaban en pie, alerta y listos, evidentemente, quienesquiera que fuesen! Y él... él estaba solo, desarmado y lejos de cualquier ayuda; y la noche se estaba cerrando.

Entonces comenzó el pataleo.

Al principio pensó que eran solo hojas cayendo, tan ligero y delicado era su sonido. Luego, a medida que crecía, tomó un ritmo regular, y supo que no era otra cosa que el pat-pat-pat de pequeños pies todavía a una gran distancia. ¿Estaba delante o detrás? Parecía ser primero uno, y luego el otro, luego ambos. Crecía y se multiplicaba, hasta que desde todos los rincones, mientras escuchaba ansiosamente, inclinándose a un lado y a otro, parecía estar cerrándose sobre él. Mientras se quedaba quieto para escuchar, un conejo vino corriendo velozmente hacia él a través de los árboles. Esperó, esperando que aminorara el paso, o que se desviara hacia un rumbo diferente. En cambio, el animal casi lo rozó al pasar a toda velocidad, con el rostro tenso y duro, los ojos desorbitados. «¡Fuera de aquí, tonto, fuera!», le oyó murmurar el Topo mientras rodeaba un tocón y desaparecía por una madriguera amiga.

El pataleo aumentó hasta sonar como un granizo repentino sobre la alfombra de hojas secas extendida a su alrededor. Todo el bosque parecía correr ahora, corriendo deprisa, cazando, persiguiendo, cercando algo o... ¿a alguien? Presa del pánico, él también empezó a correr, sin rumbo, sin saber adónde. Chocaba contra cosas, caía sobre cosas y dentro de cosas, se metía debajo de cosas y esquivaba cosas. Al final se refugió en el hueco profundo y oscuro de un viejo haya, que ofrecía cobijo, ocultación, quizás incluso seguridad, pero ¿quién podía saberlo? De todos modos, estaba demasiado cansado para seguir corriendo, y solo podía acurrucarse entre las hojas secas que se habían acumulado en el hueco y esperar estar a salvo por un tiempo. Y mientras yacía allí jadeando y temblando, y escuchaba los silbidos y los pataleos afuera, lo supo por fin, en toda su plenitud, esa cosa terrible que otros pequeños habitantes del campo y del seto habían encontrado aquí, y conocido como su momento más oscuro: ¡esa cosa de la que la Rata había intentado en vano protegerlo: el Terror del Bosque Salvaje!

Mientras tanto, la Rata, cálida y cómoda, dormitaba junto a su chimenea. Su papel con versos a medio terminar se deslizó de su rodilla, su cabeza cayó hacia atrás, su boca se abrió, y vagó por las verdes orillas de ríos de ensueño. Entonces un carbón se deslizó, el fuego crepitó y lanzó una llamada, y se despertó con un sobresalto. Recordando en qué estaba ocupado, se agachó para recoger sus versos del suelo, los examinó durante un minuto, y luego buscó al Topo para preguntarle si conocía una buena rima para una cosa u otra.

Pero el Topo no estaba allí.

Escuchó durante un rato. La casa parecía muy silenciosa.

Luego llamó «¡Topito!» varias veces y, al no recibir respuesta, se levantó y salió al vestíbulo.

La gorra del Topo faltaba de su percha habitual. Sus chanclos, que siempre estaban junto al paragüero, también habían desaparecido.

La Rata salió de la casa y examinó cuidadosamente la superficie fangosa del suelo exterior, esperando encontrar las huellas del Topo. Allí estaban, sin duda. Los chanclos eran nuevos, recién comprados para el invierno, y los granos en sus suelas eran frescos y afilados. Podía ver sus huellas en el barro, corriendo rectas y decididas, conduciendo directamente al Bosque Salvaje.

La Rata se puso muy seria y se quedó pensando profundamente durante un minuto o dos. Luego volvió a entrar en la casa, se ató un cinturón a la cintura, se metió un par de pistolas en él, cogió un robusto garrote que estaba en un rincón del vestíbulo y partió hacia el Bosque Salvaje a paso ligero.

Ya estaba anocheciendo cuando llegó a la primera linde de árboles y se adentró sin dudar en el bosque, buscando ansiosamente a ambos lados cualquier señal de su amigo. Aquí y allá, caritas malvadas asomaban de los agujeros, pero desaparecían inmediatamente al ver al valeroso animal, sus pistolas y el gran y feo garrote en su mano; y los silbidos y pataleos, que había oído con bastante claridad en su primera entrada, se desvanecieron y cesaron, y todo quedó muy silencioso. Se abrió paso valientemente a lo largo del bosque, hasta su borde más lejano; luego, abandonando todos los senderos, se dispuso a atravesarlo, trabajando laboriosamente sobre todo el terreno, y todo el tiempo llamando alegremente: «¡Topito, Topito, Topito! ¿Dónde estás? ¡Soy yo... tu vieja Rata!».

Había buscado pacientemente por el bosque durante una hora o más, cuando al fin, para su alegría, oyó un pequeño grito de respuesta. Guiándose por el sonido, se abrió paso a través de la creciente oscuridad hasta el pie de un viejo haya, con un agujero en él, y del agujero salió una voz débil, diciendo: «¡Ratita! ¿Eres realmente tú?».

La Rata se arrastró dentro del hueco, y allí encontró al Topo, agotado y todavía temblando. —¡Oh, Rata! —exclamó—, ¡he pasado tanto miedo, no

te lo puedes imaginar!

—Oh, lo entiendo perfectamente —dijo la Rata tranquilizadamente—. Realmente no deberías haberlo hecho, Topo. Hice todo lo posible para evitarlo. Nosotros, los de la ribera, casi nunca venimos aquí solos. Si tenemos que venir, venimos en parejas, al menos; entonces generalmente estamos bien. Además, hay cien cosas que uno tiene que saber, que nosotros entendemos perfectamente y tú no, todavía. Me refiero a contraseñas, y señales, y dichos que tienen poder y efecto, y plantas que llevas en el bolsillo, y versos que repites, y trucos y artimañas que practicas; todo bastante simple cuando las conoces, pero hay que conocerlas si eres pequeño, o te encontrarás en problemas. Por supuesto, si fueras el Tejón o la Nutria, sería un asunto completamente diferente.

—Seguramente al valiente señor Sapo no le importaría venir aquí solo, ¿verdad? —inquirió el Topo.

—¿El viejo Sapo? —dijo la Rata, riendo a carcajadas—. No se atrevería a asomar la cara por aquí solo, ni por un sombrero lleno de guineas de oro, el Sapo no lo haría.

El Topo se animó mucho con el sonido de la risa despreocupada de la Rata, así como con la vista de su bastón y sus relucientes pistolas, y dejó de temblar y empezó a sentirse más valiente y más él mismo de nuevo.

—Ahora bien —dijo la Rata al cabo de un rato—, realmente debemos recomponernos y empezar a volver a casa mientras aún quede un poco de luz. No podemos pasar la noche aquí, ¿entiendes? Demasiado frío, para empezar.

—Querido Ratita —dijo el pobre Topo—, lo siento muchísimo, pero estoy simplemente muerto de cansancio y eso es un hecho. Debes dejarme descansar aquí un rato más, y recuperar mis fuerzas, si es que voy a llegar a casa.

—Oh, está bien —dijo la bondadosa Rata—, descansa. De todos modos, ya está casi completamente oscuro; y debería haber un poco de luna más tarde.

Así que el Topo se metió bien entre las hojas secas, se estiró y al poco se quedó dormido, aunque de un sueño entrecortado y agitado; mientras la

Rata se cubría también lo mejor que podía para abrigarse, y esperaba pacientemente, con una pistola en la pata.

Cuando por fin el Topo se despertó, muy refrescado y con su ánimo habitual, la Rata dijo: —¡Ahora bien! Echaré un vistazo fuera para ver si todo está tranquilo, y entonces realmente debemos ponernos en marcha.

Fue a la entrada de su refugio y asomó la cabeza. Entonces el Topo le oyó decir en voz baja para sí mismo: —¡Hola! ¡hola! ¡aquí... hay... un... lío!

—¿Qué pasa, Ratita? —preguntó el Topo.

—La nieve pasa —replicó la Rata brevemente—; o más bien, baja. Está nevando con fuerza.

El Topo se acercó y se agachó a su lado y, al mirar fuera, vio el bosque que tanto le había aterrorizado con un aspecto completamente cambiado. Agujeros, hondonadas, charcos, trampas y otras amenazas negras para el caminante desaparecían rápidamente, y una reluciente alfombra de cuento de hadas brotaba por todas partes, que parecía demasiado delicada para ser pisada por pies rudos. Un fino polvo llenaba el aire y acariciaba la mejilla con un hormigueo al tacto, y los troncos negros de los árboles se destacaban con una luz que parecía venir de abajo.

—Bueno, bueno, no se puede evitar —dijo la Rata, después de reflexionar—. Debemos ponernos en marcha y arriesgarnos, supongo. Lo peor es que no sé exactamente dónde estamos. Y ahora esta nieve hace que todo parezca tan diferente.

Y así era. El Topo no habría sabido que era el mismo bosque. Sin embargo, partieron valientemente y tomaron la dirección que parecía más prometedora, agarrándose el uno al otro y fingiendo con invencible alegría que reconocían a un viejo amigo en cada nuevo árbol que los saludaba sombría y silenciosamente, o veían aberturas, huecos o senderos con un giro familiar, en la monotonía del espacio blanco y los troncos negros que se negaban a variar.

Una hora o dos más tarde —habían perdido toda la noción del tiempo— se detuvieron, desanimados, cansados y completamente perdidos, y se sentaron en el tronco de un árbol caído para recuperar el aliento y considerar qué hacer. Les dolía el cuerpo de fatiga y estaban magullados por las caídas; habían caído en varios agujeros y se habían mojado por completo; la nieve

se estaba volviendo tan profunda que apenas podían arrastrar sus pequeñas piernas a través de ella, y los árboles eran más espesos y más parecidos entre sí que nunca. Parecía no haber fin para este bosque, ni principio, ni diferencia en él, y, lo peor de todo, ninguna salida.

—No podemos quedarnos sentados aquí mucho tiempo —dijo la Rata—. Tendremos que hacer otro esfuerzo y hacer algo. El frío es demasiado terrible para cualquier cosa, y la nieve pronto será demasiado profunda para que podamos vadearla. —Miró a su alrededor y consideró—. Mira —continuó—, esto es lo que se me ocurre. Hay una especie de cañada aquí delante de nosotros, donde el terreno parece todo accidentado y lleno de montículos. Bajaremos allí y trataremos de encontrar algún tipo de refugio, una cueva o un agujero con un suelo seco, fuera de la nieve y el viento, y allí descansaremos bien antes de intentarlo de nuevo, porque ambos estamos bastante agotados. Además, puede que la nieve deje de caer, o que surja algo.

Así que una vez más se pusieron de pie y bajaron con dificultad a la cañada, donde buscaron una cueva o algún rincón que estuviera seco y les protegiera del viento cortante y la nieve arremolinada. Estaban investigando uno de los trozos de terreno lleno de montículos de los que había hablado la Rata, cuando de repente el Topo tropezó y cayó de bruces con un chillido.

—¡Oh, mi pierna! —gritó—. ¡Oh, mi pobre espinilla! —y se sentó en la nieve y se cuidó la pierna con ambas patas delanteras.

—¡Pobre viejo Topo! —dijo la Rata amablemente.

—Parece que no tienes mucha suerte hoy, ¿verdad? A ver esa pierna. Sí —continuó, arrodillándose para mirar—, te has cortado la espinilla, seguro. Espera a que coja mi pañuelo, y te la vendaré.

—Debo haber tropezado con una rama oculta o un tocón —dijo el Topo miserablemente—. ¡Cielos! ¡Cielos!

—Es un corte muy limpio —dijo la Rata, examinándolo de nuevo con atención—. Eso nunca lo hizo una rama o un tocón. Parece como si lo hubiera hecho un borde afilado de algo de metal. ¡Curioso! —Reflexionó un rato y examinó los montículos y las laderas que los rodeaban.

—Bueno, no importa qué lo hizo —dijo el Topo, olvidando su gramática en su dolor—. Duele igual, lo haya hecho lo que lo haya hecho.

Pero la Rata, después de vendarle cuidadosamente la pierna con su pañuelo, lo había dejado y estaba ocupada rascando en la nieve. Arañó, paleó y exploró, con las cuatro patas trabajando afanosamente, mientras el Topo esperaba impaciente, comentando a intervalos: — ¡Oh, vamos, Rata!

De repente, la Rata gritó «¡Hurra!» y luego «¡Hurra-a-a-a-a-a!» y se puso a ejecutar un débil baile en la nieve.

— ¿Qué has encontrado, Ratita? — preguntó el Topo, todavía cuidándose la pierna.

— ¡Ven a ver! — dijo la Rata encantada, mientras seguía bailando.

El Topo se acercó cojeando al lugar y miró bien.

— Bueno — dijo finalmente, lentamente —, lo veo perfectamente. He visto el mismo tipo de cosa antes, muchas veces. Objeto familiar, lo llamo yo. ¡Un limpiabarros! Bueno, ¿y qué? ¿Por qué bailar alrededor de un limpiabarros?

— Pero ¿no ves lo que significa, tú... tú... animal de mente obtusa? — exclamó la Rata con impaciencia.

— Claro que veo lo que significa — replicó el Topo —. Simplemente significa que alguna persona MUY descuidada y olvidadiza ha dejado su limpiabarros tirado en medio del Bosque Salvaje, justo donde seguro que hará tropezar a todo el mundo. Muy desconsiderado por su parte, lo llamo yo. Cuando llegue a casa, iré a quejarme a... a alguien, ¡ya verás si no lo hago!

— ¡Oh, cielos! ¡Cielos! — exclamó la Rata, desesperada por su obtusidad —. ¡Anda, deja de discutir y ven a rascar! — Y se puso a trabajar de nuevo e hizo volar la nieve en todas direcciones a su alrededor.

Después de un poco más de trabajo, sus esfuerzos fueron recompensados, y un felpudo muy raído quedó expuesto a la vista.

— ¡Ahí tienes, qué te dije! — exclamó la Rata con gran triunfo.

— Absolutamente nada en absoluto — replicó el Topo, con perfecta veracidad —. Bueno, ahora — continuó —, parece que has encontrado otro trozo de basura doméstica, estropeado y tirado, y supongo que estás perfectamente feliz. Mejor sigue adelante y baila tu bailecito alrededor de eso si

tienes que hacerlo, y acábalo, y entonces quizás podamos continuar y no perder más tiempo con montones de basura. ¿Podemos COMER un felpudo? ¿O dormir bajo un felpudo? ¿O sentarnos en un felpudo y deslizarnos a casa sobre la nieve en él, roedor exasperante?

—¿Q-q-quieres... d-decir —exclamó la excitada Rata—, que este felpudo no te dice nada?

—De verdad, Rata —dijo el Topo, con bastante petulancia—, creo que ya hemos tenido suficiente de esta tontería. ¿Quién ha oído alguna vez que un felpudo le diga algo a alguien? Simplemente no lo hacen. No son de esa clase en absoluto. Los felpudos conocen su lugar.

—Ahora escúchame, tú... tú... bestia cabezota —replicó la Rata, realmente enfadada—, esto tiene que parar. Ni una palabra más, sino rasca... rasca y araña y cava y busca por todas partes, especialmente a los lados de los montículos, si quieres dormir seco y caliente esta noche, ¡porque es nuestra última oportunidad!

La Rata atacó un banco de nieve junto a ellos con ardor, sondeando con su garrote por todas partes y luego cavando con furia; y el Topo rascó afanosamente también, más para complacer a la Rata que por cualquier otra razón, pues su opinión era que su amigo se estaba volviendo un poco loco.

Unos diez minutos de duro trabajo, y la punta del garrote de la Rata golpeó algo que sonó hueco. Trabajó hasta que pudo meter una pata y palpar; luego llamó al Topo para que viniera a ayudarlo. Los dos animales se pusieron manos a la obra, hasta que al final el resultado de sus labores quedó a la vista del asombrado y hasta entonces incrédulo Topo.

En el lado de lo que parecía ser un banco de nieve se erguía una puertecita de aspecto sólido, pintada de un verde oscuro. Un tirador de campana de hierro colgaba al lado, y debajo, en una pequeña placa de latón, pulcramente grabadas en letras mayúsculas cuadradas, pudieron leer con la ayuda de la luz de la luna:

SR. TEJÓN.

El Topo cayó de espaldas en la nieve de pura sorpresa y deleite. —¡Rata! —exclamó con arrepentimiento—, ¡eres una maravilla! Una verdadera maravilla, eso es lo que eres. ¡Ahora lo veo todo! Lo dedujiste, paso a paso, en esa sabia cabeza tuya, desde el mismo momento en que me caí y me corté la

espinilla, y miraste el corte, e inmediatamente tu majestuosa mente se dijo a sí misma: "¡Limpiabarros!". ¡Y luego te pusiste a ello y encontraste el mismo limpiabarros que lo hizo! ¿Te detuviste ahí? No. Algunas personas se habrían quedado bastante satisfechas; pero no tú. Tu intelecto siguió trabajando. "¡Que encuentre un felpudo!", te dijiste a ti mismo, "¡y mi teoría está probada!". Y, por supuesto, encontraste tu felpudo. Eres tan listo que creo que podrías encontrar cualquier cosa que quisieras. "Ahora", dices tú, "esa puerta existe, tan claramente como si la viera. ¡No queda nada más que hacer que encontrarla!". Bueno, he leído sobre ese tipo de cosas en los libros, pero nunca me había topado con ello antes en la vida real. Deberías ir a donde te aprecien como es debido. Estás simplemente desperdiciado aquí, entre nosotros. Si tan solo tuviera tu cabeza, Ratita...

— Pero como no la tienes — interrumpió la Rata, con bastante poca amabilidad —, supongo que vas a quedarte sentado en la nieve toda la noche hablando. ¡Levántate de una vez y agárrate a ese tirador de campana que ves ahí, y tira fuerte, tan fuerte como puedas, mientras yo golpeo!

Mientras la Rata atacaba la puerta con su bastón, el Topo se lanzó al tirador de la campana, lo agarró y se balanceó allí, con ambos pies bien despegados del suelo, y desde bastante lejos pudieron oír débilmente una campana de tono grave responder.

IV. EL SEÑOR TEJÓN

Esperaron pacientemente durante lo que pareció un tiempo muy largo, pateando en la nieve para mantener los pies calientes. Al fin oyeron el sonido de unos lentos pasos arrastrados que se acercaban a la puerta desde el interior. Parecía, como el Topo le comentó a la Rata, como alguien caminando con zapatillas de casa que le quedaban grandes y con los talones desgastados; lo cual fue inteligente por parte del Topo, porque eso era exactamente lo que era.

Se oyó el ruido de un cerrojo que se descorría, y la puerta se abrió unos centímetros, lo suficiente para mostrar un hocico largo y un par de ojos somnolientos y parpadeantes.

— Ahora, la próxima vez que esto ocurra — dijo una voz ruda y suspicaz —, me enfadaré muchísimo. ¿Quién es esta vez, molestando a la gente en una noche como esta? ¡Hablad!

— Oh, Tejón — exclamó la Rata —, déjanos entrar, por favor. Soy yo, Rata, y mi amigo Topo, y nos hemos perdido en la nieve.

— ¡Cómo, Ratita, mi querido hombrecito! — exclamó el Tejón, con una voz completamente diferente —. Entrad, los dos, de inmediato. Vaya, debéis estar helados. ¡Nunca tal vi! ¡Perdidos en la nieve! ¡Y en el Bosque Salvaje, además, y a estas horas de la noche! Pero entrad de una vez.

Los dos animales tropezaron el uno con el otro en su afán por entrar, y oyeron la puerta cerrarse tras ellos con gran alegría y alivio.

El Tejón, que llevaba una larga bata y cuyas zapatillas estaban, en efecto, muy desgastadas por el talón, llevaba un candelero plano en la pata y probablemente se dirigía a la cama cuando sonó su llamada. Los miró amablemente y les dio una palmadita en la cabeza a ambos. —No es noche para que los animales pequeños estén fuera —dijo paternalmente—. Me temo que has vuelto a hacer de las tuyas, Ratita. Pero vamos; entrad a la cocina. Hay un fuego de primera allí, y cena y de todo.

Caminó arrastrando los pies delante de ellos, llevando la luz, y ellos lo siguieron, dándose codazos de una manera anticipatoria, por un pasillo largo, sombrío y, a decir verdad, decididamente desaliñado, hasta una especie de vestíbulo central; desde el cual podían ver vagamente otros largos pasajes tipo túnel que se ramificaban, pasajes misteriosos y sin fin aparente. Pero también había puertas en el vestíbulo, puertas robustas de roble de aspecto confortable. Una de estas la abrió el Tejón de par en par, y al instante se encontraron en todo el resplandor y calor de una gran cocina iluminada por el fuego.

El suelo era de ladrillo rojo muy gastado, y en el amplio hogar ardía un fuego de leños, entre dos atractivos rincones de chimenea escondidos en la pared, bien alejados de cualquier sospecha de corriente de aire. Un par de bancos de respaldo alto, uno frente al otro a cada lado del fuego, ofrecían más asientos para los de disposición sociable. En medio de la habitación había una larga mesa de tablas lisas colocadas sobre caballetes, con bancos a cada lado. En un extremo de ella, donde un sillón estaba apartado, se extendían los restos de la sencilla pero abundante cena del Tejón. Hileras de platos impecables guiñaban el ojo desde los estantes del aparador en el otro extremo de la habitación, y de las vigas del techo colgaban jamones, manojos de hierbas secas, redes de cebollas y cestas de huevos. Parecía un lugar donde los héroes podrían festejar dignamente después de la victoria, donde los cansados segadores podrían alinearse por decenas a lo largo de la mesa y celebrar su Fiesta de la Cosecha con alegría y canciones, o donde dos o tres amigos de gustos sencillos podrían sentarse a su antojo y comer y fumar y hablar con comodidad y satisfacción. El suelo de ladrillo rojizo sonreía al techo ahumado; los bancos de roble, brillantes por el largo uso, intercambiaban miradas alegres entre sí; los platos del aparador sonreían a las ollas del estante, y la alegre luz del fuego parpadeaba y jugaba sobre todo sin distinción.

El amable Tejón los hizo sentarse en un banco para calentarse junto al fuego, y les pidió que se quitaran los abrigo y las botas mojadas. Luego les trajo batas y zapatillas, y él mismo bañó la espinilla del Topo con agua tibia y reparó el corte con esparadrapo hasta que todo quedó como nuevo, si no mejor. En la envolvente luz y calor, calientes y secos al fin, con las piernas cansadas apoyadas frente a ellos, y un sugerente tintineo de platos que se disponían en la mesa detrás, a los animales azotados por la tormenta, ahora en puerto seguro, les pareció que el frío e intransitable Bosque Salvaje que acababan de dejar fuera estaba a millas y millas de distancia, y todo lo que habían sufrido en él era un sueño medio olvidado.

Cuando al fin estuvieron completamente calientes, el Tejón los llamó a la mesa, donde había estado ocupado preparando un festín. Antes se habían sentido bastante hambrientos, pero cuando finalmente vieron la cena que les habían preparado, realmente parecía solo una cuestión de qué atacar primero, donde todo era tan atractivo, y si las otras cosas esperarían amablemente hasta que tuvieran tiempo de prestarles atención. La conversación fue imposible durante mucho tiempo; y cuando se reanudó lentamente, fue esa lamentable clase de conversación que resulta de hablar con la boca llena. Al Tejón no le importaba ese tipo de cosas en absoluto, ni se fijaba en los codos sobre la mesa, ni en que todos hablaran a la vez. Como él mismo no frecuentaba la sociedad, se había hecho a la idea de que esas cosas pertenecían a las cosas que realmente no importaban. (Sabemos, por supuesto, que estaba equivocado y tenía una visión demasiado estrecha; porque sí importan mucho, aunque llevaría demasiado tiempo explicar por qué). Se sentó en su sillón a la cabecera de la mesa y asentía gravemente a intervalos mientras los animales contaban su historia; y no parecía sorprendido ni escandalizado por nada, y nunca dijo: «Os lo dije», o «Justo lo que siempre digo», ni comentó que deberían haber hecho tal o cual cosa, o que no deberían haber hecho otra. El Topo empezó a sentir una gran simpatía por él.

Cuando la cena terminó por fin, y cada animal sintió que su piel estaba ahora tan tensa como era decentemente seguro, y que a esas alturas no le importaba un comino nadie ni nada, se reunieron alrededor de las brasas incandescentes del gran fuego de leña, y pensaron en lo agradable que era estar despiertos tan tarde, y tan independientes, y tan llenos; y después de haber charlado un rato sobre cosas en general, el Tejón dijo cordialmente:

— ¡Ahora bien! contadnos las noticias de vuestra parte del mundo. ¿Cómo le va al viejo Sapo?

— Oh, de mal en peor — dijo la Rata gravemente, mientras el Topo, repantigado en un banco y disfrutando del calor del fuego, con los talones más altos que la cabeza, intentaba parecer apropiadamente apesadumbrado —. Otro accidente la semana pasada, y uno grave. Verás, insiste en conducir él mismo, y es irremediabilmente incapaz. Si tan solo contratara a un animal decente, constante y bien entrenado, le pagara un buen sueldo y le dejara todo a él, le iría bien. Pero no; está convencido de que es un conductor nato, y nadie puede enseñarle nada; y todo lo demás se sigue.

— ¿Cuántos ha tenido? — inquirió el Tejón sombríamente.

— ¿Accidentes o máquinas? — preguntó la Rata—. Oh, bueno, después de todo, es lo mismo... con el Sapo. Este es el séptimo. En cuanto a los otros... ¿conoces su cochera? Bueno, está llena... literalmente apilada hasta el techo... ¡con fragmentos de automóviles, ninguno más grande que tu sombrero! Eso explica los otros seis... hasta donde se puede dar cuenta de ellos.

— Ha estado en el hospital tres veces — intervino el Topo —; y en cuanto a las multas que ha tenido que pagar, es simplemente horrible pensarlo.

— Sí, y esa es parte del problema — continuó la Rata—. El Sapo es rico, todos lo sabemos; pero no es millonario. Y es un conductor irremediabilmente malo, y completamente indiferente a la ley y el orden. Muerto o arruinado... tiene que ser una de las dos cosas, tarde o temprano. ¡Tejón! somos sus amigos... ¿no deberíamos hacer algo?

El Tejón se puso a pensar detenidamente. — ¡Ahora escuchad! — dijo al fin, con bastante severidad —; por supuesto, ¿sabéis que no puedo hacer nada ahora?

Sus dos amigos asintieron, comprendiendo perfectamente su punto. De ningún animal, según las reglas de la etiqueta animal, se espera que haga algo extenuante, o heroico, o incluso moderadamente activo durante la temporada baja de invierno. Todos están somnolientos, algunos realmente dormidos. Todos están confinados por el tiempo, más o menos; y todos están descansando de días y noches arduos, durante los cuales cada músculo de ellos ha sido severamente probado, y cada energía mantenida al máximo.

— ¡Muy bien, entonces! — continuó el Tejón—. Pero, una vez que el año haya dado la vuelta de verdad, y las noches sean más cortas, y a mitad de ellas uno se despierte y se sienta inquieto y con ganas de estar levantado y en acción al amanecer, si no antes... ¡ya sabéis!

Ambos animales asintieron gravemente. ¡Lo sabían!

— Bueno, entonces — prosiguió el Tejón —, nosotros — es decir, tú, yo y nuestro amigo el Topo aquí — tomaremos al Sapo en serio. No toleraremos ninguna tontería. Lo haremos entrar en razón, por la fuerza si es necesario. Haremos que sea un Sapo sensato. Nosotros... ¡estás dormido, Rata!

— ¡Yo no! — dijo la Rata, despertándose de un respingo.

— Se ha dormido dos o tres veces desde la cena — dijo el Topo, riendo. Él mismo se sentía bastante despierto e incluso animado, aunque no sabía por qué. La razón era, por supuesto, que al ser por naturaleza un animal subterráneo de nacimiento y crianza, la situación de la casa del Tejón le sentaba perfectamente y le hacía sentirse como en casa; mientras que la Rata, que dormía cada noche en un dormitorio cuyas ventanas daban a un río ventoso, naturalmente sentía la atmósfera quieta y opresiva.

— Bueno, es hora de que todos nos acostemos — dijo el Tejón, levantándose y buscando candeleros planos —. Vamos, vosotros dos, os mostraré vuestros aposentos. ¡Y tomaos vuestro tiempo mañana por la mañana, el desayuno a la hora que os plazca!

Condujo a los dos animales a una larga habitación que parecía mitad dormitorio y mitad desván. Las provisiones de invierno del Tejón, que en verdad eran visibles por todas partes, ocupaban la mitad de la habitación: montones de manzanas, nabos y patatas, cestas llenas de nueces y jarras de miel; pero las dos camitas blancas en el resto del suelo parecían blandas y acogedoras, y la ropa de cama, aunque tosca, estaba limpia y olía maravillosamente a lavanda; y el Topo y la Rata de Agua, quitándose sus ropas en unos treinta segundos, se metieron entre las sábanas con gran alegría y satisfacción.

De acuerdo con las amables indicaciones del Tejón, los dos animales cansados bajaron a desayunar muy tarde a la mañana siguiente, y encontraron un fuego vivo ardiendo en la cocina, y a dos jóvenes erizos sentados en un banco en la mesa, comiendo gachas de avena en cuencos de madera.

Los erizos soltaron sus cucharas, se pusieron de pie e inclinaron la cabeza respetuosamente cuando los dos entraron.

—Venga, sentaos, sentaos —dijo la Rata amablemente—, y seguid con vuestras gachas. ¿De dónde habéis salido, jovencitos? ¿Perdidos en la nieve, supongo?

—Sí, por favor, señor —dijo el mayor de los dos erizos respetuosamente—. Yo y el pequeño Billy aquí, intentábamos encontrar el camino a la escuela —madre quería que fuéramos, hiciera el tiempo que hiciera— y, por supuesto, nos perdimos, señor, y Billy se asustó y se puso a llorar, siendo joven y de corazón débil. Y al final nos topamos con la puerta trasera del señor Tejón, y nos atrevimos a llamar, señor, porque el señor Tejón es un caballero de buen corazón, como todo el mundo sabe...

—Entiendo —dijo la Rata, cortándose unas lonchas de un trozo de beicon, mientras el Topo echaba unos huevos en una cacerola—. ¿Y qué tiempo hace fuera? No hace falta que me llaméis tanto de «señor» —añadió.

—Oh, terrible, señor, la nieve está terriblemente profunda —dijo el erizo—. Hoy no hay forma de que salgan caballeros como ustedes.

—¿Dónde está el señor Tejón? —inquirió el Topo, mientras calentaba la cafetera frente al fuego.

—El amo se ha ido a su estudio, señor —respondió el erizo—, y dijo que iba a estar particularmente ocupado esta mañana, y que bajo ninguna circunstancia se le debía molestar.

Esta explicación, por supuesto, fue completamente entendida por todos los presentes. El hecho es, como ya se ha expuesto, que cuando vives una vida de intensa actividad durante seis meses al año, y de somnolencia comparativa o real durante los otros seis, durante este último período no puedes estar continuamente alegando somnolencia cuando hay gente alrededor o cosas que hacer. La excusa se vuelve monótona. Los animales sabían bien que el Tejón, habiendo tomado un desayuno abundante, se había retirado a su estudio y se había acomodado en un sillón con las piernas en otro y un pañuelo de algodón rojo sobre la cara, y estaba «ocupado» de la manera habitual en esta época del año.

El timbre de la puerta principal sonó con fuerza, y la Rata, que estaba muy grasienta por las tostadas con mantequilla, envió a Billy, el erizo más

pequeño, a ver quién podía ser. Se oyó mucho patear en el vestíbulo, y al poco Billy regresó delante de la Nutria, que se arrojó sobre la Rata con un abrazo y un grito de afectuoso saludo.

—¡Quita! —farfulló la Rata, con la boca llena.

—Pensé que te encontraría aquí sin problemas —dijo la Nutria alegremente—. Estaban todos en un gran estado de alarma a lo largo de la Ribera del Río cuando llegué esta mañana. La Rata no ha vuelto a casa en toda la noche, ni el Topo tampoco, algo terrible debe haber pasado, decían; y la nieve había cubierto todas vuestras huellas, por supuesto. Pero yo sabía que cuando la gente está en algún aprieto, la mayoría va a ver al Tejón, o si no el Tejón se entera de alguna manera, ¡así que vine directamente aquí, a través del Bosque Salvaje y la nieve! ¡Vaya! ¡Fue genial, atravesar la nieve mientras el sol rojo salía y se recortaba contra los troncos negros de los árboles! Mientras avanzabas en el silencio, de vez en cuando masas de nieve se deslizaban de las ramas de repente con un ¡plof!, haciéndote saltar y correr a refugiarte. Castillos de nieve y cavernas de nieve habían surgido de la nada durante la noche, y puentes de nieve, terrazas, murallas... podría haberme quedado jugando con ellos durante horas. Aquí y allá, grandes ramas habían sido arrancadas por el puro peso de la nieve, y los petirrojos se posaban y saltaban sobre ellas con su aire insolente y engreído, como si lo hubieran hecho ellos mismos. Una deshilachada hilera de gansos salvajes pasó por encima, alta en el cielo gris, y unas cuantas cornejas revolotearon sobre los árboles, inspeccionaron y se marcharon a casa con una expresión de disgusto; pero no encontré a ningún ser sensato a quien preguntar las noticias. A mitad de camino me encontré con un conejo sentado en un tocón, limpiándose su tonta cara con las patas. Era un animal bastante asustado cuando me acerqué sigilosamente por detrás y le puse una pesada pata delantera en el hombro. Tuve que darle uno o dos cachetes en la cabeza para sacarle algo de sentido. Al final logré extraer de él que el Topo había sido visto en el Bosque Salvaje la noche anterior por uno de ellos. Era la comida de las madrigueras, dijo, cómo el Topo, el amigo particular del señor Rata, estaba en un mal aprieto; cómo se había perdido, y «Ellos» estaban en pie y cazando, y lo estaban acosando por todas partes. «Entonces, ¿por qué ninguno de vosotros hizo algo?», le pregunté. «Puede que no estéis bendecidos con cerebro, pero sois cientos y cientos, tipos grandes y robustos, gordos como la mantequilla, y vuestras madrigueras corren en todas

direcciones, y podríais haberlo acogido y haberlo hecho sentir seguro y cómodo, o haberlo intentado, al menos». «¿Qué, nosotros?», dijo simplemente: «¿hacer algo? ¿nosotros los conejos?». Así que le di otro cachete y lo dejé. No había nada más que hacer. Al menos, había aprendido algo; y si hubiera tenido la suerte de encontrarme con alguno de «Ellos», habría aprendido algo más... o ellos lo habrían hecho.

—¿No estabas en absoluto... eh... nervioso? —preguntó el Topo, al que parte del terror de ayer le volvió al mencionar el Bosque Salvaje.

—¿Nervioso? —La Nutria mostró una reluciente dentadura de dientes blancos y fuertes mientras reía—. Les daría yo nervios si alguno de ellos intentara algo conmigo. Anda, Topo, fríeme unas lonchas de jamón, como el buen muchacho que eres. Tengo un hambre terrible, y tengo un montón de cosas que decirle a Ratita. No lo he visto en mucho tiempo.

Así que el bondadoso Topo, habiendo cortado unas lonchas de jamón, puso a los erizos a freírlo y volvió a su propio desayuno, mientras la Nutria y la Rata, con las cabezas juntas, hablaban ávidamente de asuntos del río, que es una conversación larga e interminable, que fluye como el propio río parlanchín.

Acababan de limpiar un plato de jamón frito y lo habían devuelto a por más, cuando entró el Tejón, bostezando y frotándose los ojos, y los saludó a todos a su manera tranquila y sencilla, con amables preguntas para cada uno. —Debe de ser casi la hora del almuerzo —le comentó a la Nutria—. Mejor quédate y almuerza con nosotros. Debes tener hambre, con esta mañana tan fría.

—¡Ya lo creo! —replicó la Nutria, guiñándole un ojo al Topo—. La visión de estos jóvenes erizos glotones atiborrándose de jamón frito me hace sentir positivamente famélico.

Los erizos, que empezaban a sentir hambre de nuevo después de sus gachas, y después de trabajar tan duro friendo, miraron tímidamente al señor Tejón, pero eran demasiado tímidos para decir nada.

—Venga, vosotros dos jovencitos, marchaos a casa con vuestra madre —dijo el Tejón amablemente—. Enviaré a alguien con vosotros para que os muestre el camino. No necesitaréis cenar hoy, estoy seguro.

Les dio seis peniques a cada uno y una palmadita en la cabeza, y se marcharon con muchos respetuosos movimientos de gorra y tirones de mechón.

Al poco rato, todos se sentaron a almorzar juntos. El Topo se encontró sentado al lado del señor Tejón y, como los otros dos todavía estaban inmersos en cotilleos del río de los que nada podía distraerlos, aprovechó la oportunidad para decirle al Tejón lo cómodo y hogareño que se sentía. —Una vez bien bajo tierra —dijo—, sabes exactamente dónde estás. No te puede pasar nada, y nada puede alcanzarte. Eres completamente tu propio amo, y no tienes que consultar a nadie ni hacer caso de lo que digan. Las cosas siguen igual arriba, y tú las dejas estar, y no te preocupas por ellas. Cuando quieres, subes, y ahí están las cosas, esperándote.

El Tejón simplemente le sonrió. —Eso es exactamente lo que digo —replicó—. No hay seguridad, ni paz y tranquilidad, excepto bajo tierra. Y luego, si tus ideas se hacen más grandes y quieres expandirte, ¡pues, a cavar y rascar, y listo! Si sientes que tu casa es un poco demasiado grande, tapas un agujero o dos, ¡y listo otra vez! Sin constructores, sin comerciantes, sin comentarios de tipos que miran por encima de tu muro y, sobre todo, sin clima. Mira a la Rata, ahora. Un par de pies de agua de inundación, y tiene que mudarse a alojamientos alquilados; incómodos, mal situados y horriblemente caros. Toma al Sapo. No digo nada en contra de la Mansión Sapo; la mejor casa de por aquí, como casa. Pero suponiendo que se declare un incendio, ¿dónde está el Sapo? Suponiendo que las tejas se vuelen, o las paredes se hundan o se agrieten, o las ventanas se rompan, ¿dónde está el Sapo? Suponiendo que las habitaciones tengan corrientes de aire —yo odio las corrientes de aire—, ¿dónde está el Sapo? No, arriba y al aire libre está bien para deambular y ganarse la vida; pero bajo tierra para volver al final, ¡esa es mi idea de hogar!

El Topo asintió de corazón; y el Tejón, en consecuencia, se hizo muy amigo de él. —Cuando termine el almuerzo —dijo—, te llevaré a dar una vuelta por este pequeño lugar mío. Veo que lo apreciarás. Tú entiendes lo que debe ser la arquitectura doméstica, tú sí.

Después del almuerzo, en consecuencia, cuando los otros dos se habían acomodado en el rincón de la chimenea y habían iniciado una acalorada discusión sobre el tema de las anguilas, el Tejón encendió una linterna y le pidió al Topo que lo siguiera. Cruzando el vestíbulo, bajaron por uno de los

túneles principales, y la luz vacilante de la linterna dejaba entrever a ambos lados habitaciones grandes y pequeñas, algunas meros armarios, otras casi tan amplias e imponentes como el comedor del Sapo. Un estrecho pasaje en ángulo recto los condujo a otro corredor, y aquí se repitió lo mismo. El Topo estaba asombrado por el tamaño, la extensión, las ramificaciones de todo aquello; por la longitud de los pasajes sombríos, las sólidas bóvedas de los abarrotados almacenes, la mampostería por todas partes, los pilares, los arcos, los pavimentos. —¿Cómo diablos, Tejón —dijo al fin—, encontraste tiempo y fuerza para hacer todo esto? ¡Es asombroso!

—Sería asombroso, en verdad —dijo el Tejón simplemente—, si yo lo hubiera hecho. Pero, de hecho, no hice nada de eso, solo limpié los pasajes y las cámaras, en la medida en que los necesité. Hay mucho más de esto, por todas partes. Veo que no lo entiendes, y debo explicártelo. Bueno, hace mucho, mucho tiempo, en el lugar donde ahora ondea el Bosque Salvaje, antes de que se plantara y creciera hasta lo que es ahora, había una ciudad, una ciudad de gente, ya sabes. Aquí, donde estamos parados, vivían, caminaban, hablaban y dormían, y llevaban a cabo sus negocios. Aquí estabulaban sus caballos y festejaban, desde aquí salían a luchar o a comerciar. Eran un pueblo poderoso, y rico, y grandes constructores. Construyeron para durar, porque pensaban que su ciudad duraría para siempre.

—Pero, ¿qué ha sido de todos ellos? —preguntó el Topo.

—¿Quién puede decirlo? —dijo el Tejón—. La gente viene, se queda un tiempo, prospera, construye... y se va. Es su manera de ser. Pero nosotros permanecemos. Hubo tejones aquí, me han dicho, mucho antes de que esa misma ciudad llegara a existir. Y ahora hay tejones aquí de nuevo. Somos una raza resistente, y podemos mudarnos por un tiempo, pero esperamos, y somos pacientes, y volvemos. Y así será siempre.

—Bueno, y cuando finalmente se fueron, ¿esa gente? —dijo el Topo.

—Cuando se fueron —continuó el Tejón—, los fuertes vientos y las lluvias persistentes se encargaron del asunto, pacientemente, incesantemente, año tras año. Quizás nosotros los tejones también, a nuestra pequeña manera, ayudamos un poco, ¿quién sabe? Todo fue hacia abajo, abajo, abajo, gradualmente: ruina, nivelación y desaparición. Luego todo fue hacia arriba, arriba, arriba, gradualmente, a medida que las semillas se convertían en árboles jóvenes, y los árboles jóvenes en árboles de bosque, y las zarzas y

los helechos se arrastraban para ayudar. El mantillo de hojas se levantó y lo borró todo, los arroyos en sus crecidas invernales trajeron arena y tierra para obstruir y cubrir, y con el tiempo nuestro hogar estuvo listo para nosotros de nuevo, y nos mudamos. Arriba, en la superficie, sucedió lo mismo. Llegaron animales, les gustó el aspecto del lugar, tomaron sus cuarteles, se establecieron, se extendieron y prosperaron. No se preocuparon por el pasado —nunca lo hacen; están demasiado ocupados—. El lugar era un poco accidentado y lleno de montículos, naturalmente, y lleno de agujeros; pero eso era más bien una ventaja. Y tampoco se preocupan por el futuro, el futuro en el que quizás la gente vuelva a mudarse, por un tiempo, como muy bien podría ser. El Bosque Salvaje está bastante poblado ahora; con toda la gente habitual, buena, mala e indiferente... no menciono nombres. Se necesita de todo para hacer un mundo. Pero me imagino que ya sabes algo sobre ellos por ahora.

—Desde luego que sí —dijo el Topo, con un ligero escalofrío.

—Bueno, bueno —dijo el Tejón, dándole una palmadita en el hombro—, fue tu primera experiencia con ellos, ya ves. No son tan malos en realidad; y todos debemos vivir y dejar vivir. Pero mañana correré la voz, y creo que no tendrás más problemas. ¡Cualquier amigo mío camina por donde quiere en este país, o sabré la razón!

Cuando volvieron a la cocina, encontraron a la Rata paseando de un lado a otro, muy inquieta. La atmósfera subterránea lo oprimía y le ponía los nervios de punta, y parecía realmente temer que el río se escapara si él no estaba allí para cuidarlo. Así que se había puesto el abrigo, y sus pistolas metidas de nuevo en el cinturón. —¡Vamos, Topo! —dijo ansiosamente, tan pronto como los vio—. Debemos irnos mientras haya luz del día. No quiero pasar otra noche en el Bosque Salvaje otra vez.

—Todo irá bien, mi buen amigo —dijo la Nutria—. Vengo con vosotros, y conozco cada sendero con los ojos vendados; y si hay una cabeza que necesite ser golpeada, podéis confiar plenamente en mí para golpearla.

—Realmente no tienes por qué preocuparte, Ratita —añadió el Tejón placidamente—. Mis pasadizos llegan más lejos de lo que crees, y tengo salidas de emergencia al borde del bosque en varias direcciones, aunque no me gusta que todo el mundo las conozca. Cuando realmente tengáis que irnos,

saldréis por uno de mis atajos. Mientras tanto, tranquilízate y siéntate de nuevo.

Sin embargo, la Rata todavía estaba ansiosa por marcharse y atender a su río, así que el Tejón, tomando de nuevo su linterna, los guió por un túnel húmedo y sin aire que serpenteaba y se hundía, en parte abovedado, en parte excavado en roca sólida, durante una distancia agotadora que parecía de millas. Al fin, la luz del día comenzó a mostrarse confusamente a través de la vegetación enmarañada que colgaba sobre la boca del pasaje; y el Tejón, despidiéndose apresuradamente, los empujó a toda prisa a través de la abertura, hizo que todo pareciera lo más natural posible de nuevo, con enredaderas, maleza y hojas muertas, y se retiró.

Se encontraron de pie en el mismo borde del Bosque Salvaje. Rocas, zarzas y raíces de árboles detrás de ellos, amontonadas y enredadas confusamente; delante, un gran espacio de campos tranquilos, bordeados por líneas de setos negros sobre la nieve, y, muy a lo lejos, un destello del familiar y viejo río, mientras el sol invernal colgaba rojo y bajo en el horizonte. La Nutria, como conocedora de todos los senderos, se hizo cargo del grupo, y se dirigieron en línea recta hacia un lejano estilo. Deteniéndose allí un momento y mirando hacia atrás, vieron toda la masa del Bosque Salvaje, densa, amenazadora, compacta, sombríamente situada en un vasto entorno blanco; simultáneamente se dieron la vuelta y se dirigieron rápidamente a casa, hacia la luz del fuego y las cosas familiares sobre las que jugaba, hacia la voz, que sonaba alegremente fuera de su ventana, del río que conocían y en el que confiaban en todos sus humores, que nunca los asustaba con ningún asombro.

Mientras se apresuraba, anticipando ansiosamente el momento en que estaría de nuevo en casa entre las cosas que conocía y le gustaban, el Topo vio claramente que era un animal de campo labrado y de seto, vinculado al surco arado, al pasto frecuentado, al camino de los atardeceres, al huerto cultivado. Para otros las asperezas, la terca resistencia o el choque del conflicto real, que iban con la Naturaleza en bruto; él debía ser sabio, debía atenerse a los lugares agradables en los que se habían trazado sus líneas y que contenían suficiente aventura, a su manera, para durar toda una vida.

V. DULCE DOMUM

Las ovejas corrían apiñadas contra los cañizos, resoplando por sus finas fosas nasales y pateando con delicadas pezuñas delanteras, con las cabezas echadas hacia atrás y un ligero vaho que se elevaba del atestado redil hacia el aire helado, mientras los dos animales pasaban a toda prisa con gran ánimo, entre mucha charla y risas. Regresaban a campo traviesa después de un largo día de excursión con la Nutria, cazando y explorando en las amplias tierras altas donde ciertos arroyos, afluentes de su propio Río, tenían sus primeros y pequeños comienzos; y las sombras del corto día de invierno se cernían sobre ellos, y aún les quedaba cierta distancia por recorrer. Caminando penosamente al azar por el campo arado, habían oído a las ovejas y se habían dirigido hacia ellas; y ahora, saliendo del redil, encontraron un sendero trillado que hacía el caminar más ligero y que respondía, además, a esa pequeña cosa inquisitiva que todos los animales llevan dentro, diciendo inequívocamente: «Sí, exacto; ¡esto lleva a casa!».

—Parece que nos acercamos a un pueblo —dijo el Topo con cierta duda, aflojando el paso, mientras el sendero, que con el tiempo se había convertido en un camino y luego se había desarrollado en una vereda, los entregaba ahora al cuidado de una carretera bien firme. Los animales no simpatizaban con los pueblos, y sus propias carreteras, por muy frecuentadas que estuvieran, seguían un curso independiente, sin tener en cuenta la iglesia, la oficina de correos o la taberna.

—¡Oh, no te preocupes! —dijo la Rata—. En esta época del año, a estas horas ya están todos a salvo en sus casas, sentados alrededor del fuego; hombres, mujeres y niños, perros y gatos y todos. Nos colaremos sin prob-

lemas, sin molestias ni disgustos, y podemos echarles un vistazo por las ventanas si quieres, y ver qué están haciendo.

El rápido anochecer de mediados de diciembre había envuelto por completo el pequeño pueblo cuando se acercaron a él con pies sigilosos sobre una primera y fina capa de nieve polvo. Poco era visible salvo cuadrados de un rojo anaranjado oscuro a cada lado de la calle, donde la luz del fuego o de la lámpara de cada casita se desbordaba a través de las ventanas hacia el oscuro mundo exterior. La mayoría de las ventanas bajas con celosía carecían de persianas, y para los que miraban desde fuera, los habitantes, reunidos alrededor de la mesa del té, absortos en labores manuales, o hablando con risas y gestos, tenían cada uno esa feliz gracia que es lo último que el actor más hábil puede capturar: la gracia natural que acompaña a la perfecta inconsciencia de la observación. Moviéndose a voluntad de un teatro a otro, los dos espectadores, tan lejos de su propio hogar, tenían algo de melancolía en los ojos mientras observaban cómo acariciaban a un gato, cómo recogían a un niño soñoliento y se lo llevaban a la cama, o cómo un hombre cansado se estiraba y golpeaba su pipa contra el extremo de un leño humeante.

Pero fue desde una pequeña ventana, con la persiana bajada, una mera transparencia en blanco sobre la noche, desde donde más palpitaba la sensación de hogar y del pequeño mundo protegido entre muros —el mundo exterior más grande y estresante de la Naturaleza, excluido y olvidado—. Pegada a la persiana blanca colgaba una jaula de pájaros, claramente silueteada, cada alambre, percha y accesorio nítido y reconocible, incluso el terrón de azúcar de bordes romos de ayer. En la percha del medio, el mullico ocupante, con la cabeza bien metida entre las plumas, parecía tan cercano a ellos que podrían haberlo acariciado fácilmente si lo hubieran intentado; incluso las delicadas puntas de su plumaje ahuecado se dibujaban claramente en la pantalla iluminada. Mientras miraban, el pequeño soñoliento se agitó inquieto, se despertó, se sacudió y levantó la cabeza. Pudieron ver la abertura de su diminuto pico mientras bostezaba de una manera aburrida, miró a su alrededor y luego volvió a acomodar la cabeza en su espalda, mientras las plumas erizadas se calmaban gradualmente hasta una quietud perfecta. Entonces una ráfaga de viento helado les dio en la nuca, un pequeño agujijón de aguanieve congelada en la piel los despertó

como de un sueño, y supieron que tenían los dedos de los pies fríos y las piernas cansadas, y que su propio hogar estaba a una fatigosa distancia.

Una vez pasado el pueblo, donde las casitas cesaban bruscamente, a ambos lados del camino pudieron oler de nuevo en la oscuridad los campos amigos; y se prepararon para el último largo trecho, el trecho de vuelta a casa, el trecho que sabemos que está destinado a terminar, en algún momento, con el traqueteo del pestillo de la puerta, la súbita luz del fuego y la visión de cosas familiares saludándonos como a viajeros ausentes por largo tiempo desde lejanos mares. Caminaron con paso firme y en silencio, cada uno pensando en sus propias cosas. Los del Topo giraban bastante en torno a la cena, pues estaba oscuro como boca de lobo, y para él todo era tierra extraña hasta donde sabía, y seguía obedientemente la estela de la Rata, dejándole la guía por completo a ella. En cuanto a la Rata, caminaba un poco por delante, como era su costumbre, con los hombros encorvados, los ojos fijos en el recto camino gris que tenía delante; así que no se dio cuenta del pobre Topo cuando de repente le llegó la llamada y lo sacudió como una descarga eléctrica.

Nosotros, los demás, que hace tiempo que perdimos los más sutiles de los sentidos físicos, ni siquiera tenemos términos adecuados para expresar las intercomunicaciones de un animal con su entorno, vivo o no, y solo tenemos la palabra «olfato», por ejemplo, para incluir toda la gama de delicados estremecimientos que murmuran en la nariz del animal día y noche, convocando, advirtiendo, incitando, repeliendo. Fue una de estas misteriosas llamadas de hadas desde el vacío la que de repente llegó al Topo en la oscuridad, haciéndole hormigear de pies a cabeza con su apelación tan familiar, aun cuando todavía no podía recordar claramente qué era. Se detuvo en seco, su nariz buscando de acá para allá en sus esfuerzos por recapturar el fino filamento, la corriente telegráfica, que tan fuertemente lo había conmovido. Un momento, y la había capturado de nuevo; y con ella esta vez llegó el recuerdo en pleno torrente.

¡Hogar! ¡Eso era lo que significaban, esas llamadas acariciadoras, esos suaves toques transportados por el aire, esas pequeñas manos invisibles que tiraban y tiraban, todas en una misma dirección! ¡Vaya, debía estar muy cerca de él en ese momento, su viejo hogar que había abandonado apresuradamente y nunca más había buscado, aquel día en que encontró el río por primera vez! Y ahora estaba enviando a sus exploradores y a sus men-

sajeros para capturarlo y traerlo. Desde su escapada en aquella brillante mañana apenas había pensado en ello, tan absorto había estado en su nueva vida, en todos sus placeres, sus sorpresas, sus frescas y cautivadoras experiencias. Ahora, con una avalancha de viejos recuerdos, ¡qué claramente se erigía ante él, en la oscuridad! Desvencijado, en verdad, y pequeño y pobremente amueblado, y sin embargo suyo, el hogar que se había hecho para sí mismo, el hogar al que había sido tan feliz de volver después de su día de trabajo. Y el hogar había sido feliz con él también, evidentemente, y lo extrañaba, y lo quería de vuelta, y se lo estaba diciendo, a través de su nariz, con tristeza, con reproche, pero sin amargura ni ira; solo con un recordatorio lastimero de que estaba allí y lo quería.

La llamada era clara, la convocatoria era evidente. Debía obedecerla al instante, e ir.

— ¡Ratita! — llamó, lleno de jubilosa emoción—. ¡Espera! ¡Vuelve! ¡Te necesito, rápido!

— ¡Oh, vamos, Topo, venga! — respondió la Rata alegremente, sin dejar de caminar.

— ¡Por favor, detente, Ratita! — suplicó el pobre Topo, con el corazón angustiado—. ¡No lo entiendes! ¡Es mi hogar, mi viejo hogar! Acabo de percibir su olor, y está cerca de aquí, realmente muy cerca. ¡Y debo ir, debo, debo! ¡Oh, vuelve, Ratita! ¡Por favor, por favor, vuelve!

La Rata estaba para entonces muy lejos, demasiado lejos para oír claramente lo que el Topo llamaba, demasiado lejos para captar la nota aguda de dolorosa súplica en su voz. Y estaba muy preocupado por el tiempo, pues él también podía oler algo, algo sospechosamente parecido a la nieve que se acercaba.

— ¡Topo, no podemos parar ahora, de verdad! — le gritó de vuelta—. Ya iremos a por ello mañana, sea lo que sea que hayas encontrado. ¡Pero no me atrevo a parar ahora, es tarde, y la nieve está volviendo, y no estoy seguro del camino! ¡Y necesito tu nariz, Topo, así que date prisa, sé bueno! — Y la Rata siguió adelante sin esperar respuesta.

El pobre Topo se quedó solo en el camino, con el corazón destrozado, y un gran sollozo acumulándose, acumulándose, en algún lugar profundo de su interior, para saltar a la superficie en cualquier momento, lo sabía, en una

escapada apasionada. Pero incluso bajo una prueba como esta, su lealtad a su amigo se mantuvo firme. Ni por un momento soñó con abandonarlo. Mientras tanto, las emanaciones de su antiguo hogar suplicaban, susurraban, conjuraban y finalmente lo reclamaban imperiosamente. No se atrevió a demorarse más dentro de su círculo mágico. Con un tirón que le desgarró las fibras del corazón, se encaminó por la carretera y siguió sumisamente la estela de la Rata, mientras débiles y finos olores, aún persiguiendo su nariz en retirada, le reprochaban su nueva amistad y su insensible olvido.

Con un esfuerzo, alcanzó a la desprevenida Rata, que empezó a charlar alegremente sobre lo que harían cuando volvieran, y lo agradable que sería un fuego de leña en el salón, y qué cena pensaba comer; sin notar nunca el silencio y el estado de angustia de su compañero. Al final, sin embargo, cuando habían avanzado un trecho considerable y pasaban junto a unos tocones de árbol al borde de un bosquecillo que bordeaba el camino, se detuvo y dijo amablemente: —Mira, Topo, viejo amigo, pareces muerto de cansancio. No te queda conversación, y arrastras los pies como si fueran de plomo. Nos sentaremos aquí un minuto a descansar. La nieve se ha contenido hasta ahora, y la mayor parte de nuestro viaje ha terminado.

El Topo se desplomó desolado sobre un tocón e intentó controlarse, pues sentía que llegaba sin remedio. El sollozo con el que había luchado tanto tiempo se negó a ser vencido. Subió y subió, forzando su camino hacia el aire, y luego otro, y otro, y otros espesos y rápidos; hasta que el pobre Topo finalmente abandonó la lucha, y lloró libre, desconsolada y abiertamente, ahora que sabía que todo había terminado y que había perdido lo que difícilmente podría decirse que había encontrado.

La Rata, asombrada y consternada por la violencia del paroxismo de dolor del Topo, no se atrevió a hablar durante un rato. Al fin dijo, muy quedo y con simpatía: —¿Qué pasa, viejo amigo? ¿Qué puede ocurrir? Cuéntanos tu pena, y déjame ver qué puedo hacer.

Al pobre Topo le costaba articular palabra entre las convulsiones de su pecho que se sucedían tan rápidamente y le impedían hablar y lo ahogaban al salir. —Sé que es un... lugar miserable y destartalado —sollozó al fin, entrecortadamente—: no como... tus acogedoras estancias... o el hermoso salón del Sapo... o la gran casa del Tejón... pero era mi propio y pequeño hogar... y le tenía cariño... y me fui y me olvidé por completo de él... y en-

tonces lo olí de repente... en el camino, cuando te llamé y no quisiste escuchar, Rata... y todo volvió a mí de golpe... ¡y lo quería! — ¡Oh, cielos, cielos! — y cuando no quisiste volver, Ratita... y tuve que dejarlo, aunque lo estaba oliendo todo el tiempo... pensé que se me rompería el corazón. — Podríamos haber ido a echarle un vistazo, Ratita... solo un vistazo... estaba cerca... ¡pero no quisiste volver, Ratita, no quisiste volver! ¡Oh, cielos, cielos!

El recuerdo trajo nuevas oleadas de tristeza, y los sollozos volvieron a apoderarse de él, impidiéndole seguir hablando.

La Rata miraba fijamente al frente, sin decir nada, solo dando palmaditas suaves al Topo en el hombro. Después de un tiempo murmuró sombríamente: — ¡Ahora lo entiendo todo! ¡Qué cerdo he sido! Un cerdo, ¡ese soy yo! ¡Simplemente un cerdo, un cerdo redomado!

Esperó hasta que los sollozos del Topo se volvieron gradualmente menos tormentosos y más rítmicos; esperó hasta que al final los sorbos fueron frecuentes y los sollozos solo intermitentes. Entonces se levantó de su asiento y, comentando con indiferencia: — ¡Bueno, ahora será mejor que nos pongamos en marcha, viejo amigo! — se encaminó de nuevo por la carretera, por el fatigoso camino que habían venido.

— ¡Adónde (hip) vas (hip), Ratita? — gritó el lloroso Topo, mirando hacia arriba alarmado.

— Vamos a encontrar ese hogar tuyo, viejo amigo — respondió la Rata amablemente —; así que será mejor que vengas, porque costará encontrarlo, y necesitaremos tu nariz.

— ¡Oh, vuelve, Ratita, por favor! — gritó el Topo, levantándose y corriendo tras él—. ¡No sirve de nada, te lo digo! ¡Es demasiado tarde, y demasiado oscuro, y el lugar está demasiado lejos, y va a nevar! ¡Y... y nunca quise que supieras que me sentía así... fue todo un accidente y un error! ¡Y piensa en la Ribera del Río, y en tu cena!

— ¡Al cuerno con la Ribera del Río, y la cena también! — dijo la Rata de todo corazón—. Te digo que voy a encontrar este lugar ahora, aunque me quede fuera toda la noche. Así que ánimo, viejo amigo, y toma mi brazo, y muy pronto estaremos de vuelta allí.

Todavía sorbiendo, suplicando y reacio, el Topo se dejó arrastrar de vuelta por el camino por su imperioso compañero, quien con un flujo de charla alegre y anécdotas se esforzaba por devolverle el ánimo y hacer que el fatigoso camino pareciera más corto. Cuando al fin le pareció a la Rata que debían estar acercándose a la parte del camino donde el Topo había sido «detenido», dijo: —Ahora, se acabó la charla. ¡A lo nuestro! Usa tu nariz, y concéntrate en ello.

Avanzaron en silencio un corto trecho, cuando de repente la Rata fue consciente, a través de su brazo que estaba enlazado con el del Topo, de una débil especie de cosquilleo eléctrico que recorría el cuerpo de aquel animal. Al instante se soltó, retrocedió un paso y esperó, todo atención.

¡Las señales estaban llegando!

El Topo se quedó un momento rígido, mientras su nariz levantada, temblando ligeramente, olfateaba el aire.

Luego una carrera corta y rápida hacia adelante... un fallo... una pausa... un intento de retroceder; y luego un avance lento, firme y confiado.

La Rata, muy excitada, se mantuvo pegada a sus talones mientras el Topo, con algo de aire de sonámbulo, cruzaba una zanja seca, se abría paso a través de un seto y se guiaba por el olfato a través de un campo abierto, sin senderos y desnudo bajo la débil luz de las estrellas.

De repente, sin previo aviso, se zambulló; pero la Rata estaba alerta, y prontamente lo siguió por el túnel al que su infalible nariz lo había conducido fielmente.

Estaba cerrado y sin aire, y el olor a tierra era fuerte, y a la Rata le pareció mucho tiempo antes de que el pasadizo terminara y pudiera erguirse, estirarse y sacudirse. El Topo encendió una cerilla, y a su luz la Rata vio que estaban en un espacio abierto, pulcramente barrido y con arena bajo los pies, y directamente frente a ellos estaba la pequeña puerta principal del Topo, con «Villa Topo» pintado, en letras góticas, sobre el tirador de la campana a un lado.

El Topo descolgó una linterna de un clavo en la pared y la encendió... y la Rata, mirando a su alrededor, vio que estaban en una especie de patio delantero. Un banco de jardín se encontraba a un lado de la puerta, y al otro un rodillo; pues el Topo, que era un animal ordenado cuando estaba en casa,

no soportaba que otros animales levantaran su terreno en pequeños senderos que terminaban en montones de tierra. De las paredes colgaban cestas de alambre con helechos, alternando con ménsulas que sostenían estatuas de yeso: Garibaldi, y el niño Samuel, y la Reina Victoria, y otros héroes de la Italia moderna. A un lado del patio corría una bolera, con bancos a lo largo y pequeñas mesas de madera marcadas con aros que insinuaban jarras de cerveza. En el medio había un pequeño estanque redondo que contenía peces de colores y estaba rodeado por un borde de conchas de berberecho. Del centro del estanque se alzaba una fantástica construcción revestida con más conchas de berberecho y coronada por una gran bola de cristal plateado que lo reflejaba todo al revés y tenía un efecto muy agradable.

El rostro del Topo resplandecía al ver todos estos objetos tan queridos para él, y apresuró a la Rata a través de la puerta, encendió una lámpara en el vestíbulo y echó un vistazo a su antiguo hogar. Vio el polvo que cubría todo con una capa espesa, vio el aspecto desolador y abandonado de la casa descuidada durante mucho tiempo, y sus dimensiones estrechas y exiguas, su contenido gastado y raído... y se derrumbó de nuevo en una silla del vestíbulo, con la nariz entre las patas. — ¡Oh, Ratita! — gritó lúgubrementemente —, ¿por qué lo hice? ¿Por qué te traje a este pobre y frío lugar, en una noche como esta, cuando podrías haber estado ya en la Ribera del Río, calentándote los pies ante un fuego resplandeciente, con todas tus cosas bonitas a tu alrededor?

La Rata no prestó atención a sus lúgubres autorreproches. Corría de aquí para allá, abriendo puertas, inspeccionando habitaciones y armarios, y encendiendo lámparas y velas y colocándolas por todas partes. — ¡Qué casita tan estupenda es esta! — exclamó alegremente—. ¡Tan compacta! ¡Tan bien planeada! ¡Todo aquí y todo en su sitio! Pasaremos una noche estupenda. Lo primero que necesitamos es un buen fuego; yo me encargo de eso, siempre sé dónde encontrar las cosas. ¿Así que este es el salón? ¡Espléndido! ¡Idea tuya, esas pequeñas literas en la pared? ¡Genial! Ahora, yo traeré la leña y el carbón, y tú coge un plumero, Topo — encontrarás uno en el cajón de la mesa de la cocina— e intenta adecentar un poco las cosas. ¡Date prisa, viejo amigo!

Animado por su inspirador compañero, el Topo se desperezó y desempolvó y pulió con energía y entusiasmo, mientras la Rata, corriendo de un lado para otro con brazadas de combustible, pronto tuvo un alegre fuego

rugiendo chimenea arriba. Llamó al Topo para que viniera a calentarse; pero el Topo prontamente tuvo otro ataque de melancolía, dejándose caer en un sofá en oscura desesperación y enterrando la cara en su plumero. — Rata — gimió —, ¿y tu cena, pobre animal frío, hambriento y cansado? No tengo nada que darte... ¡nada... ni una migaja!

— ¡Vaya tipo eres para rendirte! — dijo la Rata con reproche —. Vaya, si acabo de ver un abrelatas de sardinas en el aparador de la cocina, con toda claridad; y todo el mundo sabe que eso significa que hay sardinas por algún lado en el vecindario. ¡Anímate! ¡recomponete, y ven conmigo a buscar provisiones!

Fueron y buscaron provisiones, registrando cada armario y revolviendo cada cajón. El resultado no fue tan deprimente después de todo, aunque por supuesto podría haber sido mejor; una lata de sardinas, una caja de galletas marineras, casi llena, y una salchicha alemana envuelta en papel de plata.

— ¡Ahí tienes un banquete! — observó la Rata, mientras ponía la mesa —. ¡Conozco a algunos animales que darían sus orejas por sentarse a cenar con nosotros esta noche!

— ¡Sin pan! — gimió el Topo dolorosamente —; sin mantequilla, sin...

— ¡Sin *pâté de foie gras*, sin champán! — continuó la Rata, sonriendo —. Y eso me recuerda... ¿qué es esa puertecita al final del pasillo? ¡Tu bodega, por supuesto! ¡Todo un lujo en esta casa! Espera un minuto.

Se dirigió a la puerta de la bodega, y al poco reapareció, algo polvoriento, con una botella de cerveza en cada pata y otra bajo cada brazo. — Pareces ser un gorrón indulgente, Topo — observó —. No te privas de nada. Este es realmente el lugar más agradable en el que he estado. Ahora, ¿dónde conseguiste esos grabados? Hacen que el lugar parezca tan hogareño. No me extraña que le tengas tanto cariño, Topo. Cuéntanoslo todo, y cómo llegaste a hacerlo como es.

Entonces, mientras la Rata se ocupaba de traer platos, cuchillos y tenedores, y mostaza que mezcló en una huevera, el Topo, con el pecho todavía agitado por el estrés de su reciente emoción, relató — algo tímidamente al principio, pero con más libertad a medida que se animaba con el tema — cómo se planeó esto, y cómo se pensó aquello, y cómo esto se consiguió gracias a una ganancia inesperada de una tía, y aquello fue un hallazgo mar-

aviloso y una ganga, y esta otra cosa se compró con ahorros laboriosos y una cierta cantidad de «privaciones». Con el ánimo finalmente recuperado, sintió la necesidad de ir a acariciar sus posesiones, y tomar una lámpara y mostrar sus virtudes a su visitante y explayarse sobre ellas, olvidándose por completo de la cena que ambos tanto necesitaban; la Rata, que estaba desesperadamente hambrienta pero se esforzaba por ocultarlo, asentía seriamente, examinando con el ceño fruncido, y diciendo «maravilloso» y «muy notable» a intervalos, cuando se le daba la oportunidad de hacer una observación.

Al fin, la Rata logró atraerlo a la mesa, y justo se había puesto seriamente a trabajar con el abrelatas de sardinas cuando se oyeron sonidos del patio exterior, sonidos como el arrastrar de pequeños pies en la grava y un confuso murmullo de diminutas voces, mientras les llegaban frases entrecortadas: —Ahora, todos en fila... sujeta la linterna un poco más alto, Tommy... aclaraos la garganta primero... nada de toser después de que diga uno, dos, tres. —¿Dónde está el joven Bill?— ¡Anda, ven, venga, que estamos todos esperando...!

—¿Qué pasa? —inquirió la Rata, deteniendo su labor.

—Creo que deben ser los ratones de campo —replicó el Topo, con un toque de orgullo en su manera—. Van cantando villancicos regularmente por esta época del año. Son toda una institución por aquí. Y nunca me pasan por alto, vienen a Villa Topo los últimos de todos; y yo solía darles bebidas calientes, y cena también a veces, cuando podía permitírmelo. Será como en los viejos tiempos volver a oírlos.

—¡Vamos a verlos! —gritó la Rata, levantándose de un salto y corriendo hacia la puerta.

Fue una bonita estampa, y muy propia de la estación, la que se encontraron sus ojos cuando abrieron la puerta de par en par. En el patio delantero, iluminados por los tenues rayos de una linterna de cuerno, unos ocho o diez ratoncitos de campo estaban de pie en semicírculo, con bufandas de lana roja alrededor de sus gargantas, sus patas delanteras metidas profundamente en los bolsillos, sus pies moviéndose nerviosamente para calentarse. Con ojos brillantes y redondos se miraban tímidamente unos a otros, riéndose un poco, sorbiendo y pasándose mucho la manga del abrigo por la nariz. Al abrirse la puerta, uno de los mayores que llevaba la linterna

justo estaba diciendo: —¡Ahora, uno, dos, tres! —y al instante sus agudas vocecillas se elevaron en el aire, cantando uno de los villancicos de antaño que sus antepasados compusieron en campos que estaban en barbecho y helados, o cuando estaban atrapados por la nieve en los rincones de las chimeneas, y que se transmitieron para ser cantados en la calle fangosa ante ventanas iluminadas por lámparas en Navidad.

VILLANCICO

¡Aldeanos todos, en esta helada,
Abrid vuestras puertas de par en par,
Aunque el viento siga, y la nieve al lado,
Hacednos entrar junto al fuego a morar;
¡La alegría será vuestra en la mañana!
Aquí estamos en el frío y el aguanieve,
Soplando los dedos y pateando los pies,
De lejos venimos a saludaros,
Vosotros junto al fuego y nosotros en la calle,
¡Deseándoos alegría en la mañana!
Pues antes de que media noche pasara,
De repente una estrella nos ha guiado,
Lloviendo dicha y bendición,
Dicha mañana y más después,
¡Alegría para cada mañana!
El buen José caminó por la nieve,
Vio la estrella sobre un humilde establo;
María no pudo avanzar más,
¡Bienvenido techo de paja, y yacija debajo!
¡La alegría fue suya en la mañana!
Y luego oyeron a los ángeles decir

«¿Quiénes fueron los primeros en gritar Noel?

¡Todos los animales, como sucedió,

En el establo donde habitaban!

¡La alegría será suya en la mañana!»

Las voces cesaron, los cantores, tímidos pero sonrientes, intercambiaron miradas de soslayo, y el silencio se hizo... pero solo por un momento. Luego, desde arriba y muy lejos, por el túnel que tan recientemente habían recorrido, llegó a sus oídos en un débil zumbido musical el sonido de campanas lejanas que tocaban un repique alegre y estruendoso.

— ¡Muy bien cantado, muchachos! — exclamó la Rata de todo corazón—. ¡Y ahora entrad todos, y calentaos junto al fuego, y tomad algo caliente!

— Sí, entrad, ratones de campo — exclamó el Topo con entusiasmo—. ¡Esto es como en los viejos tiempos! Cerrad la puerta al entrar. Acercad ese banco al fuego. Ahora, esperad un minuto, mientras nosotros... ¡Oh, Ratita! — gritó desesperado, desplomándose en un asiento, con las lágrimas a punto de brotar—. ¿Qué estamos haciendo? ¡No tenemos nada que darles!

— Déjame todo eso a mí — dijo la autoritaria Rata—. ¡Eh, tú, el de la linterna! Ven por aquí. Quiero hablar contigo. Ahora, dime, ¿hay alguna tienda abierta a estas horas de la noche?

— Pues claro, señor — respondió el ratón de campo respetuosamente—. En esta época del año nuestras tiendas abren hasta cualquier hora.

— ¡Entonces escucha! — dijo la Rata—. Vete ahora mismo, tú y tu linterna, y consígueme...

Aquí siguió una larga conversación en susurros, y el Topo solo oyó fragmentos, como: — ¡Fresco, eh! — no, con una libra de eso bastará — asegúrate de que sea de Buggins, porque no quiero de otro — no, solo del mejor — si no lo encuentras allí, prueba en otro sitio — sí, por supuesto, casero, nada de latas — bueno, entonces, ¡haz lo que puedas! — Finalmente, se oyó un tintineo de monedas pasando de pata a pata, al ratón de campo se le proveyó de una amplia cesta para sus compras, y partió a toda prisa, él y su linterna.

El resto de los ratones de campo, encaramados en fila en el banco, con sus pequeñas piernas colgando, se entregaron al disfrute del fuego, y se

tostaron los sabañones hasta que les hormiguearon; mientras el Topo, al no lograr entablar una conversación fácil con ellos, se sumergió en la historia familiar e hizo que cada uno recitara los nombres de sus numerosos hermanos, que eran demasiado jóvenes, al parecer, para que se les permitiera salir a cantar villancicos ese año, pero esperaban con ansia obtener pronto el consentimiento paterno.

La Rata, mientras tanto, estaba ocupada examinando la etiqueta de una de las botellas de cerveza. —Percibo que esta es una Old Burton —comentó con aprobación—. ¡Sensato Topo! ¡Justo lo que se necesita! ¡Ahora podremos calentar un poco de cerveza! Prepara las cosas, Topo, mientras yo saco los corchos.

No se tardó mucho en preparar la bebida y meter el calentador de estaño bien en el corazón rojo del fuego; y pronto cada ratón de campo estaba sorbiendo, tosiendo y atragantándose (pues un poco de cerveza caliente especiada cunde mucho) y secándose los ojos y riendo y olvidando que alguna vez en su vida había tenido frío.

—También representan obras de teatro, estos tipos —le explicó el Topo a la Rata—. Las inventan ellos mismos, y luego las representan. ¡Y lo hacen muy bien, además! El año pasado nos ofrecieron una magnífica, sobre un ratón de campo que fue capturado en el mar por un corsario berberisco y obligado a remar en una galera; y cuando escapó y volvió a casa, su amada se había metido en un convento. ¡Eh, tú! Tú estabas en ella, lo recuerdo. Levántate y recita un poco.

El ratón de campo al que se dirigió se puso de pie, rio tímidamente, miró alrededor de la habitación y se quedó completamente mudo. Sus camaradas lo animaron, el Topo lo engatusó y lo alentó, y la Rata llegó a tomarlo por los hombros y sacudirlo; pero nada pudo vencer su pánico escénico. Estaban todos ocupados con él como barqueros aplicando las regulaciones de la Real Sociedad Humanitaria a un caso de larga inmersión, cuando el pestillo sonó, la puerta se abrió, y el ratón de campo con la linterna reapareció, tambaleándose bajo el peso de su cesta.

No se habló más de teatro una vez que el contenido muy real y sólido de la cesta fue volcado sobre la mesa. Bajo el mando de la Rata, a todo el mundo se le puso a hacer algo o a buscar algo. En muy pocos minutos la cena estaba lista, y el Topo, al ocupar la cabecera de la mesa como en un sueño,

vio una tabla recientemente estéril ahora repleta de sabrosas viandas; vio los rostros de sus pequeños amigos iluminarse y resplandecer mientras se lanzaban a comer sin demora; y luego se soltó él mismo —pues estaba realmente hambriento— sobre las provisiones tan mágicamente provistas, pensando en qué feliz regreso a casa había resultado ser, después de todo. Mientras comían, hablaban de los viejos tiempos, y los ratones de campo le pusieron al día con los chismes locales, y respondieron lo mejor que pudieron a las cien preguntas que tenía que hacerles. La Rata dijo poco o nada, solo se ocupó de que cada invitado tuviera lo que quería, y en abundancia, y de que el Topo no tuviera problemas ni ansiedad por nada.

Finalmente se marcharon ruidosamente, muy agradecidos y colmándolo de deseos de la estación, con los bolsillos de sus chaquetas llenos de recuerdos para los pequeños hermanos y hermanas en casa. Cuando la puerta se hubo cerrado tras el último de ellos y el tintineo de las linternas se hubo desvanecido, el Topo y la Rata avivaron el fuego, acercaron sus sillas, se prepararon una última copa de cerveza caliente especiada y comentaron los acontecimientos del largo día. Finalmente, la Rata, con un tremendo bostezo, dijo: —Topo, viejo amigo, estoy a punto de caer rendido. Decir que tengo sueño es poco. ¿Esa de allí es tu litera? Muy bien, entonces yo tomaré esta. ¡Qué casita tan estupenda es esta! ¡Todo tan a mano!

Se encaramó a su litera, se arropó bien en las mantas, y el sueño lo recogió al instante, como una gavilla de cebada es envuelta por los brazos de la segadora.

El cansado Topo también se alegró de acostarse sin demora, y pronto tuvo la cabeza en la almohada, con gran alegría y satisfacción. Pero antes de cerrar los ojos, los dejó vagar por su antigua habitación, melosa bajo el resplandor del fuego que jugaba o descansaba sobre cosas familiares y amigas que durante mucho tiempo habían sido inconscientemente parte de él, y que ahora lo recibían de nuevo sonrientes, sin rencor. Estaba ahora justo en el estado de ánimo que la Rata, con tacto, había trabajado silenciosamente para provocar en él. Vio claramente cuán sencillo y simple —cuán estrecho, incluso— era todo aquello; pero claramente, también, cuánto significaba todo para él, y el valor especial de tener un anclaje así en la existencia de uno. No quería en absoluto abandonar la nueva vida y sus espléndidos espacios, dar la espalda al sol y al aire y a todo lo que le ofrecían y arrastrarse a casa y quedarse allí; el mundo de arriba era demasiado fuerte, todavía lo

llamaba, incluso allí abajo, y sabía que debía regresar al escenario más grande. Pero era bueno pensar que tenía esto a lo que volver; este lugar que era todo suyo, estas cosas que estaban tan contentas de verlo de nuevo y con las que siempre se podía contar para la misma sencilla bienvenida.

VI. EL SEÑOR SAPO

Era una mañana brillante a principios del verano; el río había vuelto a sus riberas habituales y a su ritmo acostumbrado, y un sol ardiente parecía estar tirando de todo lo verde, frondoso y puntiagudo de la tierra hacia él, como si fuera con cuerdas. El Topo y la Rata de Agua habían estado levantados desde el amanecer, muy ocupados en asuntos relacionados con las barcas y el inicio de la temporada de navegación: pintando y barnizando, arreglando remos, reparando cojines, buscando bicheros perdidos, etc.; y estaban terminando de desayunar en su pequeño salón, discutiendo con entusiasmo sus planes para el día, cuando un fuerte golpe sonó en la puerta.

— ¡Al diablo! — dijo la Rata, cubierta de huevo —. Mira quién es, Topo, sé bueno, ya que has terminado.

El Topo fue a atender la llamada, y la Rata lo oyó proferir un grito de sorpresa. Luego abrió de par en par la puerta del salón y anunció con gran importancia: — ¡El señor Tejón!

Era algo maravilloso, en verdad, que el Tejón les hiciera una visita formal a ellos, o a cualquiera. Generalmente había que atraparlo, si lo necesitabas con urgencia, mientras se deslizaba silenciosamente por un seto de madrugada o al atardecer, o si no, buscarlo en su propia casa en medio del Bosque, lo cual era una empresa seria.

El Tejón entró pesadamente en la habitación y se quedó mirando a los dos animales con una expresión llena de seriedad. La Rata dejó caer su cuchara de huevo sobre el mantel y se quedó boquiabierta.

— ¡Ha llegado la hora! — dijo el Tejón al fin con gran solemnidad.

— ¿Qué hora? — preguntó la Rata inquieta, mirando el reloj de la repisa de la chimenea.

— La hora de quién, deberías decir más bien — replicó el Tejón —. ¡Pues la hora del Sapo! ¡La hora del Sapo! Dije que me encargaría de él tan pronto como el invierno hubiera pasado, ¡y voy a encargarme de él hoy mismo!

— ¡La hora del Sapo, por supuesto! — exclamó el Topo encantado —. ¡Hurra! ¡Ahora recuerdo! ¡Le enseñaremos a ser un Sapo sensato!

— Esta misma mañana — continuó el Tejón, tomando un sillón —, según supe anoche de una fuente fidedigna, llegará a la Mansión Sapo otro automóvil nuevo y excepcionalmente potente a prueba o para devolución. En este mismo momento, quizás, el Sapo está ocupado ataviándose con esas vestimentas singularmente horribles tan queridas para él, que lo transforman de un Sapo (comparativamente) apuesto en un Objeto que sume a cualquier animal de mente decente que se cruce con él en un violento ataque. Debemos ponernos en marcha, antes de que sea demasiado tarde. Vosotros dos me acompañaréis instantáneamente a la Mansión Sapo, y la obra de rescate se llevará a cabo.

— ¡Tienes razón! — exclamó la Rata, levantándose de un salto —. ¡Rescataremos al pobre e infeliz animal! ¡Lo convertiremos! ¡Será el Sapo más convertido que haya existido antes de que acabemos con él!

Partieron por el camino en su misión de misericordia, con el Tejón a la cabeza. Los animales, cuando van en compañía, caminan de manera adecuada y sensata, en fila india, en lugar de desparramarse por todo el camino y no ser de ninguna utilidad o apoyo mutuo en caso de problema o peligro repentino.

Llegaron al camino de entrada de la Mansión Sapo y encontraron, como el Tejón había anticipado, un reluciente automóvil nuevo, de gran tamaño, pintado de un rojo brillante (el color favorito del Sapo), parado frente a la casa. Al acercarse a la puerta, esta se abrió de par en par, y el señor Sapo, ataviado con gafas, gorra, polainas y un enorme abrigo, bajó pavoneándose por los escalones, poniéndose sus guantes de manopla.

— ¡Hola! ¡Vamos, amigos! — gritó alegremente al verlos —. ¡Llegáis justo a tiempo para venir conmigo a una diver... a una diver... a una... eh...

divertida...!

Su acento cordial vaciló y se desvaneció al notar la mirada severa e inflexible en los semblantes de sus silenciosos amigos, y su invitación quedó inacabada.

El Tejón subió los escalones. —Metedlo dentro —dijo severamente a sus compañeros. Luego, mientras el Sapo era empujado por la puerta, luchando y protestando, se volvió hacia el chófer a cargo del nuevo automóvil.

—Me temo que hoy no se le necesitará —dijo—. El señor Sapo ha cambiado de opinión. No requerirá el coche. Por favor, entienda que esto es definitivo. No necesita esperar. —Luego siguió a los demás adentro y cerró la puerta.

—¡Ahora bien! —le dijo al Sapo, cuando los cuatro estuvieron juntos en el Vestíbulo—, antes que nada, ¡quítate esas cosas ridículas!

—¡No quiero! —replicó el Sapo, con gran brío—. ¿Qué significa este flagrante ultraje? Exijo una explicación instantánea.

—Quitádselas entonces, vosotros dos —ordenó el Tejón brevemente.

Tuvieron que tumbar al Sapo en el suelo, pataleando y diciendo toda clase de improperios, antes de poder ponerse a trabajar correctamente. Entonces la Rata se sentó sobre él, y el Topo le fue quitando la ropa de motorista poco a poco, y lo pusieron de pie de nuevo. Gran parte de su espíritu fanfarrón pareció haberse evaporado con la eliminación de su fina panoplia. Ahora que era simplemente el Sapo, y ya no el Terror de la Carretera, rio débilmente y miró de uno a otro suplicante, pareciendo comprender bastante bien la situación.

—Sabías que esto tenía que llegar, tarde o temprano, Sapo —explicó el Tejón severamente.

—Has hecho caso omiso de todas las advertencias que te hemos dado, has seguido despilfarrando el dinero que te dejó tu padre, y nos estás dando mala fama a los animales en la comarca por tu conducción furiosa, tus accidentes y tus altercados con la policía. La independencia está muy bien, pero los animales nunca permitimos que nuestros amigos hagan el ridículo más allá de cierto límite; y ese límite lo has alcanzado. Ahora, eres un buen tipo en muchos aspectos, y no quiero ser demasiado duro contigo. Haré un es-

fuerzo más para hacerte entrar en razón. Vendrás conmigo al salón de fumar, y allí oirás algunas verdades sobre ti mismo; y veremos si sales de esa habitación siendo el mismo Sapo que entró.

Tomó al Sapo firmemente del brazo, lo condujo al salón de fumar y cerró la puerta tras ellos.

—¡Eso no sirve de nada! —dijo la Rata con desdén—. Hablar con el Sapo nunca lo curará. Dirá cualquier cosa.

Se acomodaron en los sillones y esperaron pacientemente. A través de la puerta cerrada apenas podían oír el largo y continuo zumbido de la voz del Tejón, subiendo y bajando en olas de oratoria; y al poco notaron que el sermón comenzaba a ser puntuado a intervalos por sollozos prolongados, evidentemente procedentes del pecho del Sapo, que era un tipo de corazón blando y afectuoso, muy fácil de convertir —por el momento— a cualquier punto de vista.

Después de unos tres cuartos de hora, la puerta se abrió y el Tejón reapareció, llevando solemnemente de la pata a un Sapo muy lacio y abatido. Su piel le colgaba holgadamente, sus piernas se tambaleaban y sus mejillas estaban surcadas por las lágrimas tan abundantemente provocadas por el conmovedor discurso del Tejón.

—Siéntate ahí, Sapo —dijo el Tejón amablemente, señalando una silla—. Amigos míos —continuó—, me complace informaros de que el Sapo por fin ha visto el error de sus caminos. Está verdaderamente arrepentido de su conducta equivocada en el pasado, y se ha comprometido a renunciar a los automóviles por completo y para siempre. Tengo su solemne promesa a tal efecto.

—Es una muy buena noticia —dijo el Topo gravemente.

—Muy buena noticia, en verdad —observó la Rata dubitativamente—, si tan solo... si tan solo...

Miraba muy fijamente al Sapo mientras decía esto, y no pudo evitar pensar que percibía algo vagamente parecido a un destello en el ojo todavía apesadumbrado de aquel animal.

—Solo queda una cosa por hacer —continuó el satisfecho Tejón—. Sapo, quiero que repitas solemnemente, ante tus amigos aquí presentes, lo que me

admitiste plenamente en el salón de fumar hace un momento. Primero, ¿estás arrepentido de lo que has hecho y ves la locura de todo ello?

Hubo una larga, larga pausa. El Sapo miraba desesperadamente a un lado y a otro, mientras los otros animales esperaban en grave silencio. Al fin habló.

—¡No! —dijo, un poco malhumorado, pero con firmeza—; no estoy arrepentido. ¡Y no fue una locura en absoluto! ¡Fue simplemente glorioso!

—¿Qué? —exclamó el Tejón, muy escandalizado—. Tú, animal reincidente, ¿no me dijiste hace un momento, allí dentro...?

—Oh, sí, sí, allí dentro —dijo el Sapo con impaciencia—. Habría dicho cualquier cosa allí dentro. Eres tan elocuente, querido Tejón, y tan conmovedor, y tan convincente, y expones todos tus puntos tan terriblemente bien... puedes hacer lo que quieras conmigo allí dentro, y lo sabes. Pero he estado reflexionando desde entonces, y repasando las cosas, y encuentro que no estoy ni un poco arrepentido ni compungido en realidad, así que no sirve de nada decir que lo estoy; ahora, ¿verdad que no?

—Entonces no prometes —dijo el Tejón—, ¿no volver a tocar un automóvil nunca más?

—¡Ciertamente no! —replicó el Sapo enfáticamente—. Al contrario, ¡prometo solemnemente que el primer automóvil que vea, pu-pú, me largo en él!

—Te lo dije, ¿no? —observó la Rata al Topo.

—Muy bien, entonces —dijo el Tejón con firmeza, poniéndose en pie—. Ya que no cedes a la persuasión, probaremos lo que puede hacer la fuerza. Me temía que llegaríamos a esto desde el principio. A menudo nos has pedido a los tres que vengamos a quedarnos contigo, Sapo, en esta hermosa casa tuya; bueno, ahora vamos a hacerlo. Cuando te hayamos convertido a un punto de vista adecuado, puede que nos vayamos, pero no antes. Lléváoslo arriba, vosotros dos, y encerradlo en su dormitorio, mientras arreglamos las cosas entre nosotros.

—Es por tu propio bien, Sapito, ya sabes —dijo la Rata amablemente, mientras el Sapo, pataleando y luchando, era arrastrado escaleras arriba por sus dos fieles amigos—. ¡Piensa en lo bien que lo pasaremos todos juntos,

como antes, cuando te hayas recuperado del todo de este... de este doloroso ataque tuyo!

—Cuidaremos muy bien de todo por ti hasta que estés bien, Sapo —dijo el Topo—; y nos aseguraremos de que tu dinero no se malgaste, como ha sido hasta ahora.

—Se acabaron esos lamentables incidentes con la policía, Sapo —dijo la Rata, mientras lo empujaban a su dormitorio.

—Y se acabaron las semanas en el hospital, recibiendo órdenes de enfermeras, Sapo —añadió el Topo, girando la llave.

Bajaron la escalera, con el Sapo gritando insultos a través del ojo de la cerradura; y los tres amigos se reunieron entonces en consejo sobre la situación.

—Va a ser un asunto tedioso —dijo el Tejón, suspirando—. Nunca he visto al Sapo tan decidido. Sin embargo, lo llevaremos hasta el final. No debe ser dejado sin vigilancia ni un instante. Tendremos que turnarnos para estar con él, hasta que el veneno haya salido de su sistema.

Organizaron las guardias en consecuencia. Cada animal se turnaba para dormir en la habitación del Sapo por la noche, y se repartían el día entre ellos. Al principio, el Sapo fue sin duda muy agotador para sus cuidadosos guardianes. Cuando sus violentos paroxismos lo poseían, disponía las sillas del dormitorio en una burda semejanza de un automóvil y se agachaba en la de delante, inclinado hacia adelante y mirando fijamente, haciendo ruidos groseros y espantosos, hasta que se alcanzaba el clímax, cuando, dando una voltereta completa, yacía postrado entre las ruinas de las sillas, aparentemente completamente satisfecho por el momento. Con el paso del tiempo, sin embargo, estos dolorosos ataques se hicieron gradualmente menos frecuentes, y sus amigos se esforzaron por desviar su mente hacia nuevos canales. Pero su interés en otros asuntos no parecía revivir, y se volvió aparentemente lánguido y deprimido.

Una hermosa mañana, la Rata, a quien le tocaba el turno de guardia, subió a relevar al Tejón, a quien encontró impaciente por marcharse y estirar las piernas en un largo paseo por su bosque y por sus madrigueras y túneles. —El Sapo todavía está en la cama —le dijo a la Rata, fuera de la puerta—. No se le puede sacar mucho, excepto: "Oh, déjame en paz, no

quiero nada, quizás mejore pronto, puede que se me pase con el tiempo, no te preocupes indebidamente", y así sucesivamente. ¡Ahora, ten cuidado, Rata! Cuando el Sapo está tranquilo y sumiso y juega a ser el héroe de un premio de catequesis, entonces es cuando está más taimado. Seguro que trama algo. Lo conozco. Bueno, ahora, debo irme.

—¿Cómo estás hoy, viejo amigo? —inquirió la Rata alegremente, al acercarse a la cabecera del Sapo.

Tuvo que esperar unos minutos para obtener una respuesta. Al fin, una voz débil replicó: —¡Muchas gracias, querida Ratita! ¡Qué amable de tu parte preguntar! Pero primero dime cómo estás tú, y el excelente Topo.

—Oh, estamos todos bien —replicó la Rata—. El Topo —añadió incautamente—, va a salir a dar una vuelta con el Tejón. Estarán fuera hasta la hora del almuerzo, así que tú y yo pasaremos una mañana agradable juntos, y haré todo lo posible por entretenerte. ¡Ahora salta de la cama, sé bueno, y no te quedes ahí mustio en una mañana tan bonita como esta!

—Querida y amable Rata —murmuró el Sapo—, ¡qué poco te das cuenta de mi estado, y cuán lejos estoy de "saltar de la cama" ahora, si es que alguna vez lo estuve! Pero no te preocupes por mí. Odio ser una carga para mis amigos, y no espero serlo por mucho más tiempo. De hecho, casi espero que no.

—Bueno, yo también lo espero —dijo la Rata de todo corazón—. ¡Has sido una buena molestia para todos nosotros todo este tiempo, y me alegra oír que va a parar! ¡Y con un tiempo como este, y la temporada de navegación a punto de empezar! ¡Es muy feo por tu parte, Sapo! No es la molestia lo que nos importa, pero nos estás haciendo perder un montón de cosas.

—Me temo que sí es la molestia lo que te importa —replicó el Sapo lánguidamente—. Puedo entenderlo perfectamente. Es bastante natural. Estás cansado de preocuparte por mí. No debo pedirte que hagas nada más. Soy una molestia, lo sé.

—Lo eres, en verdad —dijo la Rata—. Pero te digo que me tomaría cualquier molestia del mundo por ti, si tan solo fueras un animal sensato.

—Si pensara eso, Ratita —murmuró el Sapo, más débilmente que nunca—, entonces te rogaría —por última vez, probablemente— que fueras al pueblo lo más rápido posible —incluso ahora puede que sea demasiado

tarde— y buscaras al médico. Pero no te molestes. Es solo una molestia, y quizás sea mejor dejar que las cosas sigan su curso.

—Vaya, ¿para qué quieres un médico? —inquirió la Rata, acercándose y examinándolo. Ciertamente yacía muy quieto y plano, y su voz era más débil y su manera de ser había cambiado mucho.

—Seguramente te has dado cuenta últimamente... —murmuró el Sapo—. Pero, no... ¿por qué ibas a hacerlo? Darse cuenta de las cosas es solo una molestia. Mañana, en verdad, podrías estar diciéndote a ti mismo: "¡Oh, si solo me hubiera dado cuenta antes! ¡Si solo hubiera hecho algo!". Pero no; es una molestia. No importa, olvida que lo pedí.

—Mira, viejo —dijo la Rata, empezando a alarmarse bastante—, por supuesto que te traeré un médico, si de verdad crees que lo necesitas. Pero apenas puedes estar tan mal como para eso. Hablemos de otra cosa.

—Me temo, querido amigo —dijo el Sapo, con una sonrisa triste—, que «hablar» poco puede hacer en un caso como este, o los médicos tampoco, ya puestos; aun así, uno debe agarrarse a un clavo ardiendo. Y, por cierto, ya que estás en ello, odio darte más molestias, pero resulta que recuerdo que pasarás por la puerta, ¿te importaría al mismo tiempo pedirle al abogado que suba? Sería una comodidad para mí, y hay momentos —quizás debería decir que hay un momento— en que uno debe enfrentarse a tareas desagradables, ¡a cualquier coste para una naturaleza agotada!

—¡Un abogado! ¡Oh, debe estar realmente mal! —se dijo la aterrada Rata, mientras salía apresuradamente de la habitación, sin olvidar, sin embargo, cerrar cuidadosamente la puerta con llave tras de sí.

Fuera, se detuvo a considerar. Los otros dos estaban lejos, y no tenía a nadie a quien consultar.

—Es mejor prevenir que curar —dijo, tras reflexionar—. He conocido al Sapo imaginarse terriblemente mal antes, sin la menor razón; ¡pero nunca le he oído pedir un abogado! Si no le pasa nada realmente, el médico le dirá que es un viejo tonto, y lo animará; y eso será algo ganado. Será mejor que le siga la corriente y vaya; no tardará mucho. —Así que corrió al pueblo en su misión de misericordia.

El Sapo, que había saltado ágilmente de la cama tan pronto como oyó girar la llave en la cerradura, lo observó ansiosamente desde la ventana hasta

que desapareció por el camino de entrada. Luego, riendo a carcajadas, se vistió lo más rápido posible con el traje más elegante que pudo encontrar en ese momento, se llenó los bolsillos de dinero que sacó de un pequeño cajón del tocador y, a continuación, anudando las sábanas de su cama y atando un extremo de la cuerda improvisada alrededor del parteluz central de la hermosa ventana Tudor que era un rasgo tan característico de su dormitorio, salió gateando, se deslizó ligeramente hasta el suelo y, tomando la dirección opuesta a la de la Rata, se marchó alegremente, silbando una melodía festiva.

Fue un almuerzo sombrío para la Rata cuando el Tejón y el Topo regresaron por fin, y tuvo que enfrentarlos en la mesa con su historia lastimera y poco convincente. Los comentarios cáusticos, por no decir brutales, del Tejón pueden imaginarse, y por lo tanto, pasarse por alto; pero fue doloroso para la Rata que incluso el Topo, aunque se puso del lado de su amigo en la medida de lo posible, no pudo evitar decir: —¡Esta vez has sido un poco torpe, Ratita! ¡Y con el Sapo, de entre todos los animales!

—Lo hizo terriblemente bien —dijo la Rata cabizbaja.

—¡Te la jugó terriblemente bien! —replicó el Tejón acaloradamente—. Sin embargo, hablar no arreglará las cosas. Se ha escapado por el momento, eso es seguro; y lo peor es que estará tan engreído con lo que creará que es su astucia que puede cometer cualquier locura. Un consuelo es que ahora estamos libres y no necesitamos perder más de nuestro precioso tiempo haciendo de centinelas. Pero será mejor que sigamos durmiendo en la Mansión Sapo un tiempo más. El Sapo puede ser traído de vuelta en cualquier momento, en una camilla, o entre dos policías.

Así habló el Tejón, sin saber lo que el futuro le deparaba, o cuánta agua, y de qué carácter tan turbio, correría bajo los puentes antes de que el Sapo volviera a sentarse a sus anchas en su Mansión ancestral.

Mientras tanto, el Sapo, alegre e irresponsable, caminaba a paso ligero por la carretera, a algunas millas de casa. Al principio había tomado atajos, y cruzado muchos campos, y cambiado su rumbo varias veces, en caso de persecución; pero ahora, sintiéndose a salvo de ser capturado, y con el sol sonriéndole brillantemente, y toda la Naturaleza uniéndose en un coro de aprobación a la canción de autocomplacencia que su propio corazón le cantaba, casi bailaba por el camino en su satisfacción y engreimiento.

— ¡Buen trabajo ese! — se comentó a sí mismo riendo entre dientes — . Cerebro contra fuerza bruta... y el cerebro salió ganando, como tiene que ser. ¡Pobre viejo Ratita! ¡Vaya! ¡La que le va a caer cuando vuelva el Tejón! Un tipo digno, Ratita, con muchas buenas cualidades, pero muy poca inteligencia y absolutamente ninguna educación. Tendré que encargarme de él algún día, y ver si puedo hacer algo de él.

Lleno de pensamientos engraidos como estos, caminaba a grandes zancadas, con la cabeza en el aire, hasta que llegó a un pequeño pueblo, donde el letrero de «El León Rojo», que colgaba sobre la carretera a mitad de la calle principal, le recordó que no había desayunado ese día y que estaba extremadamente hambriento después de su larga caminata. Entró en la posada, pidió el mejor almuerzo que se pudiera proporcionar con tan poco aviso y se sentó a comerlo en la cafetería.

Estaba a mitad de su comida cuando un sonido demasiado familiar, que se acercaba por la calle, lo hizo sobresaltarse y empezar a temblar por todas partes. El ¡pu-pú! se acercaba cada vez más, se oyó que el coche entraba en el patio de la posada y se detenía, y el Sapo tuvo que agarrarse a la pata de la mesa para ocultar su emoción incontenible. Al poco rato, el grupo entró en la cafetería, hambriento, hablador y alegre, locuaz sobre sus experiencias de la mañana y los méritos del carro que los había llevado tan bien. El Sapo escuchó con avidez, todo oídos, durante un tiempo; al final no pudo soportarlo más. Se deslizó silenciosamente fuera de la habitación, pagó su cuenta en la barra y, tan pronto como salió, se paseó tranquilamente hasta el patio de la posada. «No puede haber ningún mal», se dijo a sí mismo, «¡en que solo le eche un vistazo!».

El coche estaba en medio del patio, completamente desatendido, ya que los mozos de cuadra y otros merodeadores estaban todos cenando. El Sapo caminó lentamente a su alrededor, inspeccionando, criticando, reflexionando profundamente.

«Me pregunto», se dijo a sí mismo al poco rato, «¿me pregunto si este tipo de coche arranca fácilmente?».

Al momento siguiente, sin saber apenas cómo sucedió, se encontró con que tenía la manivela en la mano y la estaba girando. Al sonar el familiar sonido, la vieja pasión se apoderó del Sapo y lo dominó por completo, en cuerpo y alma. Como en un sueño, se encontró, de alguna manera, sentado

en el asiento del conductor; como en un sueño, tiró de la palanca y giró el coche por el patio y salió por el arco; y, como en un sueño, todo sentido del bien y del mal, todo temor a las consecuencias obvias, pareció temporalmente suspendido. Aumentó la velocidad, y mientras el coche devoraba la calle y saltaba a la carretera a través del campo abierto, solo era consciente de que era el Sapo una vez más, el Sapo en su mejor y más alta versión, el Sapo el terror, el aplacador del tráfico, el Señor del sendero solitario, ante quien todos debían ceder el paso o ser reducidos a la nada y a la noche eterna. Cantaba mientras volaba, y el coche respondía con un zumbido sonoro; las millas eran devoradas bajo él mientras aceleraba sin saber adónde, cumpliendo sus instintos, viviendo su momento, sin importarle lo que pudiera ocurrirle.

— A mi entender — observó alegremente el Presidente del Tribunal —, la única dificultad que se presenta en este caso, por lo demás muy claro, es cómo podemos hacérselo pasar suficientemente mal al pícaro incorregible y rufián endurecido que vemos acobardado en el banquillo ante nosotros. Veamos: ha sido declarado culpable, con las pruebas más claras, primero, de robar un valioso automóvil; segundo, de conducir de forma peligrosa para el público; y, tercero, de grave insolencia a la policía rural. Señor Secretario, ¿quiere decirnos, por favor, cuál es la pena más severa que podemos imponer por cada uno de estos delitos? Sin, por supuesto, dar al prisionero el beneficio de ninguna duda, porque no la hay.

El Secretario se rascó la nariz con la pluma. — Algunos considerarían — observó —, que robar el automóvil fue el peor delito; y así es. Pero faltarle el respeto a la policía sin duda conlleva la pena más severa; y así debería ser. Supongamos que usted dijera doce meses por el robo, lo cual es leve; y tres años por la conducción temeraria, lo cual es indulgente; y quince años por el descaro, que fue un descaro bastante grave, a juzgar por lo que hemos oído en el estrado de los testigos, incluso si solo cree una décima parte de lo que oyó, y yo nunca creo más por mí mismo... esas cifras, si se suman correctamente, ascienden a diecinueve años...

— ¡De primera! — dijo el Presidente.

— Así que será mejor que lo redondee a veinte años para estar seguros — concluyó el Secretario.

— ¡Una excelente sugerencia! —dijo el Presidente con aprobación—. ¡Prisionero! ¡Recomponete e intenta mantenerte erguido! Esta vez te van a caer veinte años. Y ten cuidado, si vuelves a comparecer ante nosotros, por cualquier cargo que sea, ¡tendremos que tratarte muy seriamente!

Entonces los brutales esbirros de la ley cayeron sobre el desdichado Sapo; lo cargaron de cadenas y lo arrastraron fuera del Palacio de Justicia, gritando, rezando, protestando; a través de la plaza del mercado, donde el juguetón populacho, siempre tan severo con el crimen descubierto como comprensivo y servicial cuando a uno simplemente lo «buscan», lo asaltó con burlas, zanahorias y frases populares; pasando junto a escolares que abucheaban, sus rostros inocentes iluminados por el placer que siempre obtienen de la vista de un caballero en apuros; a través del puente levadizo de sonido hueco, bajo el rastrillo de púas, bajo el arco ceñudo del sombrío y viejo castillo, cuyas antiguas torres se elevaban muy por encima; pasando por cuerpos de guardia llenos de soldados sonrientes fuera de servicio, pasando por centinelas que tosían de una manera horrible y sarcástica, porque eso es todo lo que un centinela en su puesto se atreve a hacer para mostrar su desprecio y aborrecimiento del crimen; subiendo por escaleras de caracol desgastadas por el tiempo, pasando junto a hombres de armas con casco y coraza de acero, lanzando miradas amenazadoras a través de sus viseras; a través de patios, donde los mastines tiraban de sus correas y arañaban el aire para alcanzarlo; pasando junto a antiguos guardianes, con sus alabardas apoyadas contra la pared, dormitando sobre un pastel de carne y una jarra de cerveza negra; y así sucesivamente, pasando la sala del potro de tortura y la sala de los tornillos de pulgar, pasando el desvío que conducía al cadalso privado, hasta que llegaron a la puerta de la mazmorra más lúgubre que yacía en el corazón del torreón más interior. Allí, por fin, se detuvieron, donde un antiguo carcelero jugueteaba con un manajo de enormes llaves.

— ¡Pardiez! —dijo el sargento de policía, quitándose el casco y secándose la frente—. ¡Despierta, viejo zopenco, y recíbenos a este vil Sapo, un criminal de la más profunda culpa y de sin par astucia e ingenio! ¡Vigílalo y custódialo con toda tu habilidad; y tenlo bien en cuenta, barbudo, si algo adverso ocurriera, tu vieja cabeza responderá por la suya... y que la peste caiga sobre ambos!

El carcelero asintió sombríamente, posando su mano marchita sobre el hombro del miserable Sapo. La llave oxidada crujió en la cerradura, la gran puerta resonó tras ellos; y el Sapo era un prisionero indefenso en la mazmorra más remota del torreón mejor guardado del castillo más robusto de toda la ancha y larga Alegre Inglaterra.

VII. EL FLAUTISTA A LAS PUERTAS DEL ALBA

El reyezuelo gorjeaba su fina cancioncilla, escondido en el oscuro ribete de la orilla del río. Aunque pasaban de las diez de la noche, el cielo aún se aferraba y retenía algunos jirones de luz del día que se había ido; y los bochornos de la tórrida tarde se deshacían y se alejaban al toque dispersador de los frescos dedos de la corta noche de verano. El Topo yacía estirado en la orilla, todavía jadeando por el agobio del día feroz que había estado despejado desde el amanecer hasta el atardecer, y esperaba el regreso de su amigo. Había estado en el río con algunos compañeros, dejando a la Rata de Agua libre para cumplir un compromiso de larga data con la Nutria; y había vuelto para encontrar la casa oscura y desierta, y ni rastro de la Rata, que sin duda se estaba entreteniendo hasta tarde con su viejo camarada. Todavía hacía demasiado calor para pensar en quedarse dentro, así que se tumbó sobre unas frescas hojas de lampazo, y pensó en el día pasado y sus acontecimientos, y en lo buenos que habían sido todos.

Al poco se oyó el ligero paso de la Rata acercándose sobre la hierba reseca. — ¡Oh, la bendita frescura! — dijo, y se sentó, mirando pensativamente el río, silencioso y preocupado.

— Te quedaste a cenar, por supuesto — dijo el Topo al rato.

— Simplemente tuve que hacerlo — dijo la Rata—. No querían ni oír hablar de que me fuera antes. Ya sabes lo amables que son siempre. Y me lo hicieron pasar tan bien como pudieron, hasta el momento en que me fui.

Pero me sentí como un bruto todo el tiempo, pues para mí estaba claro que eran muy infelices, aunque intentaban ocultarlo. Topo, me temo que están en problemas. El pequeño Portly ha vuelto a desaparecer; y ya sabes lo mucho que su padre lo valora, aunque nunca dice mucho al respecto.

—¿Qué, ese niño? —dijo el Topo a la ligera—. Bueno, y qué si lo está, ¿por qué preocuparse? Siempre se está escapando y perdiéndose, y volviendo a aparecer; es muy aventurero. Pero nunca le pasa nada malo. Todo el mundo por aquí lo conoce y lo quiere, igual que al viejo Nutria, y puedes estar seguro de que algún animal u otro se lo encontrará y lo traerá de vuelta sano y salvo. ¡Vaya, si nosotros mismos lo hemos encontrado, a millas de casa, y tan dueño de sí mismo y alegre!

—Sí; pero esta vez es más serio —dijo la Rata gravemente—. Lleva desaparecido varios días, y las Nutrias han buscado por todas partes, por cielo y tierra, sin encontrar el menor rastro. Y también han preguntado a todos los animales, en millas a la redonda, y nadie sabe nada de él. El Nutria está evidentemente más ansioso de lo que admite. Le saqué que el joven Portly aún no ha aprendido a nadar muy bien, y veo que está pensando en el azud. Todavía baja mucha agua, considerando la época del año, y el lugar siempre tuvo una fascinación para el niño. Y luego están... bueno, trampas y cosas... ya sabes. El Nutria no es de los que se ponen nerviosos por ningún hijo suyo antes de tiempo. Y ahora está nervioso. Cuando me fui, salió conmigo, dijo que quería tomar un poco de aire y habló de estirar las piernas. Pero pude ver que no era eso, así que lo sonsaqué, le tiré de la lengua y al final se lo saqué todo. Iba a pasar la noche vigilando junto al vado. ¿Conoces el lugar donde solía estar el antiguo vado, en tiempos pasados, antes de que construyeran el puente?

—Lo conozco bien —dijo el Topo—. ¿Pero por qué el Nutria iba a elegir vigilar allí?

—Bueno, parece que fue allí donde le dio a Portly su primera lección de natación —continuó la Rata—. Desde esa lengua de grava poco profunda cerca de la orilla. Y fue allí donde solía enseñarle a pescar, y allí el joven Portly capturó su primer pez, del que estaba tan orgulloso. Al niño le encantaba el lugar, y el Nutria piensa que si volviera de dondequiera que esté —si es que está en alguna parte a estas alturas, pobrecillo— podría dirigirse al vado que tanto le gustaba; o si se lo encontrara, lo recordaría bien, y se

detendría allí a jugar, quizás. Así que el Nutria va allí todas las noches y vigila... por si acaso, ya sabes, ¡solo por si acaso!

Se quedaron en silencio un rato, ambos pensando en lo mismo: el animal solitario y desconsolado, agazapado junto al vado, vigilando y esperando, durante toda la larga noche... por si acaso.

—Bueno, bueno —dijo la Rata al poco—, supongo que deberíamos ir pensando en acostarnos. —Pero no hizo ademán de moverse.

—Rata —dijo el Topo—, simplemente no puedo irme a la cama, y dormir, y no hacer nada, aunque no parezca haber nada que hacer. Sacaremos la barca y remaremos río arriba. La luna saldrá en una hora más o menos, y entonces buscaremos tan bien como podamos; de todos modos, será mejor que irse a la cama y no hacer nada.

—Justo lo que estaba pensando yo —dijo la Rata—. De todos modos, no es noche para dormir; y el amanecer no está tan lejos, y entonces quizás recojamos alguna noticia de él de los madrugadores que encontremos por el camino.

Sacaron la barca, y la Rata tomó los remos, remando con cautela. En medio de la corriente, había un rastro claro y estrecho que reflejaba débilmente el cielo; pero dondequiera que las sombras caían sobre el agua desde la orilla, los arbustos o los árboles, eran tan sólidas en apariencia como las propias orillas, y el Topo tenía que gobernar con juicio en consecuencia. Oscura y desierta como estaba, la noche estaba llena de pequeños ruidos, cantos, parloteos y susurros, que hablaban de la pequeña y atareada población que estaba levantada y en movimiento, ejerciendo sus oficios y vocaciones durante la noche hasta que la luz del sol cayera sobre ellos finalmente y los enviara a su merecido reposo. Los propios ruidos del agua, también, eran más aparentes que de día, sus gorgoteos y «plops» más inesperados y cercanos; y constantemente se sobresaltaban por lo que parecía una repentina llamada clara de una voz realmente articulada.

La línea del horizonte era clara y dura contra el cielo, y en un sector particular se mostraba negra contra una plateada fosforescencia ascendente que crecía y crecía. Al fin, sobre el borde de la tierra expectante, la luna se elevó con lenta majestad hasta que se balanceó libre del horizonte y zarpó, libre de amarras; y una vez más comenzaron a ver superficies —praderas exten-

didadas y jardines tranquilos, y el propio río de orilla a orilla, todo suavemente revelado, todo lavado de misterio y terror, todo radiante de nuevo como de día, pero con una diferencia que era tremenda. Sus antiguos lugares los saludaron de nuevo con otras vestiduras, como si se hubieran escapado y se hubieran puesto este puro y nuevo atuendo y hubieran vuelto silenciosamente, sonriendo mientras esperaban tímidamente a ver si serían reconocidos de nuevo bajo él.

Amarrando su barca a un sauce, los amigos desembarcaron en este reino silencioso y plateado, y exploraron pacientemente los setos, los árboles huecos, los arroyuelos y sus pequeñas alcantarillas, las zanjas y los cauces secos. Embarcando de nuevo y cruzando al otro lado, se abrieron camino río arriba de esta manera, mientras la luna, serena y distante en un cielo sin nubes, hacía lo que podía, aunque tan lejos, para ayudarlos en su búsqueda; hasta que llegó su hora y se hundió hacia la tierra a regañadientes, y los dejó, y el misterio una vez más se adueñó del campo y del río.

Entonces un cambio comenzó a manifestarse lentamente. El horizonte se volvió más claro, el campo y los árboles se hicieron más visibles, y de alguna manera con un aspecto diferente; el misterio comenzó a desprenderse de ellos. Un pájaro pió de repente, y se quedó quieto; y una ligera brisa se levantó e hizo susurrar los juncos y las espadañas. La Rata, que estaba en la popa de la barca, mientras el Topo remaba, se incorporó de repente y escuchó con una apasionada intensidad. El Topo, que con suaves remadas mantenía la barca en movimiento mientras escrutaba las orillas con cuidado, lo miró con curiosidad.

— ¡Se ha ido! — suspiró la Rata, hundiéndose de nuevo en su asiento—. Tan hermoso, extraño y nuevo. Ya que iba a terminar tan pronto, casi desearía no haberlo oído nunca. Porque ha despertado en mí un anhelo que es dolor, y nada parece valer la pena salvo oír ese sonido una vez más y seguir escuchándolo para siempre. ¡No! ¡Ahí está de nuevo! — exclamó, alerta una vez más. Extasiado, permaneció en silencio durante un largo rato, hechizado.

— Ahora pasa de largo y empiezo a perderlo — dijo al rato—. ¡Oh, Topo! ¡Su belleza! ¡El alegre burbujeo y la alegría, la fina, clara y feliz llamada de la flauta lejana! Nunca soñé con una música así, ¡y la llamada que hay en

ella es aún más fuerte que dulce es la música! ¡Rema, Topo, rema! Porque la música y la llamada deben ser para nosotros.

El Topo, muy extrañado, obedeció. — Yo no oigo nada — dijo —, solo el viento jugando entre los juncos, las espadañas y los mimbres.

La Rata no respondió, si es que lo oyó. Embelesado, transportado, temblando, estaba poseído en todos sus sentidos por esta nueva cosa divina que arrebató su alma indefensa y la meció y la acunó, un infante impotente pero feliz en un fuerte y firme abrazo.

En silencio, el Topo remó con firmeza, y pronto llegaron a un punto donde el río se dividía, un largo remanso que se desviaba hacia un lado. Con un ligero movimiento de cabeza, la Rata, que hacía tiempo que había soltado las cuerdas del timón, indicó al remero que tomara el remanso. La creciente marea de luz ganaba y ganaba, y ahora podían ver el color de las flores que adornaban la orilla del agua.

— ¡Más claro y más cerca aún! — exclamó la Rata jubilosa —. ¡Ahora seguramente debes oírlo! ¡Ah... al fin... veo que lo haces!

Sin aliento y paralizado, el Topo dejó de remar cuando el líquido fluir de aquella alegre flauta rompió sobre él como una ola, lo arrebató y lo poseyó por completo. Vio las lágrimas en las mejillas de su camarada, e inclinó la cabeza y comprendió. Por un momento permanecieron allí, rozados por la salicaria púrpura que bordeaba la orilla; luego, la clara e imperiosa llamada que marchaba de la mano con la embriagadora melodía impuso su voluntad sobre el Topo, y mecánicamente se inclinó de nuevo sobre sus remos. Y la luz se hizo cada vez más fuerte, pero ningún pájaro cantó como solían hacer al acercarse el alba; y salvo por la música celestial, todo estaba maravillosamente quieto.

A ambos lados de ellos, mientras se deslizaban, la rica hierba de la pradera parecía esa mañana de una frescura y un verdor insuperables. Nunca habían notado las rosas tan vívidas, el epilobio tan exuberante, la ulmaria tan olorosa y penetrante. Entonces el murmullo del azud que se acercaba comenzó a llenar el aire, y sintieron la conciencia de que se acercaban al final, fuera cual fuera, que seguramente esperaba a su expedición.

Un amplio semicírculo de espuma, luces centelleantes y hombros brillantes de agua verde, el gran azud cerraba el remanso de orilla a orilla,

turbaba toda la superficie tranquila con remolinos giratorios y vetas de espuma flotante, y ahogaba todos los demás sonidos con su solemne y tranquilizador estruendo. En medio de la corriente, abrazada por el brillante despliegue de brazos del azud, yacía anclada una pequeña isla, bordeada de cerca por sauces, abedules plateados y alisos. Reservada, tímida, pero llena de significado, ocultaba lo que pudiera contener tras un velo, guardándolo hasta que llegara la hora, y, con la hora, aquellos que fueran llamados y elegidos.

Lentamente, pero sin duda ni vacilación alguna, y con algo de solemne expectación, los dos animales pasaron a través del agua rota y tumultuosa y amarraron su barca en la florida orilla de la isla. En silencio desembarcaron, y se abrieron paso a través de las flores, la hierba aromática y la maleza que conducían al terreno llano, hasta que se encontraron en un pequeño césped de un verde maravilloso, rodeado por los propios árboles frutales de la Naturaleza: manzanos silvestres, cerezos silvestres y endrinos.

—Este es el lugar de mi sueño cantado, el lugar al que la música me condujo —susurró la Rata, como en trance—. ¡Aquí, en este lugar sagrado, aquí si en algún lugar, seguramente lo encontraremos!

Entonces, de repente, el Topo sintió que un gran Pavor caía sobre él, un pavor que convirtió sus músculos en agua, inclinó su cabeza y arraigó sus pies al suelo. No era un terror de pánico —de hecho, se sentía maravillosamente en paz y feliz— pero era un pavor que lo golpeaba y lo retenía y, sin ver, supo que solo podía significar que alguna augusta Presencia estaba muy, muy cerca. Con dificultad se volvió para buscar a su amigo y lo vio a su lado, acobardado, abatido y temblando violentamente. Y todavía había un silencio absoluto en las pobladas ramas llenas de pájaros a su alrededor; y todavía la luz crecía y crecía.

Quizás nunca se habría atrevido a levantar los ojos, si no fuera porque, aunque la flauta ya había callado, la llamada y la convocatoria parecían aún dominantes e imperiosas. No podía negarse, aunque la Muerte misma estuviera esperando para abatirlo al instante, una vez que hubiera mirado con ojo mortal cosas que con razón se mantenían ocultas. Temblando, obedeció, y levantó su humilde cabeza; y entonces, en esa claridad absoluta del alba inminente, mientras la Naturaleza, sonrojada con una plenitud de color increíble, parecía contener la respiración ante el acontecimiento, miró a los

mismos ojos del Amigo y Ayudante; vio la curvatura hacia atrás de los cuernos curvos, brillando a la luz creciente del día; vio la nariz severa y aguileña entre los ojos amables que los miraban con humor, mientras la boca barbuda se abría en una media sonrisa en las comisuras; vio los músculos ondulantes en el brazo que cruzaba el ancho pecho, la mano larga y flexible que aún sostenía la flauta de Pan apenas caída de los labios entreabiertos; vio las espléndidas curvas de las velludas extremidades dispuestas con majestuosa comodidad sobre el césped; vio, por último, acurrucada entre sus mismas pezuñas, durmiendo profundamente en completa paz y satisfacción, la pequeña, redonda, regordeta e infantil forma de la cría de nutria. Todo esto vio, por un momento sin aliento e intenso, vívido en el cielo matutino; y aún, mientras miraba, vivía; y aún, mientras vivía, se maravillaba.

— ¡Rata! — encontró aliento para susurrar, temblando—. ¿Tienes miedo?

— ¿Miedo? — murmuró la Rata, sus ojos brillando con un amor inefable—. ¡Miedo! ¿De Él? ¡Oh, nunca, nunca! Y sin embargo... y sin embargo... ¡Oh, Topo, tengo miedo!

Entonces los dos animales, agachándose hasta la tierra, inclinaron sus cabezas y rindieron culto.

Súbito y magnífico, el amplio disco dorado del sol se mostró sobre el horizonte frente a ellos; y los primeros rayos, disparándose a través de las praderas acuáticas, dieron de lleno en los ojos de los animales y los deslumbraron. Cuando pudieron mirar de nuevo, la Visión había desaparecido, y el aire estaba lleno del trino de los pájaros que saludaban al alba.

Mientras miraban fijamente con una miseria muda que se profundizaba a medida que se daban cuenta lentamente de todo lo que habían visto y todo lo que habían perdido, una caprichosa brisita, danzando desde la superficie del agua, agitó los álamos, sacudió las rosas cubiertas de rocío y sopló ligera y acariciadoramente en sus rostros; y con su suave toque vino el olvido instantáneo. Pues este es el último y mejor don que el amable semidió tiene cuidado de otorgar a aquellos a quienes se ha revelado en su ayuda: el don del olvido. Para que el terrible recuerdo no permanezca y crezca, y ensombrezca la alegría y el placer, y la gran memoria obsesionante no arruine todas las vidas futuras de los pequeños animales ayudados a salir de dificultades, para que sean felices y despreocupados como antes.

El Topo se frotó los ojos y miró a la Rata, que miraba a su alrededor de una manera perpleja. —¿Perdón; qué dijiste, Rata? —preguntó.

—Creo que solo estaba comentando —dijo la Rata lentamente—, que este era el tipo de lugar adecuado, y que aquí, si en algún sitio, lo encontraríamos. ¡Y mira! ¡Vaya, ahí está, el pequeñín! —Y con un grito de deleite corrió hacia el durmiente Portly.

Pero el Topo se quedó quieto un momento, sumido en sus pensamientos. Como quien se despierta de repente de un hermoso sueño, lucha por recordarlo y no puede recapturar nada más que una vaga sensación de su belleza, ¡la belleza! Hasta que eso, también, se desvanece a su vez, y el soñador acepta amargamente el duro y frío despertar y todas sus penalidades; así el Topo, después de luchar con su memoria por un breve espacio, sacudió la cabeza con tristeza y siguió a la Rata.

Portly se despertó con un chillido alegre, y se retorció de placer al ver a los amigos de su padre, que habían jugado con él tantas veces en días pasados. En un momento, sin embargo, su rostro se quedó en blanco, y se puso a buscar en círculo con un gemido suplicante. Como un niño que se ha dormido felizmente en los brazos de su nodriza, y se despierta para encontrarse solo y acostado en un lugar extraño, y busca en rincones y armarios, y corre de habitación en habitación, la desesperación creciendo silenciosamente en su corazón, así mismo Portly buscó por la isla y buscó, obstinado e incansable, hasta que al fin llegó el momento negro de rendirse, y sentarse y llorar amargamente.

El Topo corrió rápidamente a consolar al pequeño animal; pero la Rata, quedándose atrás, miró larga y dudosamente ciertas huellas de pezuñas profundas en el césped.

—Algún... gran... animal... ha estado aquí —murmuró lenta y pensativamente; y se quedó meditando, meditando; su mente extrañamente agitada.

—¡Vamos, Rata! —llamó el Topo—. ¡Piensa en el pobre Nutria, esperando allá arriba junto al vado!

Portly pronto fue consolado con la promesa de un capricho: un paseo por el río en la barca de verdad del señor Rata; y los dos animales lo condujeron a la orilla del agua, lo colocaron de forma segura entre ellos en el fondo de la barca, y remarón por el remanso. El sol ya estaba alto y les calentaba, los

pájaros cantaban con fuerza y sin contención, y las flores sonreían y asentían desde ambas orillas, pero de alguna manera — así pensaron los animales — con menos riqueza y resplandor de color de lo que parecían recordar haber visto muy recientemente en algún lugar... se preguntaban dónde.

Al llegar de nuevo al río principal, giraron la proa de la barca río arriba, hacia el punto donde sabían que su amigo mantenía su solitaria vigilia. Al acercarse al vado familiar, el Topo llevó la barca a la orilla, y levantaron a Portly y lo pusieron de pie en el camino de sirga, le dieron sus órdenes de marcha y una amistosa palmadita de despedida en la espalda, y se alejaron hacia el centro de la corriente. Observaron al pequeño animal mientras caminaba contoneándose por el sendero, contento y con importancia; lo observaron hasta que vieron su hocico levantarse de repente y su contoneo convertirse en un torpe trote mientras aceleraba el paso con agudos gemidos y retorcimientos de reconocimiento. Mirando río arriba, pudieron ver al Nutria levantarse de un salto, tenso y rígido, desde las aguas poco profundas donde se agazapaba en muda paciencia, y pudieron oír su ladrido asombrado y jubiloso mientras saltaba a través de los mimbres hacia el sendero. Entonces el Topo, con un fuerte tirón de un remo, hizo girar la barca y dejó que la corriente principal los arrastrara de nuevo adonde quisiera, su búsqueda ahora felizmente terminada.

— Me siento extrañamente cansado, Rata — dijo el Topo, apoyándose pesadamente sobre sus remos mientras la barca derivaba — . Es por haber estado despierto toda la noche, dirás, quizás; pero eso no es nada. Hacemos lo mismo la mitad de las noches de la semana, en esta época del año. No; siento como si hubiera pasado por algo muy emocionante y bastante terrible, y acabara de terminar; y sin embargo, no ha pasado nada en particular.

— O algo muy sorprendente, espléndido y hermoso — murmuró la Rata, reclinándose y cerrando los ojos — . Me siento igual que tú, Topo; simplemente muerto de cansancio, aunque no cansancio físico. Es una suerte que tengamos la corriente con nosotros, para llevarnos a casa. ¡Qué agradable es sentir el sol de nuevo, empapando los huesos! ¡Y escucha el viento jugando entre los juncos!

— Es como música... música lejana — dijo el Topo asintiendo somnolientamente.

—Eso estaba pensando —murmuró la Rata, soñadora y lánguida—. Música de baile... del tipo cadencioso que fluye sin parar... pero con palabras también... pasa a palabras y sale de ellas de nuevo... las capto a intervalos... luego es música de baile una vez más, y luego nada más que el suave y fino susurro de los juncos.

—Tú oyes mejor que yo —dijo el Topo con tristeza—. No puedo captar las palabras.

—Déjame intentar dártelas —dijo la Rata suavemente, con los ojos aún cerrados—. Ahora se está convirtiendo en palabras de nuevo... débiles pero claras... *Para que el pavor no more... Y tu alegría en pena torne... Mi poder verás en la hora de ayuda... ¡Pero luego olvidarás!* Ahora los juncos lo retoman... *olvidar, olvidar*, suspiran, y se desvanece en un susurro y un murmullo. Luego la voz regresa...

—*Para que miembros no se rompan ni hieran... Yo suelto la trampa que espera... Al soltar el lazo me vislumbrarás... ¡Pues ciertamente olvidarás!* ¡Rema más cerca, Topo, más cerca de los juncos! Es difícil de captar, y cada minuto se desvanece más.

—*Ayudante y sanador, yo animo... A pequeños perdidos en el bosque mojado... Extraviados encuentro, heridas vendo... ¡Mandándoles a todos olvidar!* ¡Más cerca, Topo, más cerca! No, no sirve de nada; la canción se ha desvanecido en el hablar de los juncos.

—Pero, ¿qué significan las palabras? —preguntó el asombrado Topo.

—Eso no lo sé —dijo la Rata simplemente—. Te las pasé tal como me llegaron. ¡Ah! ¡ahora vuelven de nuevo, y esta vez completas y claras! Esta vez, por fin, es lo real, lo inconfundible, simple... apasionado... perfecto...

—Bueno, pues dímelo —dijo el Topo, después de haber esperado pacientemente unos minutos, medio dormitando bajo el sol caliente.

Pero no hubo respuesta. Miró, y comprendió el silencio. Con una sonrisa de mucha felicidad en su rostro, y algo de una mirada atenta aún persistiendo allí, la cansada Rata estaba profundamente dormida.

VIII. LAS AVENTURAS DEL SAPO

Cuando el Sapo se encontró encerrado en una mazmorra húmeda y nauseabunda, y supo que toda la sombría oscuridad de una fortaleza medieval se interponía entre él y el mundo exterior de sol y carreteras bien firmes donde tan feliz había sido últimamente, divirtiéndose como si hubiera comprado todas las carreteras de Inglaterra, se arrojó cuan largo era en el suelo, derramó amargas lágrimas y se abandonó a una oscura desesperación. «Este es el fin de todo» (dijo), «al menos es el fin de la carrera del Sapo, que es lo mismo; ¡el popular y apuesto Sapo, el rico y hospitalario Sapo, el Sapo tan libre, despreocupado y elegante! ¿Cómo puedo esperar ser puesto en libertad de nuevo?» (dijo), «¡yo, que he sido encarcelado tan justamente por robar un automóvil tan hermoso de una manera tan audaz, y por un descaro tan espeluznante e imaginativo, dirigido a un número tal de policías gordos y de cara roja!» (Aquí sus sollozos lo ahogaron). «¡Estúpido animal que fui!» (dijo), «¡ahora debo languidecer en esta mazmorra, hasta que la gente que se enorgullecía de decir que me conocía haya olvidado el mismísimo nombre del Sapo! ¡Oh, sabio y viejo Tejón!» (dijo), «¡Oh, astuta e inteligente Rata y sensato Topo! ¡Qué juicios tan acertados, qué conocimiento de los hombres y de las cosas poseéis! ¡Oh, infeliz y abandonado Sapo!». Con lamentaciones como estas pasó sus días y noches durante varias semanas, rechazando sus comidas o refrigerios intermedios, aunque el sombrío y antiguo carcelero, sabiendo que los bolsillos del Sapo estaban bien provis-

tos, señalaba con frecuencia que muchas comodidades, y de hecho lujos, podían ser enviados —previo pago— desde el exterior.

Ahora bien, el carcelero tenía una hija, una moza agradable y de buen corazón, que ayudaba a su padre en las tareas más ligeras de su puesto. Era particularmente aficionada a los animales y, además de su canario, cuya jaula colgaba de un clavo en el macizo muro del torreón durante el día, para gran molestia de los prisioneros que apreciaban una siesta después de la cena, y se cubría con un tapete en la mesa del salón por la noche, tenía varios ratones píos y una inquieta ardilla giratoria. Esta muchacha de buen corazón, compadeciéndose de la miseria del Sapo, le dijo un día a su padre: — ¡Padre! ¡No soporto ver a esa pobre bestia tan infeliz y adelgazando tanto! Déjame que me encargue de él. Ya sabes lo mucho que me gustan los animales. Haré que coma de mi mano, se siente, y haga todo tipo de cosas.

Su padre respondió que podía hacer lo que quisiera con él. Estaba cansado del Sapo, de sus enfados, sus aires y su tacañería. Así que ese día fue en su misión de misericordia y llamó a la puerta de la celda del Sapo.

— Vamos, ánimo, Sapo —dijo, engatusándolo, al entrar—, y siéntate, sécate los ojos y sé un animal sensato. E intenta comer un poco de la cena. ¡Mira, te he traído un poco de la mía, caliente del horno!

Era un guiso de repollo y patatas, entre dos platos, y su fragancia llenó la estrecha celda. El penetrante olor a repollo llegó a la nariz del Sapo mientras yacía postrado en su miseria en el suelo, y le dio por un momento la idea de que quizás la vida no era una cosa tan vacía y desesperada como había imaginado. Pero aun así gimió, pataleó y se negó a ser consolado. Así que la sabia muchacha se retiró por el momento, pero, por supuesto, gran parte del olor a repollo caliente permaneció, como suele ocurrir, y el Sapo, entre sollozos, olfateó y reflexionó, y gradualmente comenzó a tener pensamientos nuevos e inspiradores: de caballería, y poesía, y hazañas aún por realizar; de amplias praderas, y ganado pastando en ellas, barrido por el sol y el viento; de huertos, y rectos arriates de hierbas, y cálidos antirrininos asediados por las abejas; y del reconfortante tintineo de los platos al posarse en la mesa de la Mansión Sapo, y el raspar de las patas de las sillas en el suelo mientras todos se acercaban a su labor. El aire de la estrecha celda adquirió un tinte rosado; empezó a pensar en sus amigos, y en cómo seguramente podrían hacer algo; en abogados, y en cómo habrían disfrutado de su caso, y

en qué tonto había sido por no contratar a unos cuantos; y por último, pensó en su propia gran astucia e ingenio, y en todo lo que era capaz de hacer si tan solo se lo proponía; y la cura fue casi completa.

Cuando la muchacha regresó, unas horas más tarde, llevaba una bandeja con una taza de té fragante humeando; y un plato amontonado con tostadas muy calientes con mantequilla, cortadas gruesas, muy doradas por ambos lados, con la mantequilla corriendo por los agujeros en grandes gotas doradas, como miel del panal. El olor de esa tostada con mantequilla simplemente le habló al Sapo, y con voz inequívoca; le habló de cocinas cálidas, de desayunos en mañanas heladas y brillantes, de acogedoras chimeneas en las tardes de invierno, cuando el paseo había terminado y los pies en zapatillas se apoyaban en el guardafuegos; del ronroneo de gatos satisfechos y del gorjeo de canarios soñolientos. El Sapo se incorporó de nuevo, se secó los ojos, sorbió su té y mordisqueó su tostada, y pronto comenzó a hablar libremente sobre sí mismo, y la casa en la que vivía, y sus hazañas allí, y lo importante que era, y lo mucho que sus amigos pensaban de él.

La hija del carcelero vio que el tema le estaba haciendo tanto bien como el té, como de hecho era, y lo animó a continuar.

—Háblame de la Mansión Sapo —dijo ella—. Suenan preciosas.

—La Mansión Sapo —dijo el Sapo con orgullo—, es una residencia de caballero independiente y selecta, muy singular; data en parte del siglo catorce, pero está repleta de todas las comodidades modernas. Saneamiento de última generación. A cinco minutos de la iglesia, la oficina de correos y el campo de golf. Adecuada para...

—Bendito sea el animal —dijo la muchacha, riendo—, no quiero alquilarla. Cuéntame algo real sobre ella. Pero primero espera a que te traiga más té y tostadas.

Se marchó dando saltitos y al poco regresó con una bandeja nueva; y el Sapo, atacando las tostadas con avidez, con el ánimo completamente restaurado a su nivel habitual, le habló del cobertizo para botes, y del estanque de peces, y del antiguo huerto amurallado; y de las pocilgas, y los establos, y el palomar, y el gallinero; y de la lechería, y el lavadero, y los armarios de porcelana, y los armarios de ropa blanca (esa parte le gustó especialmente); y del salón de banquetes, y la diversión que tenían allí cuando los otros ani-

males se reunían alrededor de la mesa y el Sapo estaba en su mejor momento, cantando canciones, contando historias, animando el cotarro en general. Luego quiso saber sobre sus amigos animales, y se interesó mucho en todo lo que tenía que contarle sobre ellos y cómo vivían, y qué hacían para pasar el tiempo. Por supuesto, no dijo que le gustaban los animales como mascotas, porque tuvo el buen juicio de ver que el Sapo se ofendería extremadamente. Cuando le dio las buenas noches, después de haber llenado su jarra de agua y ahuecado su paja, el Sapo era en gran medida el mismo animal optimista y satisfecho de sí mismo que había sido antaño. Cantó una o dos cancioncillas, del tipo que solía cantar en sus cenas, se acurrucó en la paja, y tuvo una excelente noche de descanso y los sueños más placenteros.

Tuvieron muchas conversaciones interesantes juntos, después de eso, a medida que pasaban los días lúgubres; y la hija del carcelero empezó a sentir mucha lástima por el Sapo, y pensó que era una gran vergüenza que un pobre animalito estuviera encerrado en prisión por lo que a ella le parecía un delito muy trivial. El Sapo, por supuesto, en su vanidad, pensó que el interés de ella en él procedía de una creciente ternura; y no pudo evitar lamentar a medias que el abismo social entre ellos fuera tan grande, pues era una moza atractiva, y evidentemente lo admiraba mucho.

Una mañana, la muchacha estaba muy pensativa, respondía al azar y no parecía prestar la debida atención a los ingeniosos dichos y brillantes comentarios del Sapo.

—Sapo —dijo al rato—, escucha, por favor. Tengo una tía que es lavandera.

—Bueno, bueno —dijo el Sapo, con gracia y afabilidad—, no importa; no pienses más en ello. Yo tengo varias tías que deberían ser lavanderas.

—Cállate un minuto, Sapo —dijo la muchacha—. Hablas demasiado, ese es tu principal defecto, y estoy tratando de pensar, y me duele la cabeza. Como decía, tengo una tía que es lavandera; hace la colada de todos los prisioneros de este castillo; tratamos de mantener cualquier negocio remunerado de ese tipo en la familia, ¿entiendes? Se lleva la ropa sucia el lunes por la mañana y la trae el viernes por la tarde. Hoy es jueves. Ahora bien, esto es lo que se me ocurre: tú eres muy rico —al menos siempre me lo estás diciendo— y ella es muy pobre. Unas pocas libras no supondrían ninguna diferencia para ti, y para ella significarían mucho. Ahora, creo que si se le

abordara adecuadamente —*untarla*, creo que es la palabra que usáis los animales— podríais llegar a un acuerdo por el cual ella te dejaría su vestido y su gorro y demás, y podrías escapar del castillo como la lavandera oficial. Os parecéis mucho en muchos aspectos, particularmente en la figura.

—No nos parecemos —dijo el Sapo enfurruñado—. Yo tengo una figura muy elegante... para lo que soy.

—También mi tía —replicó la muchacha—, para lo que es ella. Pero como quieras. ¡Animal horrible, orgulloso e ingrato, cuando siento lástima por ti y trato de ayudarte!

—Sí, sí, está bien; muchas gracias, de verdad —dijo el Sapo apresuradamente—. ¡Pero escucha! ¡Seguro que no querrías que el señor Sapo de la Mansión Sapo anduviera por el país disfrazado de lavandera!

—Entonces puedes quedarte aquí como un Sapo —replicó la muchacha con mucho brío—. ¡Supongo que querrás irte en un coche de cuatro caballos!

El honesto Sapo siempre estaba dispuesto a admitir que se equivocaba. —Eres una muchacha buena, amable e inteligente —dijo—, y yo soy, en verdad, un sapo orgulloso y estúpido. Preséntame a tu digna tía, si eres tan amable, y no dudo que la excelente dama y yo podremos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

La noche siguiente, la muchacha acompañó a su tía a la celda del Sapo, llevando la colada de la semana envuelta en una toalla. La anciana había sido preparada de antemano para la entrevista, y la vista de ciertos soberanos de oro que el Sapo había colocado cuidadosamente sobre la mesa a la vista de todos prácticamente cerró el asunto y dejó poco más que discutir. A cambio de su dinero, el Sapo recibió un vestido de algodón estampado, un delantal, un mantón y un gorro negro oxidado; la única estipulación que hizo la anciana fue que la amordazaran, la ataran y la dejaran en un rincón. Con este artificio poco convincente, explicó, ayudado por una ficción pintoresca que ella misma podría proporcionar, esperaba conservar su puesto, a pesar de la apariencia sospechosa de las cosas.

El Sapo estaba encantado con la sugerencia. Le permitiría salir de la prisión con cierto estilo, y con su reputación de tipo desesperado y peligroso intacta; y ayudó de buen grado a la hija del carcelero a hacer que su

tía pareciera en la medida de lo posible la víctima de circunstancias sobre las que no tenía control.

—Ahora es tu turno, Sapo —dijo la muchacha—. Quítate ese abrigo y ese chaleco tuyos; ya eres bastante gordo.

Temblando de risa, procedió a abrocharle el vestido de algodón estampado, le arregló el mantón con un pliegue profesional y le ató las cintas del gorro oxidado bajo la barbilla.

—Eres la viva imagen de ella —rió entre dientes—, solo que estoy segura de que nunca en tu vida has parecido ni la mitad de respetable. Ahora, adiós, Sapo, y buena suerte. Baja directamente por donde subiste; y si alguien te dice algo, como probablemente lo harán, siendo solo hombres, puedes replicar un poco, por supuesto, pero recuerda que eres una viuda, completamente sola en el mundo, con una reputación que perder.

Con el corazón tembloroso, pero con el paso más firme que pudo dominar, el Sapo se embarcó con cautela en lo que parecía ser una empresa de lo más descabellada y arriesgada; pero pronto se sorprendió gratamente al descubrir lo fácil que se le ponía todo, y se sintió un poco humillado al pensar que tanto su popularidad como el sexo que parecía inspirarla eran en realidad de otro. La figura rechoncha de la lavandera con su familiar vestido de algodón estampado parecía un pasaporte para cada puerta con barrotes y cada sombrío portal; incluso cuando dudaba, inseguro sobre el giro correcto que tomar, se encontró con que el guardián de la siguiente puerta lo ayudaba a salir de su dificultad, ansioso por irse a tomar el té, instándolo a darse prisa y no tenerlo esperando allí toda la noche. Las bromas y las salidas humorísticas a las que fue sometido, y a las que, por supuesto, tuvo que dar una respuesta pronta y eficaz, constituyeron, de hecho, su principal peligro; pues el Sapo era un animal con un fuerte sentido de su propia dignidad, y las bromas eran en su mayoría (pensaba él) pobres y torpes, y el humor de las salidas completamente ausente. Sin embargo, mantuvo la calma, aunque con gran dificultad, adecuó sus réplicas a su compañía y a su supuesto carácter, e hizo todo lo posible por no sobrepasar los límites del buen gusto.

Parecieron horas antes de que cruzara el último patio, rechazara las insistentes invitaciones del último cuerpo de guardia y esquivara los brazos extendidos del último guardián, que suplicaba con pasión simulada por un último abrazo de despedida. Pero al fin oyó el chasquido del postigo en la

gran puerta exterior detrás de él, sintió el aire fresco del mundo exterior en su frente ansiosa, ¡y supo que era libre!

Mareado por el fácil éxito de su audaz hazaña, caminó rápidamente hacia las luces del pueblo, sin saber en lo más mínimo qué haría a continuación, solo completamente seguro de una cosa, que debía alejarse lo más rápido posible del vecindario donde la dama que se veía obligado a representar era un personaje tan conocido y popular.

Mientras caminaba, considerando, su atención fue captada por unas luces rojas y verdes un poco más lejos, a un lado del pueblo, y el sonido del resoplido y bufido de las locomotoras y el estruendo de los vagones en maniobras llegó a su oído. «¡Ajá!», pensó, «¡esto es un golpe de suerte! Una estación de tren es lo que más necesito en todo el mundo en este momento; y además, no necesito atravesar el pueblo para llegar a ella, y no tendré que mantener este humillante personaje con réplicas que, aunque completamente efectivas, no ayudan al sentido de la autoestima».

Se dirigió a la estación, consultó un horario y descubrió que un tren, con destino más o menos en la dirección de su casa, debía partir en media hora. «¡Más suerte!», dijo el Sapo, con el ánimo subiendo rápidamente, y se fue a la taquilla a comprar su billete.

Dio el nombre de la estación que sabía que era la más cercana al pueblo del que la Mansión Sapo era el principal atractivo, y mecánicamente metió los dedos, en busca del dinero necesario, donde debería haber estado el bolsillo de su chaleco. Pero aquí el vestido de algodón, que tan noblemente lo había acompañado hasta ahora, y que él había olvidado vilmente, intervino y frustró sus esfuerzos. En una especie de pesadilla, luchó con la extraña e insólita cosa que parecía sujetarle las manos, convertir todos sus esfuerzos musculares en agua y reírse de él todo el tiempo; mientras otros viajeros, formando una fila detrás, esperaban con impaciencia, haciendo sugerencias de más o menos valor y comentarios de más o menos rigor y agudeza. Al final —de alguna manera, nunca entendió bien cómo— rompió las barreras, alcanzó la meta, llegó a donde todos los bolsillos de chaleco están eternamente situados, ¡y no encontró... no solo dinero, sino ningún bolsillo para guardarlo, y ningún chaleco para sujetar el bolsillo!

Para su horror, recordó que había dejado tanto el abrigo como el chaleco en su celda, y con ellos su cartera, dinero, llaves, reloj, cerillas,

portaminas... todo lo que hace que la vida valga la pena, todo lo que distingue al animal de muchos bolsillos, el señor de la creación, de las producciones inferiores de un solo bolsillo o sin bolsillos que saltan o corretean permisivamente, sin equipar para la verdadera contienda.

En su miseria, hizo un esfuerzo desesperado por salir del paso y, con un retorno a sus finos modales de antaño —una mezcla de Hacendado y Cate-drático—, dijo: —¡Escuche! Me doy cuenta de que he olvidado mi monedero. Deme ese billete, ¿quiere?, y le enviaré el dinero mañana. Soy muy conocido por aquí.

El taquillero lo miró a él y al gorro negro oxidado un momento, y luego se echó a reír. —Me imagino que será usted bastante conocida por aquí —dijo—, si ha intentado este juego a menudo. Venga, apártese de la ventanilla, por favor, señora; ¡está obstruyendo a los demás pasajeros!

Un anciano caballero que lo había estado pinchando en la espalda durante unos momentos lo apartó y, lo que fue peor, se dirigió a él como «buena mujer», lo que enfadó al Sapo más que nada de lo que había ocurrido esa noche.

Desconcertado y lleno de desesperación, vagó ciegamente por el andén donde estaba el tren, y las lágrimas le corrían por ambos lados de la nariz. Era duro, pensó, estar a la vista de la seguridad y casi del hogar, y ser frustrado por la falta de unos míseros chelines y por la desconfianza mezquina de funcionarios a sueldo. Muy pronto se descubriría su fuga, se iniciaría la caza, sería capturado, injuriado, cargado de cadenas, arrastrado de nuevo a la prisión y al pan y agua y a la paja; sus guardias y castigos se duplicarían; y ¡oh, qué comentarios sarcásticos haría la muchacha! ¿Qué se podía hacer? No era rápido de pies; su figura era desgraciadamente reconocible. ¿No podría meterse debajo del asiento de un vagón? Había visto este método adoptado por los escolares, cuando el dinero del viaje proporcionado por padres considerados había sido desviado a otros y mejores fines. Mientras reflexionaba, se encontró frente a la locomotora, que estaba siendo aceiteada, limpiada y en general mimada por su afectuoso maquinista, un hombre corpulento con una aceitera en una mano y un trozo de estopa de algodón en la otra.

—¡Hola, madre! —dijo el maquinista—, ¿cuál es el problema? No parece usted particularmente alegre.

— ¡Oh, señor! —dijo el Sapo, llorando de nuevo—, soy una pobre e infeliz lavandera, y he perdido todo mi dinero, y no puedo pagar un billete, y tengo que llegar a casa esta noche de alguna manera, y no sé qué voy a hacer. ¡Oh, cielos, cielos!

— Eso es un mal asunto, en verdad —dijo el maquinista reflexivamente—. ¿Ha perdido su dinero... y no puede llegar a casa... y tiene algunos niños, también, esperándola, me atrevería a decir?

— ¡Un montón de ellos! —sollozó el Sapo—. ¡Y tendrán hambre... y jugarán con cerillas... y volcarán lámparas, los pequeños inocentes!... y se pelearán, y harán de las suyas en general. ¡Oh, cielos, cielos!

— Bueno, le diré lo que haré —dijo el buen maquinista—. Usted es lavandera de oficio, dice. Muy bien, eso es todo. Y yo soy maquinista, como bien puede ver, y no se puede negar que es un trabajo terriblemente sucio. Gasta una cantidad de camisas, sí señor, hasta que mi señora está harta de lavarlas. Si usted me lava unas cuantas camisas cuando llegue a casa, y me las envía, le daré un paseo en mi locomotora. Va en contra del reglamento de la Compañía, pero no somos tan particulares en estas partes remotas.

La miseria del Sapo se convirtió en éxtasis mientras trepaba ansiosamente a la cabina de la locomotora. Por supuesto, nunca en su vida había lavado una camisa, y no podría aunque lo intentara y, de todos modos, no iba a empezar; pero pensó: «Cuando llegue sano y salvo a la Mansión Sapo, y tenga dinero de nuevo, y bolsillos donde meterlo, le enviaré al maquinista lo suficiente para pagar una buena cantidad de lavados, y eso será lo mismo, o mejor».

El guardagujas ondeó su bandera de bienvenida, el maquinista silbó en alegre respuesta, y el tren salió de la estación. A medida que aumentaba la velocidad, y el Sapo podía ver a ambos lados de él campos de verdad, y árboles, y setos, y vacas, y caballos, todos pasando volando junto a él, y mientras pensaba cómo cada minuto lo acercaba más a la Mansión Sapo, y a amigos comprensivos, y a dinero para tintinear en su bolsillo, y a una cama blanda en la que dormir, y a cosas buenas para comer, y a elogios y admiración al recitar sus aventuras y su insuperable astucia, empezó a saltar arriba y abajo y a gritar y a cantar fragmentos de canciones, para gran asombro del maquinista, que se había topado con lavanderas antes, a largos intervalos, pero nunca con una como esta.

Habían recorrido muchas, muchas millas, y el Sapo ya estaba considerando qué cenaría tan pronto como llegara a casa, cuando notó que el maquinista, con una expresión perpleja en su rostro, se inclinaba sobre el costado de la locomotora y escuchaba atentamente. Luego lo vio subir al carbón y mirar por encima del tren; luego regresó y le dijo al Sapo: —Es muy extraño; somos el último tren que circula en esta dirección esta noche, ¡y sin embargo juraría que oí a otro siguiéndonos!

El Sapo cesó sus frívolas payasadas al instante. Se puso serio y deprimido, y un dolor sordo en la parte baja de la espalda, que se comunicaba a sus piernas, le hizo querer sentarse e intentar desesperadamente no pensar en todas las posibilidades.

Para entonces la luna brillaba intensamente, y el maquinista, afirmándose en el carbón, podía dominar una vista de la vía detrás de ellos por una larga distancia.

Al poco gritó: —¡Ahora lo veo claramente! ¡Es una locomotora, en nuestras vías, que viene a gran velocidad! ¡Parece que nos persiguen!

El miserable Sapo, agazapado en el polvo de carbón, intentó con todas sus fuerzas pensar en algo que hacer, con una lúgubre falta de éxito.

—¡Nos están alcanzando rápidamente! —gritó el maquinista—. ¡Y la locomotora está abarrotada de la gente más extraña! Hombres como antiguos guardianes, agitando alabardas; policías con sus cascos, agitando porras; y hombres mal vestidos con sombreros de hongo, detectives de paisano obvios e inconfundibles incluso a esta distancia, agitando revólveres y bastones; ¡todos agitando, y todos gritando lo mismo: «¡Alto, alto, alto!»!

Entonces el Sapo cayó de rodillas entre el carbón y, levantando sus patas entrelazadas en súplica, gritó: —¡Sálveme, solo sálveme, querido y amable señor maquinista, y lo confesaré todo! ¡No soy la simple lavandera que parezco ser! ¡No tengo hijos esperándome, inocentes o no! ¡Soy un sapo, el conocido y popular señor Sapo, un terrateniente; acabo de escapar, por mi gran audacia y astucia, de una mazmorra repugnante en la que mis enemigos me habían arrojado; y si esos tipos de esa locomotora me recapturan, serán cadenas y pan y agua y paja y miseria una vez más para el pobre, infeliz e inocente Sapo!

El maquinista lo miró muy severamente y dijo: — Ahora di la verdad; ¿por qué te metieron en la cárcel?

— No fue gran cosa — dijo el pobre Sapo, sonrojándose profundamente —. Solo tomé prestado un automóvil mientras los dueños almorzaban; no lo necesitaban en ese momento. No pretendía robarlo, de verdad; pero la gente — especialmente los magistrados — tiene una visión tan dura de las acciones irreflexivas y animosas.

El maquinista pareció muy grave y dijo: — Me temo que has sido, en verdad, un sapo malvado, y por derecho debería entregarte a la justicia ofendida. Pero evidentemente estás en un gran apuro y angustia, así que no te abandonaré. No estoy de acuerdo con los automóviles, para empezar; y no estoy de acuerdo con que los policías me den órdenes cuando estoy en mi propia locomotora, para seguir. Y la vista de un animal llorando siempre me hace sentir raro y compasivo. ¡Así que ánimo, Sapo! ¡Haré lo mejor que pueda, y quizás aún podamos vencerlos!

Añadieron más carbón, paleando furiosamente; el horno rugió, las chispas volaron, la locomotora saltó y se balanceó, pero aun así sus perseguidores ganaban terreno lentamente. El maquinista, con un suspiro, se secó la frente con un puñado de estopa de algodón y dijo: — Me temo que no sirve de nada, Sapo. Verás, ellos van ligeros, y tienen la mejor locomotora. Solo nos queda una cosa por hacer, y es tu única oportunidad, así que presta mucha atención a lo que te digo. Un poco más adelante hay un largo túnel, y al otro lado de él la vía pasa a través de un espeso bosque. Ahora, pondré toda la velocidad que pueda mientras atravesamos el túnel, pero los otros reducirán un poco la velocidad, naturalmente, por miedo a un accidente. Cuando lo hayamos pasado, cortaré el vapor y pondré los frenos tan fuerte como pueda, y en el momento en que sea seguro hacerlo debes saltar y esconderte en el bosque, antes de que atraviesen el túnel y te vean. Entonces iré a toda velocidad de nuevo, y pueden perseguirme si quieren, todo el tiempo que quieran, y tan lejos como quieran. ¡Ahora, cuidado y prepárate para saltar cuando te lo diga!

Añadieron más carbón, y el tren se lanzó al túnel, y la locomotora corrió y rugió y traqueteó, hasta que al fin salieron disparados por el otro extremo al aire fresco y a la pacífica luz de la luna, y vieron el bosque yaciendo oscuro y servicial a ambos lados de la vía. El maquinista cortó el vapor y puso

los frenos, el Sapo bajó al estribo, y mientras el tren reducía la velocidad a casi paso de hombre, oyó al maquinista gritar: —¡Ahora, salta!

El Sapo saltó, rodó por un corto terraplén, se levantó ileso, se metió en el bosque y se escondió.

Asomándose, vio a su tren coger velocidad de nuevo y desaparecer a gran ritmo. Luego, del túnel irrumpió la locomotora perseguidora, rugiendo y silbando, su abigarrada tripulación agitando sus diversas armas y gritando: «¡Alto! ¡alto! ¡alto!». Cuando pasaron, el Sapo soltó una carcajada, por primera vez desde que fue arrojado a prisión.

Pero pronto dejó de reír cuando se puso a considerar que ya era muy tarde y oscuro y frío, y que estaba en un bosque desconocido, sin dinero y sin posibilidad de cenar, y aún lejos de amigos y hogar; y el silencio sepulcral de todo, después del rugido y el traqueteo del tren, fue un tanto chocante. No se atrevió a abandonar el refugio de los árboles, así que se adentró en el bosque, con la idea de dejar el ferrocarril lo más atrás posible.

Después de tantas semanas entre muros, encontró el bosque extraño y poco amigable e inclinado, pensó, a burlarse de él. Los chotacabras, con su sonajero mecánico, le hicieron pensar que el bosque estaba lleno de guardianes buscándolo, cercándolo. Una lechuza, abalanzándose silenciosamente hacia él, le rozó el hombro con su ala, haciéndole saltar con la horrible certeza de que era una mano; luego se alejó, como una polilla, riendo su bajo ¡jo! ¡jo! ¡jo!, lo que al Sapo le pareció de muy mal gusto. Una vez se encontró con un zorro, que se detuvo, lo miró de arriba abajo de manera sarcástica y dijo: —¡Hola, lavandera! ¡Medio par de calcetines y una funda de almohada menos esta semana! ¡Cuidado que no vuelva a ocurrir! —y se pavoneó, riéndose por lo bajo. El Sapo buscó una piedra para tirársela, pero no logró encontrar ninguna, lo que lo fastidió más que nada. Al fin, frío, hambriento y agotado, buscó el refugio de un árbol hueco, donde con ramas y hojas secas se hizo una cama lo más cómoda que pudo, y durmió profundamente hasta la mañana.

IX. VAGABUNDOS TODOS

La Rata de Agua estaba inquieta, y no sabía exactamente por qué. A todas luces, la pompa del verano aún estaba en su apogeo, y aunque en los campos labrados el verde había dado paso al oro, aunque los serbales enrojecían y los bosques estaban salpicados aquí y allá de una fiereza leonada, la luz, el calor y el color seguían presentes en medida no disminuida, libres de cualquier premonición fría del año que pasaba. Pero el coro constante de los huertos y setos se había reducido a una víspera casual de unos pocos intérpretes aún incansables; el petirrojo comenzaba a hacerse valer una vez más; y había en el aire una sensación de cambio y partida. El cuco, por supuesto, hacía tiempo que había enmudecido; pero muchos otros amigos emplumados, durante meses parte del paisaje familiar y su pequeña sociedad, también faltaban y parecía que las filas se raleaban día a día. La Rata, siempre observadora de todo movimiento alado, vio que tomaba diariamente una tendencia hacia el sur; e incluso mientras yacía en la cama por la noche, creía poder distinguir, pasando en la oscuridad por encima, el batir y el temblor de impacientes alas, obedientes a la perentoria llamada.

El Gran Hotel de la Naturaleza tiene su Temporada, como los demás. A medida que los huéspedes, uno a uno, empacan, pagan y se marchan, y los asientos en la *table-d'hôte* se encogen lastimosamente en cada comida sucesiva; a medida que se cierran suites de habitaciones, se levantan alfombras y se despide a los camareros; aquellos huéspedes que se quedan, *en pension*, hasta la reapertura completa del año siguiente, no pueden evitar verse algo afectados por todas estas idas y venidas y despedidas, esta ansiosa discusión de planes, rutas y nuevos alojamientos, esta merma diaria en la corriente de

camaradería. Uno se inquieta, se deprime y se inclina a ser quejumbroso. ¿Por qué este anhelo de cambio? ¿Por qué no quedarse aquí tranquilamente, como nosotros, y ser felices? No conocéis este hotel fuera de temporada, y la diversión que tenemos entre nosotros, los que nos quedamos y vemos pasar todo el interesante año. Todo muy cierto, sin duda, responden siempre los otros; os envidiamos de verdad —y quizás otro año— ¡pero justo ahora tenemos compromisos—y ahí está el autobús en la puerta—nuestro tiempo se ha acabado! Así que parten, con una sonrisa y un saludo, y los extrañamos, y nos sentimos resentidos. La Rata era un tipo de animal autosuficiente, arraigado a la tierra, y, quienquiera que se fuera, él se quedaba; aun así, no podía evitar notar lo que había en el aire, y sentir algo de su influencia en sus huesos.

Era difícil concentrarse en algo seriamente, con todo este ajetreo. Dejando la orilla del agua, donde los juncos crecían espesos y altos en una corriente que se volvía lenta y baja, vagó hacia el campo, cruzó uno o dos pastizales que ya parecían polvorientos y resecos, y se adentró en el gran mar de trigo, amarillo, ondulante y rumoroso, lleno de movimiento tranquilo y pequeños susurros. A menudo le encantaba pasear por allí, a través del bosque de tallos rígidos y fuertes que llevaban su propio cielo dorado por encima de su cabeza, un cielo que siempre danzaba, brillaba, hablaba suavemente; o se mecía con fuerza al viento pasajero y se recuperaba con una sacudida y una risa alegre. Aquí también tenía muchos pequeños amigos, una sociedad completa en sí misma, que llevaba vidas plenas y ajetreadas, pero siempre con un momento libre para chismorrear e intercambiar noticias con un visitante. Hoy, sin embargo, aunque fueron bastante amables, los ratones de campo y los ratones espigueros parecían preocupados. Muchos cavaban y hacían túneles afanosamente; otros, reunidos en pequeños grupos, examinaban planos y dibujos de pequeños apartamentos, que se decía eran deseables y compactos, y situados convenientemente cerca de los Almacenes. Algunos sacaban baúles polvorientos y cestas para vestidos, otros ya estaban hasta los codos empacando sus pertenencias; mientras que por todas partes montones y fardos de trigo, avena, cebada, hayucos y nueces, yacían listos para el transporte.

— ¡Aquí está el viejo Ratita! — gritaron en cuanto lo vieron—. ¡Ven a echar una mano, Rata, y no te quedes ahí ocioso!

—¿A qué clase de juegos estáis jugando? —dijo la Rata de Agua severamente—. ¡Sabéis que todavía no es tiempo de pensar en los cuarteles de invierno, ni de lejos!

—Oh, sí, eso lo sabemos —explicó un ratón de campo con bastante vergüenza—; pero siempre es bueno ser previsor, ¿no es así? Realmente debemos sacar todos los muebles, el equipaje y las provisiones de aquí antes de que esas horribles máquinas empiecen a chasquear por los campos; y luego, ya sabes, los mejores apartamentos se agotan tan rápido hoy en día, y si llegas tarde tienes que conformarte con cualquier cosa; y necesitan muchos arreglos, también, antes de que estén listos para mudarse. Por supuesto, somos tempraneros, lo sabemos; pero solo estamos empezando.

—Oh, al diablo con los comienzos —dijo la Rata—. Es un día espléndido. Ven a dar un paseo en barca, o una caminata por los setos, o un picnic en el bosque, o algo.

—Bueno, creo que hoy no, gracias —replicó el ratón de campo apresuradamente—. Quizás otro día, cuando tengamos más tiempo...

La Rata, con un bufido de desprecio, se dio la vuelta para irse, tropezó con una sombrerera y cayó, con comentarios poco dignos.

—Si la gente fuera más cuidadosa —dijo un ratón de campo con bastante rigidez—, y mirara por dónde va, la gente no se haría daño... ni se olvidaría de sus modales. ¡Cuidado con ese bolso de viaje, Rata! Será mejor que te sientes en algún sitio. En una o dos horas quizás estemos más libres para atenderte.

—No estaréis «libres», como lo llamáis, hasta bien pasada la Navidad, ya lo veo —replicó la Rata de mal humor, mientras salía del campo.

Regresó algo abatido a su río de nuevo, su fiel y constante viejo río, que nunca empacaba, se mudaba o se iba a cuarteles de invierno.

En los mimbres que bordeaban la orilla vio una golondrina posada. Al poco se le unió otra, y luego una tercera; y los pájaros, moviéndose inquietos en su rama, hablaban entre ellos con seriedad y en voz baja.

—¿Cómo, ya? —dijo la Rata, acercándose a ellas—. ¿Cuál es la prisa? Me parece simplemente ridículo.

—Oh, todavía no nos vamos, si es a eso a lo que te refieres —replicó la primera golondrina—. Solo estamos haciendo planes y arreglando las cosas. Hablándolo, ya sabes: qué ruta tomaremos este año, dónde pararemos, y así sucesivamente. ¡Esa es la mitad de la diversión!

—¿Diversión? —dijo la Rata—; ahora bien, eso es justo lo que no entiendo. Si tenéis que dejar este lugar agradable, y a vuestros amigos que os echarán de menos, y vuestros acogedores hogares en los que acabáis de instalaros, bueno, cuando llegue la hora no dudo que os iréis valientemente, y afrontaréis todos los problemas, las incomodidades, el cambio y la novedad, y fingiréis que no sois muy infelices. Pero querer hablar de ello, o siquiera pensar en ello, hasta que realmente necesitéis...

—No, no lo entiendes, naturalmente —dijo la segunda golondrina—. Primero, lo sentimos agitarse dentro de nosotros, una dulce inquietud; luego vuelven los recuerdos uno por uno, como palomas mensajeras. Revolotean en nuestros sueños por la noche, vuelan con nosotros en nuestros giros y círculos durante el día. Ansiamos preguntarnos unos a otros, comparar notas y asegurarnos de que todo fue realmente cierto, a medida que, uno a uno, los olores, los sonidos y los nombres de lugares olvidados hace mucho tiempo regresan gradualmente y nos llaman.

—¿No podríais quedaros solo este año? —sugirió la Rata de Agua, con nostalgia—. Todos haremos lo posible para que os sintáis como en casa. No tenéis idea de los buenos momentos que pasamos aquí, mientras estáis lejos.

—Intenté «quedarme» un año —dijo la tercera golondrina—. Me había encariñado tanto con el lugar que cuando llegó el momento me quedé atrás y dejé que las demás siguieran sin mí. Durante unas pocas semanas todo fue bastante bien, pero después, ¡oh, la tediosa longitud de las noches! ¡Los días tiritantes y sin sol! ¡El aire tan húmedo y frío, y ni un insecto en un acre! No, no sirvió de nada; mi valor se derrumbó, y una noche fría y tormentosa levanté el vuelo, volando bien tierra adentro debido a los fuertes vientos del este. Nevaba con fuerza mientras atravesaba los puertos de las grandes montañas, y tuve una dura lucha para salir adelante; pero nunca olvidaré la dichosa sensación del sol caliente de nuevo en mi espalda mientras descendía a toda velocidad hacia los lagos que yacían tan azules y plácidos debajo de mí, ¡y el sabor de mi primer insecto gordo! El pasado era como un mal sueño; el futuro era todo unas felices vacaciones mientras me movía

hacia el sur semana tras semana, fácil, perezosamente, demorándome todo lo que me atrevía, ¡pero siempre atendiendo a la llamada! No, había tenido mi advertencia; nunca más pensé en la desobediencia.

— ¡Ah, sí, la llamada del Sur, del Sur! — gorjearon las otras dos soñadoramente —. ¡Sus canciones, sus matices, su aire radiante! Oh, ¿recuerdas...? —y, olvidándose de la Rata, se deslizaron en una apasionada reminiscencia, mientras él escuchaba fascinado, y su corazón ardía dentro de él. En sí mismo, también, sabía que estaba vibrando al fin, esa cuerda hasta ahora dormida e insospechada. El mero parloteo de estos pájaros con destino al sur, sus informes pálidos y de segunda mano, tenían sin embargo el poder de despertar esta nueva y salvaje sensación y emocionarlo de pies a cabeza con ella; ¿qué obraría en él un momento de lo real, un toque apasionado del verdadero sol del sur, una bocanada del auténtico olor? Con los ojos cerrados se atrevió a soñar un momento en pleno abandono, y cuando volvió a mirar el río parecía acerado y frío, los verdes campos grises y sin luz. Entonces su corazón leal pareció recriminar a su yo más débil por su traición.

— ¿Por qué volvéis, entonces? — les preguntó a las golondrinas con celos —. ¿Qué encontráis que os atraiga en este pobre y deslucido país?

— ¿Y crees — dijo la primera golondrina — que la otra llamada no es también para nosotros, a su debido tiempo? ¿La llamada de la exuberante hierba de los prados, los huertos húmedos, los estanques cálidos y llenos de insectos, del ganado pastando, de la siega, y todos los edificios de la granja agrupados alrededor de la Casa de los Aleros perfectos?

— ¿Supones — preguntó la segunda — que eres el único ser vivo que anhela con un hambre voraz oír de nuevo la nota del cuco?

— A su debido tiempo — dijo la tercera —, volveremos a sentir nostalgia de los tranquilos nenúfares que se mecen en la superficie de un arroyo inglés. Pero hoy todo eso parece pálido, tenue y muy lejano. Justo ahora nuestra sangre baila al son de otra música.

Se pusieron a gorjear entre ellas una vez más, y esta vez su embriagador parloteo era de mares violetas, arenas leonadas y muros habitados por lagartijas.

Inquieta, la Rata se alejó una vez más, subió la pendiente que se elevaba suavemente desde la orilla norte del río, y se tumbó a mirar hacia el gran

anillo de colinas que le impedía la visión más al sur —su simple horizonte hasta ahora, sus Montañas de la Luna, su límite tras el cual no había nada que le hubiera importado ver o conocer—. Hoy, para él, que miraba al Sur con una necesidad recién nacida agitándose en su corazón, el cielo claro sobre su larga y baja silueta parecía palpitar con promesas; hoy, lo invisible lo era todo, lo desconocido el único hecho real de la vida. A este lado de las colinas estaba ahora el verdadero vacío, al otro yacía el panorama abarrotado y coloreado que su ojo interior estaba viendo tan claramente. ¡Qué mares se extendían más allá, verdes, saltarines y crestados! ¡Qué costas bañadas por el sol, a lo largo de las cuales las villas blancas brillaban contra los olivares! ¡Qué puertos tranquilos, atestados de gallardos barcos con destino a islas púrpuras de vino y especias, islas situadas bajo en aguas lánguidas!

Se levantó y descendió de nuevo hacia el río; luego cambió de opinión y buscó el borde del polvoriento camino. Allí, tumbado medio enterrado en la espesa y fresca maraña de maleza que lo bordeaba, podía meditar sobre la carretera firme y todo el maravilloso mundo al que conducía; sobre todos los caminantes, también, que podrían haberla pisado, y las fortunas y aventuras que habían ido a buscar o habían encontrado sin buscar... ¡allá fuera, más allá... más allá!

Unos pasos llegaron a su oído, y la figura de alguien que caminaba con cierto cansancio apareció a la vista; y vio que era una Rata, y una muy polvorienta. El caminante, al llegar a su altura, saludó con un gesto de cortesía que tenía algo de extranjero; vaciló un momento; luego, con una sonrisa agradable, se desvió del camino y se sentó a su lado en la fresca hierba. Parecía cansado, y la Rata lo dejó descansar sin hacer preguntas, comprendiendo algo de lo que había en sus pensamientos; sabiendo, también, el valor que todos los animales atribuyen a veces a la mera compañía silenciosa, cuando los músculos cansados se relajan y la mente marca el tiempo.

El caminante era delgado y de rasgos afilados, y algo encorvado de hombros; sus patas eran finas y largas, sus ojos muy arrugados en las comisuras, y llevaba pequeños pendientes de oro en sus orejas pulcramente dispuestas y bien formadas. Su jersey de punto era de un azul desvaído, sus calzones, remendados y manchados, tenían una base azul, y las pocas pertenencias que llevaba estaban atadas en un pañuelo de algodón azul.

Cuando hubo descansado un rato, el extraño suspiró, olfateó el aire y miró a su alrededor.

—Eso era trébol, esa cálida bocanada en la brisa —comentó—; y esas son vacas que oímos pastando detrás de nosotros y resoplando suavemente entre bocados. Se oye un sonido de segadores lejanos, y allá se eleva una línea azul de humo de cabaña contra el bosque. El río corre en algún lugar cercano, pues oigo la llamada de una gallineta, y veo por tu complexión que eres un marinero de agua dulce. Todo parece dormido, y sin embargo, sigue adelante todo el tiempo. ¡Es una vida buena la que llevas, amigo; sin duda la mejor del mundo, si tan solo eres lo suficientemente fuerte para llevarla!

—Sí, es la vida, la única vida que vivir —respondió la Rata de Agua soñadoramente, y sin su habitual convicción sincera.

—No dije exactamente eso —replicó el extraño con cautela—; pero sin duda es la mejor. La he probado, y lo sé. Y porque la acabo de probar —seis meses de ella— y sé que es la mejor, ¡aquí estoy, con los pies doloridos y hambriento, alejándome de ella a pie, caminando hacia el sur, siguiendo la vieja llamada, de vuelta a la vieja vida, la vida que es mía y que no me dejará ir!

—¿Es este, entonces, otro de ellos? —musitó la Rata—. ¿Y de dónde acabas de venir? —preguntó. Apenas se atrevía a preguntar a dónde se dirigía; parecía saber la respuesta demasiado bien.

—Una pequeña y bonita granja —respondió el caminante, brevemente—. Allá arriba, en esa dirección —asintió hacia el norte—. No importa. Tenía todo lo que podía desear, todo lo que tenía derecho a esperar de la vida, y más; ¡y aquí estoy! ¡Contento de estar aquí de todos modos, sin embargo, contento de estar aquí! ¡Tantos kilómetros más adelante en el camino, tantas horas más cerca del deseo de mi corazón!

Sus ojos brillantes se aferraron al horizonte, y parecía estar escuchando algún sonido que faltaba en aquel terreno del interior, tan sonoro como era con la alegre música del pastizal y la granja.

—Tú no eres uno de los nuestros —dijo la Rata de Agua—, ni tampoco un granjero; ni siquiera, juzgaría yo, de este país.

—Correcto —replicó el extraño—. Soy una rata marinera, sí, y el puerto del que provengo originalmente es Constantinopla, aunque también soy una

especie de extranjero allí, en cierto modo. Habrás oído hablar de Constantinopla, amigo. Una ciudad hermosa, y antigua y gloriosa. Y puede que hayas oído hablar, también, de Sigurd, Rey de Noruega, y cómo navegó hasta allí con sesenta barcos, y cómo él y sus hombres cabalgaron por calles todas cubiertas en su honor con doseles de púrpura y oro; y cómo el Emperador y la Emperatriz bajaron y festejaron con él a bordo de su barco. Cuando Sigurd regresó a casa, muchos de sus nórdicos se quedaron y entraron en la guardia personal del Emperador, y mi antepasado, un noruego de nacimiento, también se quedó, con los barcos que Sigurd le dio al Emperador. Marineros hemos sido siempre, y no es de extrañar; en cuanto a mí, la ciudad de mi nacimiento no es más mi hogar que cualquier puerto agradable entre allí y el río Támesis. Los conozco todos, y ellos me conocen a mí. Déjame en cualquiera de sus muelles o riberas, y estoy en casa de nuevo.

—Supongo que haces grandes viajes —dijo la Rata de Agua con creciente interés—. ¿Meses y meses sin ver tierra, y las provisiones escaseando, y racionado el agua, y tu mente comulgando con el poderoso océano, y todo ese tipo de cosas?

—De ninguna manera —dijo la Rata de Mar con franqueza—. Una vida como la que describes no me convendría en absoluto. Estoy en el comercio de cabotaje, y rara vez pierdo de vista la tierra. Son los buenos momentos en tierra los que me atraen, tanto como cualquier navegación. ¡Oh, esos puertos del sur! ¡Su olor, las luces de fondeo por la noche, el glamour!

—Bueno, quizás hayas elegido el mejor camino —dijo la Rata de Agua, pero con bastante duda—. Cuéntame algo de tu cabotaje, entonces, si te apetece, y qué clase de cosecha un animal de espíritu podría esperar traer a casa de él para calentar sus últimos días con gallardos recuerdos junto al fuego; porque mi vida, te confieso, hoy me parece algo estrecha y limitada.

—Mi último viaje —comenzó la Rata de Mar—, que finalmente me desembarcó en este país, rumbo con grandes esperanzas a mi granja del interior, servirá como un buen ejemplo de cualquiera de ellos, y, de hecho, como un epítome de mi vida intensamente coloreada. Los problemas familiares, como de costumbre, lo iniciaron. Se izó el cono de tormenta doméstico, y me embarqué a bordo de un pequeño buque mercante con destino desde Constantinopla, por mares clásicos cuya cada ola late con un recuerdo inmortal, a las islas griegas y al Levante. ¡Aquellos fueron días dorados y

noches balsámicas! Entrando y saliendo del puerto todo el tiempo —viejos amigos por todas partes— durmiendo en algún templo fresco o cisterna en ruinas durante el calor del día, ¡festejos y canciones después de la puesta del sol, bajo grandes estrellas engastadas en un cielo de terciopelo! Desde allí viramos y costeamos el Adriático, sus orillas nadando en una atmósfera de ámbar, rosa y aguamarina; anclamos en amplios puertos cerrados, vagamos por ciudades antiguas y nobles, hasta que al fin una mañana, mientras el sol se levantaba regimiento detrás de nosotros, entramos en Venecia por un sendero de oro. ¡Oh, Venecia es una ciudad hermosa, en la que una rata puede vagar a su antojo y tomar su placer! O, cuando está cansada de vagar, puede sentarse al borde del Gran Canal por la noche, festejando con sus amigos, cuando el aire está lleno de música y el cielo lleno de estrellas, ¡y las luces destellan y brillan en las proas de acero pulido de las góndolas que se mecen, tan apretadas que podrías cruzar el canal sobre ellas de lado a lado! Y luego la comida... ¿te gustan los mariscos? Bueno, bueno, no nos detendremos en eso ahora.

Se quedó en silencio un rato; y la Rata de Agua, también en silencio y cautivada, flotó en canales de ensueño y oyó una canción fantasma resonar alta entre vaporosas paredes grises bañadas por las olas.

—Hacia el sur navegamos de nuevo al fin —continuó la Rata de Mar—, costeando la orilla italiana, hasta que finalmente llegamos a Palermo, y allí desembarqué para pasar una larga y feliz temporada en tierra. Nunca me quedo demasiado tiempo en un mismo barco; uno se vuelve estrecho de miras y prejuicioso. Además, Sicilia es uno de mis felices cotos de caza. Conozco a todo el mundo allí, y sus costumbres me van perfectamente. Pasé muchas semanas alegres en la isla, alojándome con amigos en el campo. Cuando volví a sentirme inquieto, aproveché un barco que comerciaba con Cerdeña y Córcega; y me alegré mucho de sentir de nuevo la brisa fresca y el rocío del mar en mi rostro.

—Pero, ¿no hace mucho calor y es muy sofocante, abajo en la... bodega, creo que lo llamáis? —preguntó la Rata de Agua.

El marino lo miró con la sospecha de un guiño. —Soy un viejo lobo de mar —comentó con mucha simplicidad—. El camarote del capitán es suficiente para mí.

—Es una vida dura, según todos los relatos —murmuró la Rata, sumida en profundos pensamientos.

—Para la tripulación lo es —replicó el marino gravemente, de nuevo con el fantasma de un guiño.

—Desde Córcega —continuó—, utilicé un barco que llevaba vino al continente. Llegamos a Alassio por la tarde, nos pusimos al paio, subimos nuestros barriles de vino y los arrojamos por la borda, atados uno al otro por una larga cuerda. Luego la tripulación se subió a los botes y remó hacia la orilla, cantando mientras avanzaban, y arrastrando tras ellos la larga procesión de barriles que se mecían, como una milla de marsopas. En la arena tenían caballos esperando, que arrastraron los barriles por la empinada calle del pequeño pueblo con una fina carrera, estrépito y revuelo. Cuando el último barril estuvo dentro, fuimos a refrescarnos y a descansar, y nos quedamos hasta tarde en la noche, bebiendo con nuestros amigos, y a la mañana siguiente me adentré en los grandes olivares para un respiro y un descanso. Porque ahora había terminado con las islas por un tiempo, y los puertos y los barcos eran abundantes; así que llevé una vida perezosa entre los campesinos, tumbado viéndolos trabajar, o estirado en lo alto de la ladera con el azul Mediterráneo muy por debajo de mí. Y así, finalmente, por etapas fáciles, y en parte a pie, en parte por mar, a Marsella, y el encuentro con viejos compañeros de barco, y la visita a grandes buques transoceánicos, y festejos una vez más. ¡Hablar de mariscos! Vaya, ¡a veces sueño con los mariscos de Marsella y me despierto llorando!

—Eso me recuerda —dijo la cortés Rata de Agua—; mencionaste que tenías hambre, y debería haber hablado antes. Por supuesto, ¿te quedarás a tomar tu almuerzo conmigo? Mi agujero está cerca; ya ha pasado el mediodía, y eres muy bienvenido a lo que haya.

—Ahora bien, eso lo llamo amable y fraternal de tu parte —dijo la Rata de Mar—. Realmente tenía hambre cuando me senté, y desde que inadvertidamente mencioné los mariscos, mis punzadas han sido extremas. Pero, ¿no podrías traerlo aquí fuera? No soy muy aficionado a meterme bajo cubierta, a menos que esté obligado; y entonces, mientras comemos, podría contarte más sobre mis viajes y la vida agradable que llevo... al menos, es muy agradable para mí, y por tu atención juzgo que te agrada; mientras que si entramos, es cien a uno que pronto me quedaré dormido.

—Esa es, en verdad, una excelente sugerencia —dijo la Rata de Agua, y se fue corriendo a casa. Allí sacó la cesta del almuerzo y preparó una comida sencilla, en la que, recordando el origen y las preferencias del extraño, se cuidó de incluir una barra de pan francés, una salchicha de la que cantaba el ajo, un poco de queso que se deshacía y lloraba, y una botella de cuello largo cubierta de paja en la que yacía embotellado el sol derramado y cosechado en lejanas laderas del Sur. Así cargado, regresó a toda velocidad, y se sonrojó de placer ante los elogios del viejo marinero a su gusto y juicio, mientras juntos desempacaban la cesta y disponían el contenido sobre la hierba al borde del camino.

La Rata de Mar, tan pronto como su hambre fue algo aplacada, continuó la historia de su último viaje, conduciendo a su simple oyente de puerto en puerto de España, desembarcándolo en Lisboa, Oporto y Burdeos, presentándole los agradables puertos de Cornualles y Devon, y así subiendo por el Canal hasta aquel muelle final, donde, desembarcando después de vientos largos y contrarios, azotado por la tormenta y el mal tiempo, había captado los primeros indicios y heraldos mágicos de otra Primavera, y, encendido por estos, se había lanzado a una larga caminata tierra adentro, hambriento por el experimento de la vida en alguna tranquila granja, muy lejos del cansado batir de cualquier mar.

Hechizada y temblando de emoción, la Rata de Agua siguió al Aventurero legua a legua, por bahías tormentosas, a través de radas concurridas, cruzando barras de puertos con la marea alta, remontando ríos sinuosos que escondían sus pequeños y ajetreados pueblos tras un recodo repentino; y lo dejó con un suspiro de pesar plantado en su aburrida granja del interior, sobre la cual no deseaba oír nada.

Para entonces, su comida había terminado, y el Marino, refrescado y fortalecido, su voz más vibrante, su ojo iluminado con un brillo que parecía capturado de algún lejano faro marino, llenó su vaso con la cosecha roja y brillante del Sur, y, inclinándose hacia la Rata de Agua, cautivó su mirada y lo sujetó, en cuerpo y alma, mientras hablaba. Aquellos ojos eran del cambiante gris-verdoso vetado de espuma de los saltarines mares del Norte; en el vaso brillaba un rubí ardiente que parecía el corazón mismo del Sur, latiendo para quien tuviera el coraje de responder a su pulsación. Las luces gemelas, el gris cambiante y el rojo firme, dominaron a la Rata de Agua y la mantuvieron atada, fascinada, impotente. El tranquilo mundo fuera de sus

rayos retrocedió lejos y dejó de ser. Y la charla, la maravillosa charla fluyó... ¿o era enteramente habla, o pasaba a veces a ser canción —canto de los marineros levando el ancla goteante, sonoro zumbido de los obenques en un desgarrador Nordeste, balada del pescador recogiendo sus redes al atardecer contra un cielo de albaricoque, acordes de guitarra y mandolina desde una góndola o un caïque? ¿Se convertía en el grito del viento, lastimero al principio, airadamente agudo al refrescar, elevándose a un silbido desgarrador, hundiéndose en un musical goteo de aire desde la baluma de la vela henchida? Todos estos sonidos el oyente hechizado parecía oír, y con ellos la queja hambrienta de las gaviotas y las aves marinas, el suave trueno de la ola rompiente, el grito de la grava protestante. De nuevo se convirtió en habla, y con el corazón palpitante seguía las aventuras de una docena de puertos, las peleas, las huidas, las recuperaciones, las camaraderías, las empresas gallardas; o buscaba tesoros en islas, pescaba en lagunas tranquilas y dormitaba todo el día en cálidas arenas blancas. Oyó hablar de pescas de altura, y de poderosas recolecciones de plata de la red de una milla de largo; de peligros repentinos, ruido de rompientes en una noche sin luna, o las altas proas del gran transatlántico tomando forma sobre su cabeza a través de la niebla; del alegre regreso a casa, el cabo doblado, las luces del puerto abriéndose; los grupos vistos vagamente en el muelle, el saludo animado, el chapoteo del cabo de amarre; el penoso ascenso por la pequeña y empinada calle hacia el reconfortante resplandor de las ventanas de cortinas rojas.

Finalmente, en su sueño despierto le pareció que el Aventurero se había puesto de pie, pero seguía hablando, todavía sujetándolo con sus ojos gris mar.

—Y ahora —decía suavemente—, tomo de nuevo el camino, manteniéndome hacia el suroeste por muchos largos y polvorientos días; hasta que al fin llego al pequeño pueblo mariner gris que tan bien conozco, que se aferra a un lado empinado del puerto. Allí, a través de oscuros portales, se ven tramos de escalones de piedra, sobre los que cuelgan grandes matas rosadas de valeriana y que terminan en un trozo de agua azul brillante. Los pequeños botes que yacen amarrados a las anillas y puntales del viejo malecón están pintados con la misma alegría que aquellos en los que trepaba y salía en mi propia infancia; el salmón salta con la marea alta, bancos de caballas destellan y juegan junto a los muelles y las riberas, y junto a las ventanas los grandes buques se deslizan, noche y día, hacia sus amarraderos o hacia

el mar abierto. Allí, tarde o temprano, llegan los barcos de todas las naciones marineras; y allí, a su hora destinada, el barco de mi elección echará el ancla. Me tomaré mi tiempo, me demoraré y esperaré, hasta que al fin el correcto esté esperándome, abarloado en medio de la corriente, con poca carga, su bauprés apuntando hacia la salida del puerto. Me deslizaré a bordo, en bote o por el cabo de amarre; y entonces una mañana me despertaré con la canción y el paso de los marineros, el tintineo del cabrestante y el traqueteo de la cadena del ancla que entra alegremente. Izaremos el foque y el trinquete, las casas blancas del lado del puerto se deslizarán lentamente a nuestro lado mientras ella gana gobierno, ¡y el viaje habrá comenzado! A medida que avance hacia el cabo, se vestirá de lona; y entonces, una vez fuera, ¡el sonoro golpe de las grandes olas verdes mientras se escora al viento, apuntando al Sur!

»¡Y tú, tú también vendrás, joven hermano; porque los días pasan, y nunca vuelven, y el Sur aún te espera! ¡Acepta la Aventura, atiende la llamada, ahora antes de que pase el momento irrevocable! ¡No es más que un portazo detrás de ti, un paso alegre hacia adelante, y estás fuera de la vieja vida y dentro de la nueva! Luego, algún día, algún día lejano, vuelve a casa si quieres, cuando la copa se haya vaciado y la obra se haya representado, y siéntate junto a tu tranquilo río con un acopio de buenos recuerdos por compañía. Puedes alcanzarme fácilmente en el camino, porque eres joven, y yo estoy envejeciendo y voy despacio. Me demoraré, y miraré hacia atrás; y al fin seguramente te veré venir, ansioso y alegre, ¡con todo el Sur en tu rostro!

La voz se desvaneció y cesó como la diminuta trompeta de un insecto se apaga rápidamente en el silencio; y la Rata de Agua, paralizada y mirando fijamente, vio al fin solo una mota distante en la superficie blanca del camino.

Mecánicamente se levantó y procedió a volver a empacar la cesta del almuerzo, con cuidado y sin prisa. Mecánicamente regresó a casa, reunió algunas pequeñas necesidades y tesoros especiales que le gustaban, y los metió en una talega; actuando con lenta deliberación, moviéndose por la habitación como un sonámbulo; escuchando siempre con los labios entreabiertos. Se colgó la talega al hombro, seleccionó cuidadosamente un bastón robusto para su viaje, y sin prisa, pero sin vacilación alguna, cruzó el umbral justo cuando el Topo aparecía en la puerta.

— Vaya, ¿adónde vas, Ratita? — preguntó el Topo con gran sorpresa, agarrándolo del brazo.

— Voy al Sur, con el resto de ellos — murmuró la Rata en un monótono soñador, sin mirarlo—. ¡Primero hacia el mar y luego a bordo, y así a las costas que me llaman!

Avanzó resueltamente, todavía sin prisa, pero con una obstinada fijeza de propósito; pero el Topo, ahora completamente alarmado, se colocó frente a él, y al mirarle a los ojos vio que estaban vidriosos y fijos y de un gris veteado y cambiante... ¡no los ojos de su amigo, sino los ojos de algún otro animal! Agarrándolo con fuerza, lo arrastró adentro, lo tiró al suelo y lo sujetó.

La Rata luchó desesperadamente por unos momentos, y luego su fuerza pareció abandonarlo de repente, y yació quieta y exhausta, con los ojos cerrados, temblando. Al poco, el Topo lo ayudó a levantarse y lo colocó en una silla, donde se sentó desplomado y encogido en sí mismo, su cuerpo sacudido por un violento temblor, que pasó con el tiempo a un ataque histérico de sollozos secos. El Topo atrancó la puerta, arrojó la talega a un cajón y lo cerró con llave, y se sentó tranquilamente en la mesa junto a su amigo, esperando a que pasara el extraño ataque. Gradualmente, la Rata se sumió en un sueño agitado, interrumpido por sobresaltos y confusos murmullos de cosas extrañas, salvajes y ajenas al ignorante Topo; y de ahí pasó a un sueño profundo.

Muy ansioso, el Topo lo dejó por un tiempo y se ocupó de los asuntos domésticos; y estaba anocheciendo cuando regresó al salón y encontró a la Rata donde la había dejado, bien despierta, pero apática, silenciosa y abatida. Le echó un vistazo rápido a los ojos; los encontró, para su gran satisfacción, claros, oscuros y marrones de nuevo como antes; y luego se sentó e intentó animarlo y ayudarlo a relatar lo que le había sucedido.

El pobre Ratita hizo lo mejor que pudo, poco a poco, para explicar las cosas; pero, ¿cómo podía poner en frías palabras lo que en su mayoría había sido sugestión? ¿Cómo recordar, para beneficio de otro, las obsesionantes voces marinas que le habían cantado, cómo reproducir de segunda mano la magia de los cien recuerdos del Marino? Incluso para sí mismo, ahora que el hechizo se había roto y el glamour se había ido, le resultaba difícil explicar lo que, unas horas antes, parecía lo inevitable y lo único. No es de ex-

trañar, entonces, que no lograra transmitir al Topo una idea clara de lo que había pasado ese día.

Para el Topo, esto quedaba claro: el ataque, o crisis, había pasado, y lo había dejado cuerdo de nuevo, aunque sacudido y abatido por la reacción. Pero parecía haber perdido todo interés por el momento en las cosas que conformaban su vida diaria, así como en todos los agradables pronósticos de los días y quehaceres alterados que la estación cambiante seguramente traía.

Casualmente, entonces, y con aparente indiferencia, el Topo desvió su conversación hacia la cosecha que se estaba recogiendo, los imponentes carros y sus esforzados tiros, los crecientes almiarés y la gran luna que se alzaba sobre campos desnudos salpicados de gavillas. Habló de las manzanas enrojecidas a su alrededor, de las nueces que se doraban, de mermeladas y conservas y de la destilación de licores; hasta que por etapas fáciles como estas llegó a pleno invierno, sus alegrías cordiales y su acogedora vida hogareña, y entonces se volvió simplemente lírico.

Poco a poco, la Rata comenzó a incorporarse y a participar. Su ojo apagado se iluminó, y perdió parte de su aire de escucha.

Al poco, el discreto Topo se escabulló y regresó con un lápiz y unas cuantas medias hojas de papel, que colocó en la mesa junto al codo de su amigo.

—Hace bastante tiempo que no haces poesía —comentó—. Podrías intentarlo esta noche, en lugar de... bueno, de cavilar tanto sobre las cosas. Tengo la idea de que te sentirás mucho mejor cuando hayas apuntado algo, aunque solo sean las rimas.

La Rata apartó el papel de sí con cansancio, pero el discreto Topo aprovechó para salir de la habitación, y cuando volvió a asomarse un rato después, la Rata estaba absorta y sorda al mundo; alternativamente garabateando y chupando la punta de su lápiz. Es cierto que chupaba mucho más de lo que garabateaba; pero para el Topo fue una alegría saber que la cura, al menos, había comenzado.

X. LAS NUEVAS AVENTURAS DEL SAPO

La puerta principal del árbol hueco miraba hacia el este, por lo que el Sapo fue llamado a una hora temprana; en parte por la brillante luz del sol que entraba a raudales sobre él, en parte por el extremo frío de sus dedos de los pies, que le hizo soñar que estaba en casa en la cama en su hermosa habitación con la ventana Tudor, en una fría noche de invierno, y que su ropa de cama se había levantado, quejándose y protestando de que no podían soportar más el frío, y habían corrido escaleras abajo al fuego de la cocina para calentarse; y él las había seguido, descalzo, a lo largo de millas y millas de pasillos helados de losas de piedra, discutiendo y suplicándoles que fueran razonables. Probablemente se habría despertado mucho antes, si no hubiera dormido durante algunas semanas sobre paja encima de losas de piedra, y casi olvidado la sensación amistosa de gruesas mantas bien subidas hasta la barbilla.

Sentándose, se frotó primero los ojos y luego los quejumbrosos dedos de los pies, se preguntó por un momento dónde estaba, buscando con la mirada la familiar pared de piedra y la pequeña ventana enrejada; luego, con un salto en el corazón, lo recordó todo: su huida, su fuga, su persecución; recordó, lo primero y mejor de todo, ¡que era libre!

¡Libre! La palabra y el pensamiento por sí solos valían cincuenta mantas. Se sintió cálido de pies a cabeza al pensar en el alegre mundo exterior, esperando ansiosamente que hiciera su entrada triunfal, dispuesto a servirle y a seguirle el juego, ansioso por ayudarle y hacerle compañía, como siempre

había sido en los viejos tiempos antes de que la desgracia cayera sobre él. Se sacudió y se peinó las hojas secas del pelo con los dedos; y, completado su aseo, salió al comfortable sol de la mañana, frío pero confiado, hambriento pero esperanzado, todos los terrores nerviosos de ayer disipados por el descanso, el sueño y el sol franco y alentador.

Tenía el mundo entero para él solo, esa temprana mañana de verano. El bosque cubierto de rocío, mientras lo atravesaba, estaba solitario y silencioso: los verdes campos que sucedían a los árboles eran suyos para hacer lo que quisiera con ellos; el propio camino, cuando lo alcanzó, en esa soledad que estaba por todas partes, parecía, como un perro callejero, buscar ansiosamente compañía. El Sapo, sin embargo, buscaba algo que pudiera hablar y decirle claramente qué camino debía tomar. Está muy bien, cuando tienes el corazón ligero, la conciencia tranquila, dinero en el bolsillo y nadie recorriendo el país para arrastrarte de nuevo a la cárcel, seguir a donde el camino llama y señala, sin importar adónde. Al práctico Sapo le importaba mucho, y podría haber pateado al camino por su impotente silencio cuando cada minuto era de importancia para él.

Al reservado camino rústico pronto se le unió un tímido hermanito en forma de canal, que le tomó la mano y deambuló a su lado con total confianza, pero con la misma actitud muda e incommunicativa hacia los extraños. «¡Al diablo con ellos!», se dijo el Sapo. «Pero, de todos modos, una cosa está clara. Ambos deben venir de alguna parte e ir a alguna parte. Eso no se puede negar. ¡Sapo, muchacho!». Así que marchó pacientemente por la orilla del agua.

Al doblar un recodo del canal, apareció un caballo solitario caminando con paso cansino, inclinado hacia adelante como si estuviera sumido en profundos pensamientos. De las sirgas de cuerda unidas a su collar se extendía una larga línea, tensa, pero que se hundía con su paso, la parte más alejada goteando gotas perladas. El Sapo dejó pasar al caballo y se quedó esperando lo que el destino le enviara.

Con un agradable remolino de agua tranquila en su proa roma, la barcaza se deslizó junto a él, su borda alegremente pintada a nivel del camino de sirga, su único ocupante una mujer grande y robusta que llevaba un sombrero de lino para el sol, un brazo musculoso apoyado en el timón.

— ¡Bonita mañana, señora! — le comentó al Sapo, al llegar a su altura.

— ¡Me imagino que sí, señora! — respondió el Sapo cortésmente, mientras caminaba por el camino de sirga a su lado—. Me imagino que es una bonita mañana para los que no están en graves apuros, como yo. Aquí está mi hija casada, que me envía un correo urgente para que vaya a verla de inmediato; así que aquí vengo, sin saber qué puede estar pasando o va a pasar, pero temiendo lo peor, como comprenderá, señora, si usted también es madre. Y he dejado mi negocio a su suerte —estoy en el negocio de lavado y lavandería, debe saber, señora— y he dejado a mis hijos pequeños a su suerte, y no existe un grupo de diablillos más traviosos y problemáticos, señora; y he perdido todo mi dinero, y he perdido mi camino, y en cuanto a lo que le pueda estar pasando a mi hija casada, ¡pues no quiero ni pensarlo, señora!

— ¿Dónde podría estar viviendo su hija casada, señora? — preguntó la mujer de la barcaza.

— Vive cerca del río, señora — respondió el Sapo—. Cerca de una hermosa casa llamada Mansión Sapo, que está en algún lugar por aquí. Quizás haya oído hablar de ella.

— ¿Mansión Sapo? ¡Vaya, si yo misma voy por ese camino! — replicó la mujer de la barcaza—. Este canal se une al río unas millas más adelante, un poco más arriba de la Mansión Sapo; y luego es un paseo fácil. Venga en la barcaza conmigo, y le llevaré.

Dirigió la barcaza cerca de la orilla, y el Sapo, con muchos humildes y agradecidos reconocimientos, subió ligeramente a bordo y se sentó con gran satisfacción. «¡La suerte del Sapo de nuevo!», pensó. «¡Siempre salgo ganando!».

— ¿Así que está usted en el negocio de la lavandería, señora? — dijo la mujer de la barcaza cortésmente, mientras se deslizaban—. Y un muy buen negocio que tiene, me atrevería a decir, si no me tomo demasiadas libertades al decirlo.

— El mejor negocio de todo el país — dijo el Sapo con aire despreocupado—. Toda la alta sociedad viene a mí... no irían a ningún otro aunque les pagaran, me conocen tan bien. Verá, entiendo mi trabajo a la perfección y me encargo de todo yo misma. Lavado, planchado, almidonado,

preparación de camisas finas de caballero para la noche... ¡todo se hace bajo mi propia supervisión!

—Pero, seguramente usted no hace todo ese trabajo sola, ¿señora? —preguntó la mujer de la barcaza respetuosamente.

—Oh, tengo chicas —dijo el Sapo a la ligera—: unas veinte chicas más o menos, siempre trabajando. ¡Pero ya sabe cómo son las chicas, señora! ¡Zorritas desagradables, así las llamo yo!

—Yo también —dijo la mujer de la barcaza con gran efusividad—. ¡Pero me atrevo a decir que usted las pone en su sitio, a esas holgazanas! ¿Y le gusta mucho lavar?

—Me encanta —dijo el Sapo—. Simplemente me enloquece. Nunca estoy tan feliz como cuando tengo ambos brazos en la tina de lavar. ¡Pero, claro, me resulta tan fácil! ¡Ningún problema en absoluto! ¡Un verdadero placer, se lo aseguro, señora!

—¡Qué suerte encontrarla! —observó la mujer de la barcaza, pensativa—. ¡Un verdadero golpe de fortuna para ambas!

—Vaya, ¿qué quiere decir? —preguntó el Sapo, nervioso.

—Bueno, míreme a mí, ahora —replicó la mujer de la barcaza—. A mí también me gusta lavar, igual que a usted; y, por cierto, me guste o no, tengo que hacer toda mi colada yo misma, naturalmente, moviéndome como lo hago. Ahora mi marido, es tan vago para el trabajo y para dejarme la barcaza a mí, que nunca tengo un momento para ocuparme de mis propios asuntos. Por derecho debería estar aquí ahora, ya sea gobernando o atendiendo al caballo, aunque por suerte el caballo tiene suficiente sentido común para atenderse a sí mismo. En lugar de eso, se ha ido con el perro, a ver si pueden cazar un conejo para la cena en algún sitio. Dice que me alcanzará en la próxima esclusa. Bueno, eso ya se verá, no confío en él una vez que se va con ese perro, que es peor que él. Pero mientras tanto, ¿cómo voy a avanzar con mi colada?

—Oh, no se preocupe por la colada —dijo el Sapo, sin gustarle el tema—. Intente concentrarse en ese conejo. Un conejo joven, gordo y bonito, seguro. ¿Tiene cebollas?

—No puedo concentrarme en nada más que en mi colada —dijo la mujer de la barcaza—, y me extraña que usted pueda hablar de conejos, con una perspectiva tan alegre ante usted. Hay un montón de cosas más que encontrará en un rincón de la cabina. Si tan solo toma una o dos de las más necesarias —no me atreveré a describírselas a una dama como usted, pero las reconocerá de un vistazo— y las pasa por la tina mientras avanzamos, pues será un placer para usted, como bien dice, y una verdadera ayuda para mí. Encontrará una tina a mano, y jabón, y una tetera en la estufa, y un cubo para sacar agua del canal. Así sabré que se está divirtiendo, en lugar de estar aquí sentada sin hacer nada, mirando el paisaje y bostezando hasta desencajarse la mandíbula.

—¡Oiga, déjeme gobernar a mí! —dijo el Sapo, ahora completamente asustado—, y así usted podrá seguir con su colada a su manera. Podría estropearle las cosas, o no hacerlas como a usted le gusta. Estoy más acostumbrada a las cosas de caballero. Es mi especialidad.

—¿Dejarte gobernar? —replicó la mujer de la barcaza, riendo—. Se necesita algo de práctica para gobernar una barcaza correctamente. Además, es un trabajo aburrido, y quiero que seas feliz. No, tú harás la colada que tanto te gusta, y yo me quedaré con el gobierno que entiendo. ¡No intentes privarme del placer de darte un gusto!

El Sapo estaba completamente acorralado. Buscó una escapatoria por aquí y por allá, vio que estaba demasiado lejos de la orilla para un salto en carrera, y se resignó hoscamente a su destino. «Si a eso vamos», pensó desesperado, «¡supongo que cualquier tonto puede lavar!».

Trajo la tina, el jabón y otros enseres de la cabina, seleccionó algunas prendas al azar, intentó recordar lo que había visto en vistazos casuales a través de las ventanas de las lavanderías, y se puso a ello.

Pasó una larga media hora, y cada minuto de ella vio al Sapo ponerse más y más enfadado. Nada de lo que podía hacerles a las cosas parecía complacerlas o hacerles bien. Intentó engatusarlas, intentó darles palmadas, intentó darles puñetazos; le sonreían desde la tina sin convertirse, felices en su pecado original. Una o dos veces miró nerviosamente por encima del hombro a la mujer de la barcaza, pero ella parecía estar mirando al frente, absorta en su gobierno. Le dolía mucho la espalda, y notó con consternación que sus patas comenzaban a arrugarse. Ahora bien, el Sapo estaba

muy orgulloso de sus patas. Murmuró por lo bajo palabras que nunca deberían salir de los labios ni de lavanderas ni de Sapos; y perdió el jabón, por quincuagésima vez.

Una carcajada lo hizo enderezarse y mirar a su alrededor. La mujer de la barcaza estaba reclinada y riendo sin control, hasta que las lágrimas le corrían por las mejillas.

— Te he estado observando todo el tiempo — dijo entrecortadamente —. Pensé que debías ser un farsante desde el principio, por la forma tan engreída en que hablabas. ¡Bonita lavandera estás hecha! ¡En tu vida has lavado ni un trapo de cocina, te lo aseguro!

El genio del Sapo, que había estado hirviendo a fuego lento durante algún tiempo, ahora se desbordó por completo, y perdió todo el control de sí mismo.

— ¡Usted, mujer de barcaza común, baja y gorda! — gritó —; ¡no se atreva a hablarle así a sus superiores! ¡Lavandera, dice! ¡Quisiera que supiera que soy un Sapo, un Sapo muy conocido, respetado y distinguido! Puede que esté bajo una pequeña nube en este momento, ¡pero no seré objeto de burla de una mujer de barcaza!

La mujer se acercó a él y le miró bajo el gorro con atención y de cerca. — ¡Vaya, pues sí que lo eres! — exclamó —. ¡Nunca tal vi! ¡Un Sapo horrible, asqueroso y rastrero! ¡Y en mi barcaza limpia, además! Ahora bien, eso es algo que no toleraré.

Soltó el timón por un momento. Un gran brazo moteado se disparó y atrapó al Sapo por una pata delantera, mientras que el otro lo agarró firmemente por una pata trasera. Entonces el mundo se puso repentinamente patas arriba, la barcaza pareció volar ligeramente por el cielo, el viento silbó en sus oídos, y el Sapo se encontró volando por el aire, girando rápidamente mientras avanzaba.

El agua, cuando finalmente la alcanzó con un fuerte chapoteo, resultó ser lo suficientemente fría para su gusto, aunque su frío no fue suficiente para sofocar su orgulloso espíritu, ni para aplacar el ardor de su furioso genio. Subió a la superficie farfullando, y cuando se quitó la lenteja de agua de los ojos, lo primero que vio fue a la gorda mujer de la barcaza mirándolo por

encima de la popa de la barcaza en retirada y riendo; y juró, mientras tosía y se ahogaba, vengarse de ella.

Se lanzó a nadar hacia la orilla, pero el vestido de algodón dificultaba enormemente sus esfuerzos, y cuando al fin tocó tierra le resultó difícil subir por la empinada orilla sin ayuda. Tuvo que descansar uno o dos minutos para recuperar el aliento; luego, recogiendo bien sus faldas mojadas sobre los brazos, comenzó a correr tras la barcaza tan rápido como sus piernas se lo permitían, loco de indignación, sediento de venganza.

La mujer de la barcaza todavía se reía cuando él se puso a su altura. — ¡Pásate por tu propia calandria, lavandera — le gritó—, y pláñchate la cara y rízatela, y pasarás por un Sapo bastante decente!

El Sapo no se detuvo a responder. Una venganza sólida era lo que quería, no triunfos verbales baratos y vacíos, aunque tenía una o dos cosas en mente que le hubiera gustado decir. Vio lo que quería delante de él. Corriendo velozmente, alcanzó al caballo, desató la sirga y la soltó, saltó ágilmente al lomo del caballo y lo incitó al galope pateándolo vigorosamente en los costados. Se dirigió a campo abierto, abandonando el camino de sirga, y guió a su corcel por un camino lleno de baches. Una vez miró hacia atrás y vio que la barcaza había encallado en el otro lado del canal, y la mujer de la barcaza gesticulaba salvajemente y gritaba: «¡Alto, alto, alto!». «Esa canción ya la he oído antes», dijo el Sapo, riendo, mientras continuaba espoleando a su corcel en su salvaje carrera.

El caballo de la barcaza no era capaz de un esfuerzo muy sostenido, y su galope pronto se redujo a un trote, y su trote a un paso fácil; pero el Sapo estaba bastante contento con esto, sabiendo que él, al menos, se estaba moviendo, y la barcaza no. Había recuperado por completo su buen humor, ahora que había hecho algo que consideraba realmente inteligente; y estaba satisfecho de trotar tranquilamente bajo el sol, guiando a su caballo por caminos secundarios y veredas, e intentando olvidar cuánto tiempo había pasado desde que había tenido una comida en condiciones, hasta que el canal quedó muy atrás.

Había viajado algunas millas, su caballo y él, y se sentía somnoliento bajo el sol caliente, cuando el caballo se detuvo, bajó la cabeza y comenzó a mordisquear la hierba; y el Sapo, despertándose, se salvó de caer por los pelos. Miró a su alrededor y descubrió que estaba en un amplio terreno comu-

nal, salpicado de manchas de tojo y zarza hasta donde alcanzaba la vista. Cerca de él había una sucia caravana de gitanos, y a su lado un hombre estaba sentado en un cubo vuelto del revés, muy ocupado fumando y mirando al ancho mundo. Un fuego de leña ardía cerca, y sobre el fuego colgaba una olla de hierro, y de esa olla salían borboteos y gorgoteos, y un vago vapor sugerente. También olores —cálidos, ricos y variados— que se entrelazaban, se retorcían y se enroscaban hasta formar un olor completo, voluptuoso y perfecto que parecía el alma misma de la Naturaleza tomando forma y apareciendo ante sus hijos, una verdadera Diosa, una madre de consuelo y confort. El Sapo supo entonces que antes no había tenido verdadera hambre. Lo que había sentido más temprano ese día había sido una mera e insignificante punzada. Esto era lo de verdad, por fin, y sin lugar a dudas; y habría que lidiar con ello rápidamente, o habría problemas para alguien o algo. Miró al gitano con atención, preguntándose vagamente si sería más fácil luchar con él o engatusarlo. Así que allí se sentó, y olfateó y olfateó, y miró al gitano; y el gitano se sentó y fumó, y lo miró a él.

Al poco, el gitano se sacó la pipa de la boca y comentó con despreocupación: —¿Quieres vender ese caballo tuyo?

El Sapo se quedó completamente desconcertado. No sabía que los gitanos eran muy aficionados al trato de caballos y nunca perdían una oportunidad, y no había reflexionado que las caravanas siempre estaban en movimiento y requerían mucho esfuerzo para ser arrastradas. No se le había ocurrido convertir el caballo en dinero, pero la sugerencia del gitano pareció allanar el camino hacia las dos cosas que tanto deseaba: dinero en efectivo y un desayuno sólido.

—¿Qué? —dijo—, ¿yo vender este hermoso y joven caballo mío? Oh, no; está fuera de toda duda. ¿Quién va a llevar la colada a mis clientes cada semana? Además, le tengo demasiado cariño, y él simplemente me adora.

—Prueba a querer a un burro —sugirió el gitano—. Algunas personas lo hacen.

—Parece que no ves —continuó el Sapo— que este fino caballo mío está muy por encima de ti. Es un pura sangre, en parte; no la parte que ves, por supuesto, otra parte. Y también ha sido un caballo de concurso, en su tiempo, eso fue antes de que lo conocieras, pero todavía se le nota a simple vista, si entiendes algo de caballos. No, ni pensarlo por un momento. De to-

dos modos, ¿cuánto estarías dispuesto a ofrecerme por este hermoso y joven caballo mío?

El gitano examinó al caballo, y luego examinó al Sapo con igual cuidado, y volvió a mirar al caballo. —Un chelín por pata —dijo brevemente, y se dio la vuelta, continuando fumando e intentando desafiar al ancho mundo con la mirada.

—¿Un chelín por pata? —exclamó el Sapo—. Si me permite, debo tomarme un poco de tiempo para calcular eso, y ver exactamente a cuánto asciende.

Se bajó del caballo y lo dejó pastar, y se sentó junto al gitano, e hizo cuentas con los dedos, y al fin dijo: —¿Un chelín por pata? Vaya, eso suma exactamente cuatro chelines, y nada más. Oh, no; no podría ni pensar en aceptar cuatro chelines por este hermoso y joven caballo mío.

—Bueno —dijo el gitano—, te diré lo que haré. Lo subiré a cinco chelines, y eso son tres chelines y seis peniques más de lo que vale el animal. Y esa es mi última palabra.

Entonces el Sapo se sentó y reflexionó larga y profundamente. Porque estaba hambriento y sin un céntimo, y todavía a cierta distancia —no sabía cuánta— de casa, y los enemigos aún podrían estar buscándolo. Para alguien en tal situación, cinco chelines pueden parecer una gran suma de dinero. Por otro lado, no parecía mucho por un caballo. Pero, de nuevo, el caballo no le había costado nada; así que lo que obtuviera era todo ganancia neta. Al fin dijo con firmeza: —¡Escucha, gitano! Te diré lo que haremos; y esta es mi última palabra. Me entregarás seis chelines y seis peniques, en efectivo; y además, adicionalmente, me darás todo el desayuno que pueda comer, de una sola sentada por supuesto, de esa olla de hierro tuya que no deja de emanar olores tan deliciosos y excitantes. A cambio, te cederé mi brioso y joven caballo, con todos los hermosos arneses y adornos que lleva, incluidos de regalo. Si eso no es suficiente para ti, dilo, y me pondré en camino. Conozco a un hombre cerca de aquí que ha querido este caballo mío durante años.

El gitano refunfuñó terriblemente, y declaró que si hacía unos cuantos tratos más de ese tipo se arruinaría. Pero al final sacó una sucia bolsa de lona de las profundidades del bolsillo de su pantalón, y contó seis chelines y

seis peniques en la pata del Sapo. Luego desapareció en la caravana por un instante, y regresó con un gran plato de hierro y un cuchillo, tenedor y cuchara. Incluyó la olla, y un glorioso torrente de estofado caliente y rico gorgoteó en el plato. Era, en verdad, el estofado más hermoso del mundo, hecho de perdices, y faisanes, y pollos, y liebres, y conejos, y pavos reales, y pintadas, y una o dos cosas más. El Sapo tomó el plato en su regazo, casi llorando, y se atiborró, y se atiborró, y se atiborró, y siguió pidiendo más, y el gitano nunca se lo regateó. Pensó que nunca en su vida había comido un desayuno tan bueno.

Cuando el Sapo hubo ingerido todo el estofado que creyó poder contener, se levantó y se despidió del gitano, y se despidió afectuosamente del caballo; y el gitano, que conocía bien la ribera del río, le dio indicaciones sobre qué camino tomar, y partió de nuevo en sus viajes con el mejor de los ánimos. Era, en verdad, un Sapo muy diferente al animal de una hora antes. El sol brillaba intensamente, su ropa mojada estaba completamente seca de nuevo, tenía dinero en el bolsillo una vez más, se acercaba a su hogar, a sus amigos y a la seguridad, y, lo más y mejor de todo, había tenido una comida sustanciosa, caliente y nutritiva, y se sentía grande, fuerte, despreocupado y seguro de sí mismo.

Mientras caminaba alegremente, pensaba en sus aventuras y escapadas, y en cómo cuando las cosas parecían estar peor siempre había logrado encontrar una salida; y su orgullo y vanidad comenzaron a hincharse dentro de él. «¡Jo, jo!» se dijo a sí mismo mientras marchaba con la barbilla en alto, «¡qué Sapo tan listo soy! ¡Seguramente no hay animal igual a mí en inteligencia en todo el mundo! Mis enemigos me encierran en prisión, rodeado de centinelas, vigilado día y noche por guardianes; yo salgo de entre todos ellos, por pura habilidad unida al coraje. Me persiguen con locomotoras, y policías, y revólveres; yo les hago un gesto de burla y desaparezco, riendo, en el espacio. Soy, desafortunadamente, arrojado a un canal por una mujer de cuerpo gordo y mente muy malvada. ¿Y qué? ¡Nado hasta la orilla, cojo su caballo, me alejo en triunfo, y vendo el caballo por un bolsillo lleno de dinero y un excelente desayuno! ¡Jo, jo! ¡Soy El Sapo, el Sapo guapo, popular y exitoso!». Se hinchó tanto de vanidad que compuso una canción mientras caminaba en alabanza a sí mismo, y la cantó a voz en grito, aunque no había nadie para oírla más que él. Fue quizás la canción más engreída que cualquier animal haya compuesto jamás.

«El mundo ha tenido grandes Héroes,
Como los libros de historia han mostrado;
Pero ningún nombre pasará a la fama
Comparado con el del Sapo!
»Los hombres listos de Oxford
Sabén todo lo que hay que saber.
Pero ninguno de ellos sabe ni la mitad
¡Que el inteligente Señor Sapo!
»Los animales en el Arca lloraban,
Sus lágrimas a torrentes fluían.
¿Quién fue el que dijo: "¡Tierra a la vista!"?
¡El alentador Señor Sapo!
»Todo el ejército saludó
Mientras marchaban por el camino.
¿Era el Rey? ¿O Kitchener?
No. Era el Señor Sapo.
»La Reina y sus Damas de Honor
En la ventana cosían y cosían.
Ella gritó: "¡Mirad! ¿quién es ese hombre apuesto?"
Respondieron: "El Señor Sapo"».

Había mucho más del mismo estilo, pero demasiado terriblemente en-
greído para ser escrito. Estos son algunos de los versos más suaves.

Cantaba mientras caminaba, y caminaba mientras cantaba, y se inflaba
más cada minuto. Pero su orgullo pronto sufriría una severa caída.

Después de algunas millas de caminos rurales, llegó a la carretera princi-
pal, y al entrar en ella y mirar a lo largo de su blanca extensión, vio acer-
carse una mota que se convirtió en un punto y luego en una mancha, y

luego en algo muy familiar; y una doble nota de advertencia, demasiado conocida, llegó a su oído encantado.

—¡Esto sí que es vida! —dijo el excitado Sapo—. ¡Esto es la vida real de nuevo, este es una vez más el gran mundo del que tanto tiempo me han echado de menos! Los saludaré, mis hermanos de la rueda, y les contaré una historia, del tipo que tanto éxito ha tenido hasta ahora; y me llevarán, por supuesto, y entonces les hablaré un poco más; y, quizás, con suerte, ¡incluso puede terminar conmigo llegando a la Mansión Sapo en un automóvil! ¡Eso será un golpe bajo para el Tejón!

Salió confiadamente a la carretera para saludar al automóvil, que se acercaba a un ritmo fácil, disminuyendo la velocidad al acercarse al camino; cuando de repente se puso muy pálido, el corazón se le convirtió en agua, las rodillas le temblaron y cedieron bajo él, y se dobló y se desplomó con un dolor nauseabundo en su interior. ¡Y con razón, el infeliz animal; pues el coche que se acercaba era el mismo que había robado del patio del Hotel El León Rojo en aquel fatal día en que comenzaron todos sus problemas! ¡Y la gente que iba en él era la misma gente que había visto almorzando en la cafetería!

Se hundió en un montón andrajoso y miserable en el camino, murmurando para sí en su desesperación: —¡Se acabó! ¡Todo ha terminado! ¡Cadenas y policías de nuevo! ¡Prisión de nuevo! ¡Pan seco y agua de nuevo! ¡Oh, qué tonto he sido! ¿Para qué quería ir pavoneándome por el campo, cantando canciones engreídas y saludando a la gente a plena luz del día en la carretera, en lugar de esconderme hasta el anochecer y deslizarme a casa sigilosamente por caminos secundarios? ¡Oh, desdichado Sapo! ¡Oh, animal de mal agüero!

El terrible automóvil se acercaba lentamente cada vez más, hasta que al fin lo oyó detenerse justo delante de él. Dos caballeros se bajaron y rodearon el tembloroso montón de miseria arrugada que yacía en el camino, y uno de ellos dijo: —¡Oh, cielos! ¡Esto es muy triste! ¡Aquí hay una pobre anciana —una lavandera aparentemente— que se ha desmayado en el camino! Quizás esté abrumada por el calor, pobrecilla; o posiblemente no haya comido nada hoy. Subámosla al coche y llevémosla al pueblo más cercano, donde sin duda tiene amigos.

Levantaron tiernamente al Sapo, lo subieron al automóvil, lo apoyaron con blandos cojines y prosiguieron su camino.

Cuando el Sapo los oyó hablar de una manera tan amable y comprensiva, y supo que no lo habían reconocido, su valor comenzó a revivir, y cautelosamente abrió primero un ojo y luego el otro.

— ¡Mira! — dijo uno de los caballeros —, ya está mejor. El aire fresco le está haciendo bien. ¿Cómo se siente ahora, señora?

— Gracias, amablemente, señor — dijo el Sapo con voz débil —, ¡me siento mucho mejor! — ¡Así me gusta! — dijo el caballero —. Ahora quédese quieta, y, sobre todo, no intente hablar.

— No lo haré — dijo el Sapo —. Solo estaba pensando, si pudiera sentarme en el asiento delantero, al lado del conductor, donde pudiera recibir el aire fresco de lleno en la cara, pronto estaría bien de nuevo.

— ¡Qué mujer tan sensata! — dijo el caballero —. Por supuesto que podrá. — Así que ayudaron cuidadosamente al Sapo a sentarse en el asiento delantero junto al conductor, y siguieron adelante.

El Sapo ya casi había vuelto en sí. Se incorporó, miró a su alrededor e intentó reprimir los temblores, los anhelos, los viejos antojos que surgían, lo asediaban y se apoderaban de él por completo.

— ¡Es el destino! — se dijo a sí mismo —. ¿Para qué esforzarse? ¿Para qué luchar? — y se volvió hacia el conductor a su lado.

— Por favor, señor — dijo —, me gustaría que amablemente me dejara intentar conducir el coche un poquito. Lo he estado observando con atención, y parece tan fácil y tan interesante, ¡y me gustaría poder decirles a mis amigos que una vez conduje un automóvil!

El conductor se rio de la propuesta, tan cordialmente que el caballero preguntó qué pasaba. Cuando lo supo, dijo, para deleite del Sapo: — ¡Bravo, señora! Me gusta su espíritu. Deje que lo intente, y cuide de ella. No hará ningún daño.

El Sapo trepó ansiosamente al asiento desocupado por el conductor, tomó el volante en sus manos, escuchó con afectada humildad las instrucciones que le dieron, y puso el coche en movimiento, pero muy lenta y cuidadosamente al principio, pues estaba decidido a ser prudente.

Los caballeros de atrás aplaudieron y vitorearon, y el Sapo los oyó decir: — ¡Qué bien lo hace! ¡Imaginar a una lavandera conduciendo un coche así de bien, la primera vez!

El Sapo fue un poco más rápido; luego más rápido aún, y más rápido.

Oyó a los caballeros gritarle como advertencia: — ¡Cuidado, lavandera! — Y esto lo molestó, y comenzó a perder la cabeza.

El conductor intentó interferir, pero él lo inmovilizó en su asiento con un codo y puso la máxima velocidad. La ráfaga de aire en su rostro, el zumbido de los motores y el ligero salto del coche bajo él embriagaron su débil cerebro. — ¡Lavandera, dice! — gritó temerariamente—. ¡Jo, jo! ¡Soy el Sapo, el ladrón de automóviles, el fugitivo de la prisión, el Sapo que siempre escapa! ¡Sentaos quietos, y sabréis lo que es conducir de verdad, porque estáis en manos del famoso, el hábil, el completamente intrépido Sapo!

Con un grito de horror, todo el grupo se levantó y se arrojó sobre él. — ¡Atrapadlo! — gritaron —, ¡atrapad al Sapo, el animal malvado que robó nuestro automóvil! ¡Atadlo, encadenadlo, arrastradlo a la comisaría más cercana! ¡Abajo con el desesperado y peligroso Sapo!

¡Ay! Deberían haber pensado, deberían haber sido más prudentes, deberían haber recordado detener el automóvil de alguna manera antes de hacer bromas de ese tipo. Con medio giro del volante, el Sapo estrelló el coche contra el bajo seto que corría a lo largo de la carretera. Un salto poderoso, un choque violento, y las ruedas del coche estaban batiendo el espeso barro de una charca para caballos.

El Sapo se encontró volando por el aire con el fuerte impulso ascendente y la delicada curva de una golondrina. Le gustó el movimiento, y justo empezaba a preguntarse si continuaría hasta que le crecieran alas y se convirtiera en un Sapo-pájaro, cuando aterrizó de espaldas con un golpe, en la suave y rica hierba de un prado. Sentándose, apenas pudo ver el automóvil en la charca, casi sumergido; los caballeros y el conductor, entorpecidos por sus largos abrigos, se debatían impotentes en el agua.

Se levantó rápidamente y se puso a correr a campo traviesa tan rápido como pudo, trepando por setos, saltando zanjas, galopando por campos, hasta que quedó sin aliento y cansado, y tuvo que reducir la marcha a un

paso fácil. Cuando recuperó un poco el aliento y pudo pensar con calma, comenzó a reírse tontamente, y de la risa tonta pasó a la carcajada, y rió hasta que tuvo que sentarse bajo un seto. «¡Jo, jo!», gritó, en éxtasis de autoadmiración, «¡el Sapo de nuevo! ¡El Sapo, como de costumbre, sale ganando! ¿Quién los convenció para que lo llevaran? ¿Quién se las arregló para sentarse en el asiento delantero por el aire fresco? ¿Quién los persuadió para que le dejaran ver si podía conducir? ¿Quién los aterrizó a todos en una charca para caballos? ¿Quién escapó, volando alegre e ileso por el aire, dejando a los excursionistas de mente estrecha, tacaños y tímidos en el barro donde deberían estar? ¡Pues el Sapo, por supuesto; el Sapo listo, el gran Sapo, el buen Sapo!».

Luego estalló en una canción de nuevo, y cantó con voz en alto:

«El coche hizo Pu-pu-pú,

Mientras corría por el camino.

¿Quién fue el que lo guio a un estanque?

¡El ingenioso Señor Sapo!

¡Oh, qué listo soy! Qué listo, qué listo, qué muy lis...»

Un ligero ruido a lo lejos detrás de él le hizo girar la cabeza y mirar. ¡Oh, horror! ¡Oh, miseria! ¡Oh, desesperación!

A unos dos campos de distancia, un chófer con sus polainas de cuero y dos grandes policías rurales eran visibles, ¡corriendo hacia él tan rápido como podían!

El pobre Sapo se puso en pie de un salto y echó a correr de nuevo, con el corazón en un puño. «¡Oh, cielos!», jadeó, mientras avanzaba a duras penas, «¡qué asno soy! ¡Qué asno engreído y descuidado! ¡Pavoneándome de nuevo! ¡Gritando y cantando canciones de nuevo! ¡Sentado quieto y fanfarroneando de nuevo! ¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos!».

Miró hacia atrás y vio con consternación que le estaban ganando terreno. Corrió desesperadamente, pero siguió mirando hacia atrás, y vio que seguían ganando terreno de forma constante. Hizo lo que pudo, pero era un animal gordo, y sus piernas eran cortas, y aun así ganaban terreno. Podía oírlos justo detrás de él ahora. Dejando de prestar atención a dónde iba, luchó a ciegas y salvajemente, mirando por encima del hombro al ahora tri-

unfante enemigo, cuando de repente la tierra falló bajo sus pies, se agarró al aire y, ¡zas!, se encontró de cabeza en aguas profundas, aguas rápidas, aguas que lo arrastraban con una fuerza con la que no podía competir; ¡y supo que en su pánico ciego había corrido directamente al río!

Subió a la superficie e intentó agarrarse a las cañas y los juncos que crecían a lo largo de la orilla del agua, justo debajo de la ribera, pero la corriente era tan fuerte que se los arrancó de las manos. «¡Oh, cielos!», jadeó el pobre Sapo, «¡si vuelvo a robar un automóvil! ¡Si vuelvo a cantar otra canción engreída...!»; entonces se hundió y salió sin aliento y farfullando. Al poco vio que se acercaba a un gran agujero oscuro en la orilla, justo por encima de su cabeza, y mientras la corriente lo arrastraba, extendió una pata, se agarró al borde y se sujetó. Luego, lenta y trabajosamente, se sacó del agua, hasta que al fin pudo apoyar los codos en el borde del agujero. Allí permaneció unos minutos, resoplando y jadeando, pues estaba completamente agotado.

Mientras suspiraba, soplaba y miraba fijamente al oscuro agujero, algo pequeño y brillante brilló y centelleó en sus profundidades, moviéndose hacia él. A medida que se acercaba, una cara creció gradualmente a su alrededor, ¡y era una cara familiar!

Morena y pequeña, con bigotes.

Seria y redonda, con orejas pulcras y pelo sedoso.

¡Era la Rata de Agua!

XI. «COMO TEMPESTADES DE VERANO LLEGARON SUS LÁGRIMAS»

La Rata extendió una pulcra y pequeña pata marrón, agarró firmemente al Sapo por el pescuezo, y dio un gran tirón e impulso; y el empapado Sapo subió lenta pero seguramente por el borde del agujero, hasta que al fin estuvo sano y salvo en el vestíbulo, cubierto de barro y algas, ciertamente, y con el agua chorreando de él, pero feliz y animado como antaño, ahora que se encontraba una vez más en la casa de un amigo, y que las evasivas y subterfugios habían terminado, y podía dejar de lado un disfraz que era indigno de su posición y que requería tanto esfuerzo mantener.

— ¡Oh, Ratita! — exclamó — . ¡He pasado por tales trances desde la última vez que te vi, no te lo puedes imaginar! ¡Tales pruebas, tales sufrimientos, y todo tan noblemente soportado! ¡Luego tales huidas, tales disfraces, tales subterfugios, y todo tan hábilmente planeado y llevado a cabo! He estado en la cárcel... ¡salí de ella, por supuesto! ¡Me han arrojado a un canal... nadé hasta la orilla! ¡Robé un caballo... lo vendí por una gran suma de dinero! ¡Engañé a todo el mundo... hice que todos hicieran exactamente lo que yo quería! ¡Oh, soy un Sapo listo, y no hay duda! ¿Qué crees que fue mi última hazaña? Espera a que te cuente...

— Sapo — dijo la Rata de Agua, grave y firmemente — , sube ahora mismo, y quítate ese viejo trapo de algodón que parece haber pertenecido antiguamente a alguna lavandera, y límpiame a fondo, y ponte algo de mi ropa,

e intenta bajar pareciendo un caballero si puedes; ¡porque un objeto más andrajoso, desaliñado y de aspecto tan poco respetable como tú no he visto en toda mi vida! ¡Ahora, deja de fanfarronear y discutir, y lárgate! ¡Ya tendré algo que decirte más tarde!

El Sapo al principio se sintió inclinado a detenerse y replicarle. Ya había tenido suficiente de que le dieran órdenes cuando estaba en prisión, y aquí la cosa comenzaba de nuevo, aparentemente; ¡y por una Rata, además! Sin embargo, se vio en el espejo sobre el paragüero, con el gorro negro oxidado posado con aire desenfadado sobre un ojo, y cambió de opinión y subió muy rápida y humildemente al vestidor de la Rata. Allí se lavó y cepilló a fondo, se cambió de ropa y se quedó un buen rato ante el espejo, contemplándose con orgullo y placer, y pensando en qué idiotas redomados debían de haber sido todos para haberlo confundido por un momento con una lavandera.

Para cuando bajó de nuevo, el almuerzo estaba en la mesa, y el Sapo se alegró mucho de verlo, pues había pasado por algunas experiencias difíciles y había hecho mucho ejercicio desde el excelente desayuno que le había proporcionado el gitano. Mientras comían, el Sapo le contó a la Rata todas sus aventuras, deteniéndose principalmente en su propia astucia y presencia de ánimo en emergencias, y su maña en situaciones apuradas; y más bien dando a entender que había tenido una experiencia alegre y muy intensa. Pero cuanto más hablaba y se jactaba, más seria y silenciosa se volvía la Rata.

Cuando por fin el Sapo se quedó sin palabras, hubo un silencio por un rato; y entonces la Rata dijo: — Ahora, Sapito, no quiero hacerte daño, después de todo lo que ya has pasado; pero, en serio, ¿no ves el tremendo ridículo que has estado haciendo? Por tu propia admisión has sido esposado, encarcelado, muerto de hambre, perseguido, aterrorizado, insultado, ridiculizado e ignominiosamente arrojado al agua... ¡por una mujer, además! ¿Dónde está la diversión en eso? ¿Dónde está la gracia? Y todo porque tenías que ir y robar un automóvil. Sabes que nunca has tenido más que problemas con los automóviles desde el momento en que pusiste los ojos en uno. Pero si te vas a mezclar con ellos — como generalmente haces, cinco minutos después de haber empezado — ¿por qué robarlos? Sé un tullido, si crees que es emocionante; sé un quebrado, para variar, si te lo has propuesto: pero ¿por qué elegir ser un convicto? ¿Cuándo vas a ser sensato, y a

pensar en tus amigos, e intentar ser un orgullo para ellos? ¿Supones que es un placer para mí, por ejemplo, oír a los animales decir, mientras voy por ahí, que soy el tipo que se junta con pájaros de cuenta?

Ahora bien, un punto muy reconfortante en el carácter del Sapo era que era un animal de muy buen corazón y nunca le importaba que le sermonearan aquellos que eran sus verdaderos amigos. E incluso cuando estaba más empeñado en algo, siempre era capaz de ver el otro lado de la cuestión. Así que, aunque mientras la Rata hablaba tan seriamente, él seguía diciéndose a sí mismo amotinadamente: «¡Pero fue divertido, sin embargo! ¡Terriblemente divertido!» y haciendo extraños ruidos reprimidos en su interior, k-ick-ck-ck, y pu-p-p, y otros sonidos que se asemejaban a bufidos ahogados, o a la apertura de botellas de gaseosa, sin embargo, cuando la Rata hubo terminado por completo, suspiró profundamente y dijo, muy amable y humildemente: — ¡Totalmente cierto, Ratita! ¡Qué sensato eres siempre! Sí, he sido un viejo asno engreído, lo veo perfectamente; pero ahora voy a ser un buen Sapo, y no lo haré más. En cuanto a los automóviles, no me han interesado tanto desde mi último chapuzón en ese río tuyo. El hecho es que, mientras estaba colgado del borde de tu agujero recuperando el aliento, tuve una idea repentina — una idea realmente brillante — relacionada con las lanchas motoras... ¡venga, venga! no te pongas así, viejo amigo, y no patalees, ni vuelques las cosas; era solo una idea, y no hablaremos más de ello ahora. Tomaremos nuestro café, y un cigarro, y una charla tranquila, y luego voy a dar un paseo tranquilamente hasta la Mansión Sapo, y a ponerme ropa mía, y a poner las cosas en marcha de nuevo como antes. He tenido suficientes aventuras. Llevaré una vida tranquila, estable y respetable, entreteniéndome en mi propiedad, y mejorándola, y haciendo un poco de jardinería paisajística de vez en cuando. Siempre habrá un poco de cena para mis amigos cuando vengan a verme; y tendré un calesín para pasear por el campo, como solía hacer en los buenos viejos tiempos, antes de volverme inquieto y querer hacer cosas.

— ¿Dar un paseo tranquilamente hasta la Mansión Sapo? — exclamó la Rata, muy excitada—. ¿De qué estás hablando? ¿Quieres decir que no te has enterado?

— ¿Enterado de qué? — dijo el Sapo, poniéndose bastante pálido—. ¡Sigue, Ratita! ¡Rápido! ¡No me tengas en ascuas! ¿De qué no me he enterado?

—¿Me quieres decir —gritó la Rata, golpeando con su pequeño puño la mesa— que no has oído nada sobre los armiños y las comadreas?

—¿Cómo, los del Bosque Salvaje? —exclamó el Sapo, temblando de pies a cabeza—. ¡No, ni una palabra! ¿Qué han estado haciendo?

—¿Y cómo han ido y han tomado la Mansión Sapo? —continuó la Rata.

El Sapo apoyó los codos en la mesa, y la barbilla en las patas; y una gran lágrima brotó en cada uno de sus ojos, se desbordó y salpicó la mesa, ¡plop! ¡plop!

—Sigue, Ratita —murmuró al poco—; cuéntamelo todo. Lo peor ya ha pasado. Soy un animal de nuevo. Puedo soportarlo.

—Cuando tú... te metiste... en ese... en ese... lío tuyo —dijo la Rata, lenta e imponentemente—; quiero decir, cuando tú... desapareciste de la sociedad por un tiempo, por ese malentendido sobre una... una máquina, ya sabes...

El Sapo simplemente asintió.

—Bueno, se habló mucho de ello por aquí, naturalmente —continuó la Rata—, no solo a lo largo de la ribera, sino incluso en el Bosque Salvaje. Los animales tomaron partido, como siempre sucede. Los de la Ribera te defendieron, y dijeron que habías sido tratado infamemente, y que no había justicia en la tierra hoy en día. Pero los animales del Bosque Salvaje dijeron cosas duras, y que te lo merecías, y que ya era hora de que se detuviera este tipo de cosas. Y se pusieron muy gallitos, y andaban diciendo que esta vez estabas acabado. ¡Que nunca volverías, nunca, nunca!

El Sapo asintió una vez más, guardando silencio.

—Así son esa clase de bestias —prosiguió la Rata—. Pero el Topo y el Tejón, ellos insistieron, contra viento y marea, en que volverías pronto, de alguna manera. ¡No sabían exactamente cómo, pero de alguna manera!

El Sapo comenzó a erguirse de nuevo en su silla, y a sonreír un poco.

—Argumentaron basándose en la historia —continuó la Rata—. Dijeron que nunca se había conocido que ninguna ley penal prevaleciera contra un descarado y una verosimilitud como los tuyos, combinados con el poder de una bolsa bien llena. Así que organizaron mudarse a la Mansión Sapo, y dormir allí, y mantenerla aireada, y tenerlo todo listo para cuando

aparecieras. No adivinaron lo que iba a pasar, por supuesto; aun así, tenían sus sospechas de los animales del Bosque Salvaje. Ahora llegó a la parte más dolorosa y trágica de mi historia. Una noche oscura —era una noche muy oscura, y soplaba fuerte, además, y llovía a cántaros— una banda de comadrijas, armadas hasta los dientes, se deslizó silenciosamente por el camino de entrada hasta la puerta principal. Simultáneamente, un cuerpo de hurones desesperados, avanzando a través del huerto, se apoderó del patio trasero y las dependencias; mientras que una compañía de armiños exploradores que no se detenían ante nada ocupó el invernadero y la sala de billar, y tomó las puertas francesas que daban al césped.

»El Topo y el Tejón estaban sentados junto al fuego en el salón de fumar, contando historias y sin sospechar nada, pues no era noche para que ningún animal estuviera fuera, cuando esos villanos sedientos de sangre derribaron las puertas y se abalanzaron sobre ellos desde todos lados. Lucharon lo mejor que pudieron, pero ¿de qué servía? Estaban desarmados y fueron tomados por sorpresa, ¿y qué pueden hacer dos animales contra cientos? ¡Los cogieron y los golpearon severamente con palos, a esas dos pobres y fieles criaturas, y los echaron al frío y a la humedad, con muchos comentarios insultantes e innecesarios!

Aquí el insensible Sapo soltó una risita, y luego se recompuso e intentó parecer particularmente solemne.

—Y los del Bosque Salvaje han estado viviendo en la Mansión Sapo desde entonces —continuó la Rata—; ¡y comportándose de cualquier manera! ¡Tumbados en la cama hasta mediodía, y desayunando a todas horas, y el lugar en tal desorden (me han dicho) que no está para ser visto! Comiendo tu comida, y bebiendo tu bebida, y haciendo chistes malos sobre ti, y cantando canciones vulgares, sobre... bueno, sobre prisiones y magistrados, y policías; canciones horribles y personales, sin humor. Y le están diciendo a los comerciantes y a todo el mundo que han venido para quedarse para siempre.

—¡Ah, ¿sí?! —dijo el Sapo levantándose y agarrando un palo—. ¡Pronto me encargaré yo de eso!

—¡No sirve de nada, Sapo! —le gritó la Rata—. Será mejor que vuelvas y te sientes; solo te meterás en problemas.

Pero el Sapo se había ido, y no había quien lo detuviera. Marchó rápidamente por el camino, con su palo al hombro, echando humo y murmurando para sí en su ira, hasta que llegó cerca de su puerta principal, cuando de repente apareció por detrás de la valla un largo hurón amarillo con una pistola.

—¿Quién va ahí? —dijo el hurón bruscamente.

—¡Tonterías y sandeces! —dijo el Sapo, muy enfadado—. ¿Qué quieres decir con hablarme así? ¡Sal de ahí de inmediato, o yo...!

El hurón no dijo ni una palabra, pero se llevó la pistola al hombro. El Sapo, prudentemente, se tiró al suelo, y ¡Bang!, una bala silbó sobre su cabeza.

El asustado Sapo se levantó de un salto y echó a correr por el camino tan rápido como pudo; y mientras corría oyó al hurón reír y a otras risitas horribles y finas unirse y continuar el sonido.

Regresó, muy cabizbajo, y se lo contó a la Rata de Agua.

—¿Qué te dije? —dijo la Rata—. No sirve de nada. Han puesto centinelas, y están todos armados. Tienes que esperar.

Aun así, el Sapo no estaba dispuesto a rendirse de inmediato. Así que sacó la barca y se puso a remar río arriba hasta donde la fachada del jardín de la Mansión Sapo llegaba a la orilla del agua.

Al llegar a la vista de su antiguo hogar, descansó en sus remos y examinó el terreno con cautela. Todo parecía muy pacífico, desierto y tranquilo. Podía ver toda la fachada de la Mansión Sapo, brillando bajo el sol del atardecer, las palomas posándose de dos en dos y de tres en tres a lo largo de la línea recta del tejado; el jardín, un estallido de flores; el arroyo que conducía al cobertizo para botes, el pequeño puente de madera que lo cruzaba; todo tranquilo, deshabitado, aparentemente esperando su regreso. Probaría primero el cobertizo para botes, pensó. Con mucho cuidado remó hasta la desembocadura del arroyo, y justo pasaba bajo el puente, cuando... ¡Crash!

Una gran piedra, arrojada desde arriba, destrozó el fondo de la barca. Se llenó y se hundió, y el Sapo se encontró luchando en aguas profundas. Al mirar hacia arriba, vio a dos armiños apoyados en el parapeto del puente,

observándolo con gran regocijo. — ¡La próxima vez será tu cabeza, Sapito! — le gritaron. El indignado Sapo nadó hasta la orilla, mientras los armiños reían y reían, apoyándose el uno en el otro, y volvieron a reír, hasta que casi les dan dos ataques; es decir, un ataque a cada uno, por supuesto.

El Sapo rehízo su fatigoso camino a pie, y relató sus decepcionantes experiencias a la Rata de Agua una vez más.

— Bueno, ¿qué te dije? — dijo la Rata muy malhumorada —. ¡Y ahora, mira! ¡Mira lo que has hecho! ¡Me has perdido la barca que tanto me gustaba, eso es lo que has hecho! ¡Y simplemente has arruinado ese bonito traje que te presté! ¡De verdad, Sapo, de todos los animales fastidiosos... me extraña que consigas mantener algún amigo!

El Sapo vio al instante cuán equivocada y tontamente había actuado. Admitió sus errores y su testarudez y se disculpó plenamente con la Rata por perder su barca y estropear su ropa. Y concluyó diciendo, con esa franca entrega que siempre desarmaba la crítica de sus amigos y los ganaba de nuevo a su lado: — ¡Ratita! ¡Veo que he sido un Sapo testarudo y caprichoso! ¡De ahora en adelante, créeme, seré humilde y sumiso, y no tomaré ninguna acción sin tu amable consejo y plena aprobación!

— Si eso es realmente así — dijo la bondadosa Rata, ya apaciguada —, entonces mi consejo para ti es, considerando lo tardío de la hora, que te sientes a cenar, que estará en la mesa en un minuto, y que seas muy paciente. Porque estoy convencido de que no podemos hacer nada hasta que hayamos visto al Topo y al Tejón, y oído sus últimas noticias, y celebrado una conferencia y tomado su consejo en este difícil asunto.

— Oh, ah, sí, por supuesto, el Topo y el Tejón — dijo el Sapo, a la ligera —. ¿Qué ha sido de ellos, los queridos amigos? Me había olvidado por completo de ellos.

— ¡Bien puedes preguntar! — dijo la Rata con reproche —. Mientras tú andabas por el campo en costosos automóviles, y galopabas orgullosamente en caballos de pura sangre, y desayunabas con lo mejor de la tierra, esos dos pobres y devotos animales han estado acampando al aire libre, con todo tipo de clima, viviendo muy austeramente de día y durmiendo muy duro de noche; vigilando tu casa, patrullando tus límites, manteniendo un ojo constante en los armiños y las comadreja, maquinando, planeando e ideando

cómo recuperar tu propiedad. No mereces tener amigos tan verdaderos y leales, Sapo, no, de verdad. ¡Algún día, cuando sea demasiado tarde, te arrepentirás de no haberlos valorado más mientras los tenías!

— Soy una bestia ingrata, lo sé — sollozó el Sapo, derramando amargas lágrimas —. ¡Déjame salir a buscarlos, a la fría y oscura noche, y compartir sus penurias, e intentar demostrar con... ¡Espera un momento! ¡Seguro que he oído el tintineo de platos en una bandeja! ¡La cena está aquí por fin, hurra! ¡Vamos, Ratita!

La Rata recordó que el pobre Sapo había estado a dieta de prisión durante un tiempo considerable, y que por lo tanto había que hacerle grandes concesiones. Lo siguió a la mesa, en consecuencia, y lo animó hospitalariamente en sus gallardos esfuerzos por compensar las privaciones pasadas.

Acababan de terminar su comida y de volver a sus sillones, cuando se oyó un fuerte golpe en la puerta.

El Sapo estaba nervioso, pero la Rata, haciéndole un gesto misterioso, fue directamente a la puerta, la abrió, y entró el señor Tejón.

Tenía toda la apariencia de alguien que durante algunas noches había estado alejado de su hogar y de todas sus pequeñas comodidades y conveniencias. Sus zapatos estaban cubiertos de barro, y se le veía muy desaliñado y despeinado; pero claro, nunca había sido un hombre muy elegante, el Tejón, en sus mejores tiempos. Se acercó solemnemente al Sapo, le estrechó la pata y dijo: — ¡Bienvenido a casa, Sapo! ¡Ay, qué digo! ¡Hogar, dice! Esta es una pobre bienvenida. ¡Infeliz Sapo! — Luego le dio la espalda, se sentó a la mesa, acercó su silla y se sirvió una gran porción de pastel frío.

El Sapo se alarmó bastante con este estilo de saludo tan serio y portentoso; pero la Rata le susurró: — No importa; no hagas caso; y no le digas nada por ahora. Siempre está bastante bajo de moral y abatido cuando le falta el sustento. En media hora será un animal completamente diferente.

Así que esperaron en silencio, y al poco se oyó otro golpe, más ligero. La Rata, con un gesto al Sapo, fue a la puerta y acompañó al Topo, muy andrajoso y sucio, con trozos de heno y paja pegados a su pelaje.

— ¡Hurra! ¡Aquí está el viejo Sapo! — exclamó el Topo, con el rostro radiante —. ¡Imagínate tenerte de vuelta! — Y comenzó a bailar a su alrededor

— . ¡Nunca soñamos que aparecerías tan pronto! ¡Vaya, debes haber logrado escapar, tú, Sapo listo, ingenioso e inteligente!

La Rata, alarmada, tiró de su codo; pero ya era demasiado tarde. El Sapo ya se estaba inflando e hinchando.

—¿Listo? ¡Oh, no! —dijo—. No soy realmente listo, según mis amigos. ¡Solo he escapado de la prisión más fuerte de Inglaterra, eso es todo! ¡Y he capturado un tren y he escapado en él, eso es todo! ¡Y me he disfrazado y he ido por el país engañando a todo el mundo, eso es todo! ¡Oh, no! ¡Soy un estúpido asno, sí señor! ¡Te contaré una o dos de mis pequeñas aventuras, Topo, y juzgarás por ti mismo!

—Bueno, bueno —dijo el Topo, dirigiéndose a la mesa de la cena—; supongo que puedes hablar mientras yo como. ¡Ni un bocado desde el desayuno! ¡Cielos! ¡Cielos! —Y se sentó y se sirvió generosamente de carne fría y encurtidos.

El Sapo se plantó en la alfombra de la chimenea, metió la pata en el bolsillo del pantalón y sacó un puñado de plata. —¡Mirad eso! —exclamó, mostrándolo—. No está tan mal, ¿verdad?, ¿para unos minutos de trabajo? ¿Y cómo creéis que lo hice, Topo? ¡Tratando con caballos! ¡Así es como lo hice!

—Sigue, Sapo —dijo el Topo, inmensamente interesado.

—¡Sapo, cállate, por favor! —dijo la Rata—. Y no lo animes tú, Topo, cuando sabes cómo es; pero por favor, dinos tan pronto como sea posible cuál es la situación, y qué es lo mejor que se puede hacer, ahora que el Sapo ha vuelto por fin.

—La situación es de lo peor que puede ser —replicó el Topo malhumorado—; y en cuanto a qué hacer, ¡pues, maldita sea si lo sé! El Tejón y yo hemos dado vueltas y vueltas al lugar, de noche y de día; siempre lo mismo. Centinelas apostados por todas partes, pistolas apuntándonos, piedras lanzándonos; siempre un animal vigilando, y cuando nos ven, ¡vaya, cómo se ríen! ¡Eso es lo que más me molesta!

—Es una situación muy difícil —dijo la Rata, reflexionando profundamente—. Pero creo que ahora veo, en lo más profundo de mi mente, lo que el Sapo realmente debería hacer. Os lo diré. Debería...

—¡No, no debería! —gritó el Topo, con la boca llena—. ¡Nada de eso! No lo entiendes. Lo que debería hacer es, debería...

—¡Bueno, no lo haré, de todos modos! —exclamó el Sapo, excitándose—. ¡No voy a dejar que me deis órdenes, amigos! ¡Es de mi casa de lo que estamos hablando, y sé exactamente qué hacer, y os lo diré! Voy a...

Para entonces, los tres estaban hablando a la vez, a voz en grito, y el ruido era simplemente ensordecedor, cuando una voz delgada y seca se hizo oír, diciendo: —¡Callaos de una vez, todos vosotros! —e instantáneamente todos guardaron silencio.

Era el Tejón, quien, habiendo terminado su pastel, se había dado la vuelta en su silla y los miraba severamente. Cuando vio que había captado su atención, y que evidentemente esperaban que les dirigiera la palabra, se volvió de nuevo a la mesa y alcanzó el queso. Y tan grande era el respeto que imponían las sólidas cualidades de aquel admirable animal, que no se pronunció ni una palabra más hasta que hubo terminado por completo su comida y se hubo sacudido las migas de las rodillas. El Sapo se movió mucho, pero la Rata lo mantuvo firmemente sujeto.

Cuando el Tejón hubo terminado por completo, se levantó de su asiento y se paró frente a la chimenea, reflexionando profundamente. Al fin habló.

—¡Sapo! —dijo severamente—. ¡Tú, animal malo y problemático! ¿No te avergüenzas de ti mismo? ¿Qué crees que habría dicho tu padre, mi viejo amigo, si hubiera estado aquí esta noche y se hubiera enterado de todas tus andanzas?

El Sapo, que para entonces estaba en el sofá, con las piernas en alto, se dio la vuelta sobre su rostro, sacudido por sollozos de contrición.

—¡Venga, venga! —prosiguió el Tejón, más amablemente—. No importa. Deja de llorar. Vamos a hacer borrón y cuenta nueva, e intentar empezar de nuevo. Pero lo que dice el Topo es totalmente cierto. Los armiños están de guardia, en todos los puntos, y son los mejores centinelas del mundo. Es completamente inútil pensar en atacar el lugar. Son demasiado fuertes para nosotros.

—Entonces todo ha terminado —sollozó el Sapo, llorando contra los cojines del sofá—. ¡Me iré y me alistaré como soldado, y no volveré a ver mi querida Mansión Sapo nunca más!

— ¡Vamos, ánimo, Sapito! —dijo el Tejón—. Hay más formas de recuperar un lugar que tomarlo por asalto. Todavía no he dicho mi última palabra. Ahora voy a contaros un gran secreto.

El Sapo se incorporó lentamente y se secó los ojos. Los secretos tenían una inmensa atracción para él, porque nunca podía guardar uno, y disfrutaba del tipo de emoción impía que experimentaba cuando iba y se lo contaba a otro animal, después de haber prometido fielmente no hacerlo.

— Hay... un... pasadizo... subterráneo —dijo el Tejón, imponentemente—, que conduce desde la orilla del río, muy cerca de aquí, directamente hasta el centro de la Mansión Sapo.

— ¡Oh, tonterías, Tejón! —dijo el Sapo, con bastante aire de suficiencia—. Has estado escuchando algunos de los cuentos que se cuentan en las tabernas de por aquí. Conozco cada centímetro de la Mansión Sapo, por dentro y por fuera. ¡Nada de eso, te lo aseguro!

— Mi joven amigo —dijo el Tejón, con gran severidad—, tu padre, que era un animal digno —mucho más digno que otros que conozco— era un amigo particular mío, y me contó muchas cosas que ni en sueños te habría contado a ti. Él descubrió ese pasadizo —no lo hizo él, por supuesto; eso se hizo cientos de años antes de que él viniera a vivir allí— y lo reparó y lo limpió, porque pensó que podría ser útil algún día, en caso de problemas o peligro; y me lo enseñó. "No se lo digas a mi hijo", dijo. "Es un buen chico, pero de carácter muy ligero y volátil, y simplemente no puede guardar un secreto. Si alguna vez está en un verdadero aprieto, y le fuera de utilidad, puedes contarle lo del pasadizo secreto; pero no antes".

Los otros animales miraron fijamente al Sapo para ver cómo se lo tomaría. El Sapo al principio se mostró malhumorado; pero se animó inmediatamente, como el buen tipo que era.

— Bueno, bueno —dijo—; quizás soy un poco hablador. Un tipo popular como yo... mis amigos me rodean... bromeamos, brillamos, contamos historias ingeniosas... y de alguna manera se me suelta la lengua. Tengo el don de la conversación. Me han dicho que debería tener un salón, sea lo que sea eso. No importa. Sigue, Tejón. ¿Cómo nos va a ayudar ese pasadizo tuyo?

— He descubierto una o dos cosas últimamente —continuó el Tejón—. Hice que la Nutria se disfrazara de deshollinador y llamara a la puerta

trasera con cepillos al hombro, pidiendo trabajo. Mañana por la noche va a haber un gran banquete. Es el cumpleaños de alguien, del Jefe Comadreja, creo, y todas las comadreas estarán reunidas en el comedor, comiendo, bebiendo, riendo y divirtiéndose, sin sospechar nada. ¡Sin pistolas, sin espadas, sin palos, sin armas de ningún tipo!

—Pero los centinelas estarán apostados como de costumbre —observó la Rata.

—Exactamente —dijo el Tejón—; ese es mi punto. Las comadreas confiarán enteramente en sus excelentes centinelas. Y ahí es donde entra el pasadizo. ¡Ese túnel tan útil conduce directamente hasta debajo de la despensa del mayordomo, al lado del comedor!

—¡Ajá! ¡Esa tabla que cruje en la despensa del mayordomo! —dijo el Sapo—. ¡Ahora lo entiendo!

—Nos deslizaremos silenciosamente en la despensa del mayordomo... —exclamó el Topo.

—...¡con nuestras pistolas, espadas y palos...! —gritó la Rata.

—...y nos abalanzaremos sobre ellos —dijo el Tejón.

—...¡y a darles, y a darles, y a darles! —gritó el Sapo en éxtasis, corriendo por la habitación y saltando sobre las sillas.

—Muy bien, entonces —dijo el Tejón, reanudando su habitual manera seca—, nuestro plan está decidido, y no hay nada más sobre lo que discutir y pelear. Así que, como se está haciendo muy tarde, iros todos a la cama de inmediato. Mañana por la mañana haremos todos los arreglos necesarios.

El Sapo, por supuesto, se fue a la cama obedientemente con el resto —sabía que era mejor no negarse— aunque se sentía demasiado excitado para dormir. Pero había tenido un día largo, con muchos acontecimientos apiñados en él; y las sábanas y mantas eran cosas muy amigables y reconfortantes, después de la paja simple, y no demasiada, extendida sobre el suelo de piedra de una celda con corrientes de aire; y su cabeza no había estado muchos segundos en la almohada antes de que roncara felizmente. Naturalmente, soñó mucho; sobre caminos que se escapaban de él justo cuando los necesitaba, y canales que lo perseguían y lo atrapaban, y una barcaza que entraba en el salón de banquetes con la colada de la semana, justo cuando

estaba dando una cena; y estaba solo en el pasadizo secreto, avanzando, pero este se retorció y giraba y se sacudía, y se sentaba sobre su extremo; y sin embargo, de alguna manera, al final, se encontró de nuevo en la Mansión Sapo, sano y salvo y triunfante, con todos sus amigos reunidos a su alrededor, asegurándole seriamente que realmente era un Sapo listo.

Durmió hasta bien entrada la mañana siguiente, y para cuando bajó, descubrió que los otros animales habían terminado su desayuno hacía algún tiempo. El Topo se había escabullido a algún lugar solo, sin decirle a nadie a dónde iba. El Tejón estaba sentado en el sillón, leyendo el periódico, y sin preocuparse en lo más mínimo por lo que iba a suceder esa misma noche. La Rata, por otro lado, corría afanosamente por la habitación, con los brazos llenos de armas de todo tipo, distribuyéndolas en cuatro pequeños montones en el suelo, y diciendo excitadamente en voz baja, mientras corría: «¡Aquí-una-espada-para-la-Rata, aquí-una-espada-para-el-Topo, aquí-una-espada-para-el-Sapo, aquí-una-espada-para-el-Tejón! ¡Aquí-una-pistola-para-la-Rata, aquí-una-pistola-para-el-Topo, aquí-una-pistola-para-el-Sapo, aquí-una-pistola-para-el-Tejón!». Y así sucesivamente, de una manera regular y rítmica, mientras los cuatro pequeños montones crecían y crecían gradualmente.

— Todo eso está muy bien, Rata — dijo el Tejón al poco, mirando al pequeño y atareado animal por encima del borde de su periódico — ; no te estoy culpando. Pero en cuanto pasemos a los armiños, con esas detestables pistolas tuyas, te aseguro que no necesitaremos ni espadas ni pistolas. Nosotros cuatro, con nuestros palos, una vez que estemos dentro del comedor, vaya, limpiaremos el suelo de toda esa chusma en cinco minutos. ¡Habría hecho todo el asunto yo solo, solo que no quería privaros a vosotros de la diversión!

— Es bueno prevenir — dijo la Rata reflexivamente, puliendo el cañón de una pistola en su manga y mirando a lo largo de él.

El Sapo, habiendo terminado su desayuno, cogió un robusto palo y lo blandió vigorosamente, apaleando animales imaginarios. — ¡Les voy a enseñar a robar mi casa! — gritó — . ¡Les voy a enseñar, les voy a enseñar!

— No digas "enseñarles" así, Sapo — dijo la Rata, muy escandalizada — . No es buen inglés.

—¿Por qué siempre estás fastidiando al Sapo? —inquirió el Tejón, con bastante mal humor—. ¿Qué pasa con su inglés? Es el mismo que uso yo, y si es suficientemente bueno para mí, ¿debería ser suficientemente bueno para ti!

—Lo siento mucho —dijo la Rata humildemente—. Solo creo que debería ser "enseñarles", no "aprenderles".

—¡Pero no queremos enseñarles! —replicó el Tejón—. ¡Queremos aprenderles... aprenderles, aprenderles! ¡Y además, vamos a hacerlo!

—Oh, muy bien, como quieras —dijo la Rata. Él mismo se estaba confundiendo un poco al respecto, y al poco se retiró a un rincón, donde se le podía oír murmurar: «¡Aprenderles, enseñarles, enseñarles, aprenderles!», hasta que el Tejón le dijo con bastante brusquedad que parara.

Al poco, el Topo entró corriendo en la habitación, evidentemente muy complacido consigo mismo. —¡Me he estado divirtiendo tanto! —comenzó de inmediato—; ¡he estado tomándole el pelo a los armiños!

—Espero que hayas sido muy cuidadoso, ¿Topo? —dijo la Rata ansiosamente.

—¡Yo también lo espero! —dijo el Topo con confianza—. Se me ocurrió la idea cuando fui a la cocina, a ver si mantenían caliente el desayuno del Sapo. Encontré ese viejo vestido de lavandera con el que volvió a casa ayer, colgado en un tendedero de toallas frente al fuego. Así que me lo puse, y el gorro también, y el mantón, y me fui a la Mansión Sapo, tan campante. Los centinelas estaban vigilando, por supuesto, con sus pistolas y sus "¿Quién va ahí?" y el resto de sus tonterías. "¡Buenos días, señores!", digo yo, muy respetuoso. "¿Quieren que les lave algo hoy?"

»Me miraron muy orgullosos, estirados y altivos, y dijeron: "¡Váyase, lavandera! No lavamos nada en servicio". "¿O en ningún otro momento?", digo yo. ¡Jo, jo, jo! ¿No fui gracioso, Sapo?

—¡Pobre animal frívolo! —dijo el Sapo, muy altaneramente. El hecho es que sentía una envidia tremenda del Topo por lo que acababa de hacer. Era exactamente lo que le hubiera gustado hacer a él mismo, si tan solo se le hubiera ocurrido primero, y no se hubiera quedado dormido.

— Algunos de los armiños se pusieron bastante sonrosados — continuó el Topo—, y el sargento a cargo, me dijo, muy seco, dijo: "¡Ahora márchate, buena mujer, márchate! No entretengas a mis hombres ociosos y hablando en sus puestos". "¿Marcharme?", digo yo; "¡no seré yo quien se marche, dentro de muy poco tiempo!".

— ¡Oh Moly, cómo pudiste? — dijo la Rata, consternada.

El Tejón dejó su periódico.

— Pude ver cómo aguzaban el oído y se miraban unos a otros — prosiguió el Topo—; y el sargento les dijo: "No le hagáis caso; no sabe de lo que habla".

— "¿¡Oh, que no!?", dije yo. "Bueno, dejadme deciros esto. Mi hija, lava para el señor Tejón, y eso os demostrará si sé de lo que hablo; ¡y vosotros también lo sabréis muy pronto! Cien tejones sedientos de sangre, armados con rifles, van a atacar la Mansión Sapo esta misma noche, por el lado del prado. Seis barcadas de Ratas, con pistolas y alfanjes, subirán por el río y efectuarán un desembarco en el jardín; mientras que un cuerpo selecto de Sapos, conocidos como los Irreductibles, o los Sapos de la Muerte o la Gloria, asaltarán el huerto y arrasarán con todo a su paso, clamando venganza. ¡No quedará mucho de vosotros que lavar, para cuando hayan terminado con vosotros, a menos que os larguéis mientras tengáis la oportunidad!". Entonces eché a correr, y cuando estuve fuera de la vista me escondí; y al poco volví sigilosamente por la zanja y eché un vistazo a través del seto. Estaban todos tan nerviosos y alterados como era posible, corriendo en todas direcciones a la vez, y tropezando unos con otros, y cada uno dando órdenes a todos los demás y sin escuchar; y el sargento no paraba de enviar partidas de armiños a partes distantes de los terrenos, y luego enviaba a otros a traerlos de vuelta; y los oí decirse unos a otros: "Así son las comadrejas; ellas se quedan cómodamente en el salón de banquetes, y tienen festines, brindis, canciones y todo tipo de diversión, ¡mientras nosotros debemos quedarnos de guardia en el frío y la oscuridad, y al final ser despedazados por tejones sedientos de sangre!".

— ¡Oh, tonto de remate, Topo! — exclamó el Sapo—. ¡Has ido y lo has estropeado todo!

—Topo —dijo el Tejón, a su manera seca y tranquila—, percibo que tienes más sentido común en tu dedo meñique que algunos otros animales en todo su gordo cuerpo. Lo has manejado excelentemente, y empiezo a tener grandes esperanzas en ti. ¡Buen Topo! ¡Listo Topo!

El Sapo estaba simplemente loco de celos, sobre todo porque no podía entender por nada del mundo qué había hecho el Topo que fuera tan particularmente listo; pero, afortunadamente para él, antes de que pudiera mostrar su mal genio o exponerse al sarcasmo del Tejón, sonó la campana para el almuerzo.

Fue una comida sencilla pero sustanciosa —tocino y habas, y un pudin de macarrones—; y cuando hubieron terminado por completo, el Tejón se acomodó en un sillón y dijo: —Bueno, tenemos trabajo por delante esta noche, y probablemente será bastante tarde antes de que hayamos terminado del todo; así que voy a echar una cabezadita de cuarenta guiños, mientras pueda. —Y se echó un pañuelo sobre la cara y pronto estuvo roncando.

La ansiosa y laboriosa Rata reanudó de inmediato sus preparativos, y comenzó a correr entre sus cuatro pequeños montones, murmurando: «¡Aquí-un-cinturón-para-la-Rata, aquí-un-cinturón-para-el-Topo, aquí-un-cinturón-para-el-Sapo, aquí-un-cinturón-para-el-Tejón!», y así sucesivamente, con cada nuevo pertrecho que producía, a lo que realmente parecía no haber fin; así que el Topo tomó del brazo al Sapo, lo sacó al aire libre, lo metió en una silla de mimbre y le hizo contarle todas sus aventuras de principio a fin, lo que el Sapo estaba más que dispuesto a hacer. El Topo era un buen oyente, y el Sapo, sin nadie que controlara sus afirmaciones o criticara con espíritu poco amistoso, se dejó llevar un poco. De hecho, mucho de lo que relató pertenecía más propiamente a la categoría de *lo-que-podría-haber-sucedido-si-tan-solo-lo-hubiera-pensado-a-tiempo-en-lugar-de-diez-minutos-después*. Esas son siempre las mejores y más picantes aventuras; ¿y por qué no habrían de ser verdaderamente nuestras, tanto como las cosas algo inadecuadas que realmente suceden?

XII. EL REGRESO DE ULISES

Cuando empezó a oscurecer, la Rata, con un aire de excitación y misterio, los convocó de nuevo al salón, los puso a cada uno junto a su pequeño montón y procedió a vestirlos para la expedición venidera. Fue muy serio y minucioso al respecto, y el asunto llevó bastante tiempo. Primero, un cinturón para cada animal, luego una espada que meter en cada cinturón, y después un alfanje al otro lado para equilibrarlo. Luego un par de pistolas, una porra de policía, varios juegos de esposas, algunas vendas y esparadrapo, y una petaca y una fiambarrera. El Tejón se rio de buen humor y dijo: — ¡De acuerdo, Ratita! A ti te divierte y a mí no me hace daño. Yo voy a hacer todo lo que tengo que hacer con este palo de aquí. — Pero la Rata solo dijo: — Por favor, Tejón. Sabes que no me gustaría que luego me culparas y dijeras que se me había olvidado algo.

Cuando todo estuvo completamente listo, el Tejón tomó una linterna sorda en una pata, agarró su gran palo con la otra y dijo: — ¡Ahora, seguidme! El Topo primero, porque estoy muy contento con él; la Rata después; el Sapo al final. ¡Y escucha, Sapito! No parlotees tanto como de costumbre, o te enviarán de vuelta, ¡tan seguro como el destino!

El Sapo estaba tan ansioso por no quedarse fuera que aceptó la posición inferior que se le asignó sin una queja, y los animales partieron. El Tejón los guio un trecho a lo largo del río, y luego de repente se balanceó sobre el borde hacia un agujero en la ribera, un poco por encima del agua. El Topo y la Rata lo siguieron en silencio, balanceándose con éxito hacia el agujero como habían visto hacer al Tejón; pero cuando llegó el turno del Sapo, por supuesto, se las arregló para resbalar y caer al agua con un fuerte chapoteo

y un chillido de alarma. Fue sacado por sus amigos, frotado y escurrido apresuradamente, consolado y puesto en pie; pero el Tejón estaba seriamente enfadado y le dijo que la próxima vez que hiciera el ridículo, sin duda alguna se quedaría atrás.

¡Así que, por fin, estaban en el pasadizo secreto, y la expedición de asalto había comenzado de verdad!

Hacía frío, y estaba oscuro, y húmedo, y bajo, y estrecho, y el pobre Sapo empezó a temblar, en parte por el temor a lo que pudiera haber delante, en parte porque estaba empapado. La linterna iba muy por delante, y no pudo evitar quedarse un poco rezagado en la oscuridad. Entonces oyó a la Rata gritarle como advertencia: —¡Vamos, Sapo! —y un terror se apoderó de él de quedarse atrás, solo en la oscuridad, y «avanzó» con tal ímpetu que derribó a la Rata sobre el Topo y al Topo sobre el Tejón, y por un momento todo fue confusión. El Tejón pensó que los atacaban por detrás y, como no había espacio para usar un palo o un alfanje, sacó una pistola y estuvo a punto de meterle una bala al Sapo. Cuando descubrió lo que realmente había sucedido, se enfadó mucho y dijo: —¡Ahora, esta vez, ese pesado del Sapo se quedará atrás!

Pero el Sapo gimoteó, y los otros dos prometieron que responderían por su buena conducta, y al fin el Tejón se aplacó, y la procesión continuó; solo que esta vez la Rata cerraba la marcha, con un firme agarre en el hombro del Sapo.

Así que avanzaron a tientas y arrastrando los pies, con las orejas aguzadas y las patas en las pistolas, hasta que al fin el Tejón dijo: —A estas alturas deberíamos estar ya casi debajo de la Mansión.

Entonces, de repente, oyeron, tan lejos como pudiera estar, y sin embargo aparentemente casi sobre sus cabezas, un confuso murmullo de sonido, como si la gente estuviera gritando, vitoreando, pateando el suelo y golpeando las mesas. Todos los terrores nerviosos del Sapo regresaron, pero el Tejón solo comentó plácidamente: —¡Se lo están pasando en grande, las Comadreas!

El pasadizo comenzó a inclinarse hacia arriba; avanzaron a tientas un poco más, y entonces el ruido estalló de nuevo, esta vez bastante nítido, y muy cerca, encima de ellos. —¡Uuu-ra-urá-u-ra-urá! —oyeron, y el pateo

de pequeños pies en el suelo, y el tintineo de vasos mientras pequeños puños golpeaban la mesa. — ¡Vaya fiesta que se traen! — dijo el Tejón—. ¡Vamos! — Se apresuraron por el pasadizo hasta que llegó a un punto muerto, y se encontraron de pie bajo la trampilla que conducía a la despensa del mayordomo.

Había un ruido tan tremendo en el salón de banquetes que había poco peligro de que los oyeran. El Tejón dijo: — ¡Ahora, muchachos, todos juntos! — y los cuatro pusieron sus hombros contra la trampilla y la empujaron hacia atrás. Ayudándose unos a otros a subir, se encontraron de pie en la despensa, con solo una puerta entre ellos y el salón de banquetes, donde sus inconscientes enemigos estaban de juerga.

El ruido, al salir del pasadizo, era simplemente ensordecedor. Al fin, mientras los vítores y los golpes disminuían lentamente, se pudo distinguir una voz que decía: — Bueno, no me propongo entretenerlos mucho más... — (grandes aplausos) — ...pero antes de volver a mi asiento... — (renovados vítores) — ...quisiera decir una palabra sobre nuestro amable anfitrión, el señor Sapo. ¡Todos conocemos al Sapo! — (grandes risas) — ¡El buen Sapo, el modesto Sapo, el honesto Sapo! — (chillidos de regocijo).

— ¡Solo dejadme que lo agarre! — murmuró el Sapo, rechinando los dientes.

— ¡Espera un minuto! — dijo el Tejón, reteniéndolo con dificultad—. ¡Preparaos, todos vosotros!

— ...Permítanme cantarles una pequeña canción — continuó la voz —, que he compuesto sobre el tema del Sapo... — (aplausos prolongados).

Entonces el Jefe Comadreja — pues era él — comenzó con una voz aguda y chillona:

«El Sapo se fue de juerga

Alegre por la calle...»

El Tejón se irguió, agarró firmemente su palo con ambas patas, miró a sus camaradas y gritó:

— ¡Ha llegado la hora! ¡Seguidme!

Y abrió la puerta de par en par.

¡Cielos!

¡Qué chillido, qué chirrido y qué alarido llenó el aire!

¡Con razón las aterrorizadas comadreas se zambullían bajo las mesas y saltaban como locas a las ventanas! ¡Con razón los hurones corrían desenfrenadamente hacia la chimenea y se quedaban irremediabilmente atascados en ella! ¡Con razón se volcaban mesas y sillas, y vasos y porcelana se estrellaban contra el suelo, en el pánico de aquel terrible momento en que los cuatro Héroe entraron airadamente en la habitación! El poderoso Tejón, con los bigotes erizados, su gran garrote silbando en el aire; el Topo, negro y sombrío, blandiendo su palo y gritando su terrible grito de guerra: «¡Un Topo! ¡Un Topo!»; la Rata, desesperada y decidida, con el cinturón abultado de armas de todas las épocas y variedades; el Sapo, frenético de excitación y orgullo herido, hinchado al doble de su tamaño normal, saltando en el aire y emitiendo alaridos de Sapo que les helaban la médula. «¡El Sapo se fue de juerga!», aulló. «¡Ya les daré yo juerga!», y fue directo a por el Jefe Comadreja. No eran más que cuatro en total, pero para las comadreas presas del pánico, el salón parecía lleno de animales monstruosos, grises, negros, marrones y amarillos, que gritaban y blandían enormes garrotes; y rompieron filas y huyeron con chillidos de terror y consternación, por aquí y por allá, a través de las ventanas, por la chimenea, a cualquier lugar para escapar del alcance de aquellos terribles palos.

El asunto terminó pronto. Arriba y abajo, a lo largo de todo el salón, los cuatro Amigos avanzaban a grandes zancadas, golpeando con sus palos cada cabeza que se asomaba; y en cinco minutos la habitación quedó despejada. A través de las ventanas rotas, los chillidos de las comadreas aterrorizadas que escapaban por el césped llegaban débilmente a sus oídos; en el suelo yacían postrados una docena de enemigos, a los que el Topo se dedicaba afanosamente a ponerles las esposas. El Tejón, descansando de sus labores, se apoyó en su palo y se secó la honesta frente.

—Topo —dijo—, ¡eres el mejor de los compañeros! Ve fuera y ocúpate de esos centinelas armiños tuyos, y a ver qué están haciendo. Tengo la idea de que, gracias a ti, ¡no tendremos muchos problemas con ellos esta noche!

El Topo desapareció rápidamente por una ventana; y el Tejón ordenó a los otros dos que volvieran a poner una mesa en pie, recogieran cuchillos, tenedores, platos y vasos de los escombros del suelo, y vieran si podían en-

contrar materiales para una cena. —Quiero algo de comer, sí que quiero — dijo, en esa forma bastante vulgar que tenía de hablar—. ¡Mueve el esqueleto, Sapo, y date brío! Te hemos devuelto tu casa, y no nos ofreces ni un sándwich. —Al Sapo le dolió un poco que el Tejón no le dijera cosas agradables, como le había dicho al Topo, y le dijera qué buen tipo era, y cuán espléndidamente había luchado; porque estaba particularmente satisfecho consigo mismo y con la forma en que había ido a por el Jefe Comadreja y lo había hecho volar por encima de la mesa de un solo golpe de su palo. Pero se movió con presteza, y también la Rata, y pronto encontraron un poco de jalea de guayaba en un plato de cristal, y un pollo frío, una lengua que apenas había sido tocada, un poco de postre de bizcocho y bastante ensalada de langosta; y en la despensa encontraron una cesta llena de panecillos franceses y cualquier cantidad de queso, mantequilla y apio. Estaban a punto de sentarse cuando el Topo entró trepando por la ventana, riendo entre dientes, con un brazado de rifles.

—Todo ha terminado —informó—. Por lo que puedo deducir, tan pronto como los armiños, que ya estaban muy nerviosos y asustadizos, oyeron los chillidos, los gritos y el alboroto dentro del salón, algunos de ellos arrojaron sus rifles y huyeron. Los otros resistieron un poco, pero cuando las comadreas salieron corriendo hacia ellos, pensaron que habían sido traicionados; y los armiños se agarraron con las comadreas, y las comadreas lucharon por escapar, y lucharon y se retorcieron y se golpearon, y rodaron una y otra vez, ¡hasta que la mayoría de ellos rodó al río! Ya han desaparecido todos, de una forma u otra; y yo tengo sus rifles. ¡Así que todo está bien!

—¡Animal excelente y meritorio! —dijo el Tejón, con la boca llena de pollo y postre—. Ahora, solo hay una cosa más que quiero que hagas, Topo, antes de que te sientes a cenar con nosotros; y no te molestaría si no supiera que puedo confiar en ti para ver que se haga algo, y ojalá pudiera decir lo mismo de todos los que conozco. Enviaría a la Rata, si no fuera poeta. Quiero que llesves a esos tipos del suelo arriba contigo, y hagas que limpien y ordenen algunos dormitorios y los dejen realmente cómodos. Asegúrate de que barran debajo de las camas, pongan sábanas y fundas de almohada limpias, y doblen una esquina de la ropa de cama, tal como sabes que debe hacerse; y que pongan una jarra de agua caliente, toallas limpias y pastillas de jabón nuevas en cada habitación. Y luego puedes darles una paliza a

cada uno, si te satisface, y echarlos por la puerta trasera, y no creo que volvamos a verlos. Y luego ven a tomar un poco de esta lengua fría. Es de primera. ¡Estoy muy contento contigo, Topo!

El bondadoso Topo cogió un palo, formó a sus prisioneros en una línea en el suelo, les dio la orden de «¡Paso ligero!» y condujo a su escuadrón al piso de arriba. Después de un tiempo, apareció de nuevo, sonriendo, y dijo que cada habitación estaba lista, y tan limpia como una patena. — Y tampoco tuve que pegarles — añadió—. Pensé que, en general, ya habían recibido suficientes palos por una noche, y las comadrejas, cuando les planteé el asunto, estuvieron bastante de acuerdo conmigo, y dijeron que ni se les ocurriría molestarme. Estaban muy arrepentidas, y dijeron que sentían muchísimo lo que habían hecho, pero que todo era culpa del Jefe Comadreja y de los armiños, y que si alguna vez podían hacer algo por nosotros en cualquier momento para compensar, solo teníamos que mencionarlo. Así que les di un panecillo a cada uno, los dejé salir por la parte de atrás, ¡y se fueron corriendo, tan rápido como pudieron!

Entonces el Topo acercó su silla a la mesa y se lanzó sobre la lengua fría; y el Sapo, como el caballero que era, dejó a un lado toda su envidia y dijo cordialmente: — ¡Gracias amablemente, querido Topo, por todas tus penas y trabajos de esta noche, y especialmente por tu astucia de esta mañana! — Al Tejón le agradó eso, y dijo: — ¡Así habló mi valiente Sapo! — Así que terminaron su cena con gran alegría y satisfacción, y al poco se retiraron a descansar entre sábanas limpias, a salvo en el hogar ancestral del Sapo, reconquistado por un valor sin igual, una estrategia consumada y un manejo adecuado de los palos.

A la mañana siguiente, el Sapo, que se había quedado dormido como de costumbre, bajó a desayunar vergonzosamente tarde, y encontró sobre la mesa una cierta cantidad de cáscaras de huevo, algunos fragmentos de tostada fría y correosa, una cafetera tres cuartas partes vacía, y realmente muy poco más; lo que no contribuyó a mejorar su humor, considerando que, después de todo, era su propia casa. A través de las puertas francesas del comedor de desayuno podía ver al Topo y a la Rata de Agua sentados en sillas de mimbre en el césped, evidentemente contándose historias; riendo a carcajadas y levantando sus cortas piernas en el aire. El Tejón, que estaba en un sillón y absorto en el periódico de la mañana, simplemente levantó la vista y asintió cuando el Sapo entró en la habitación. Pero el Sapo conocía a

su hombre, así que se sentó e hizo el mejor desayuno que pudo, simplemente observando para sí mismo que se las arreglaría con los otros tarde o temprano. Cuando casi había terminado, el Tejón levantó la vista y comentó con bastante sequedad: —Lo siento, Sapo, pero me temo que tienes por delante una mañana de mucho trabajo. Verás, realmente deberíamos tener un Banquete de inmediato, para celebrar este asunto. Se espera de ti... de hecho, es la regla.

— ¡Oh, de acuerdo! —dijo el Sapo, prontamente—. Cualquier cosa por complacer. Aunque por qué demonios querríais tener un Banquete por la mañana no puedo entenderlo. ¡Pero ya sabéis que no vivo para complacerme a mí mismo, sino simplemente para averiguar lo que quieren mis amigos, y luego intentar arreglarlo para ellos, querido viejo Tejón!

—No finjas ser más estúpido de lo que realmente eres —replicó el Tejón, malhumorado—; y no te rías entre dientes ni farfulles en tu café mientras hablas; no son modales. Lo que quiero decir es que el Banquete será por la noche, por supuesto, pero las invitaciones tendrán que escribirse y enviarse de inmediato, y tú tienes que escribirlas. Ahora, siéntate en esa mesa —hay montones de papel de carta en ella, con "Mansión Sapo" en la parte superior en azul y oro— y escribe invitaciones a todos nuestros amigos, y si te aplicas las sacaremos antes del almuerzo. Y yo también echaré una mano; y tomaré mi parte de la carga. Yo pediré el Banquete.

—¿¡Qué!?! —exclamó el Sapo, consternado—. ¿Yo quedarme dentro y escribir un montón de cartas podridas en una mañana tan alegre como esta, cuando quiero recorrer mi propiedad, y poner todo y a todos en orden, y pavonearme y disfrutar! ¡Ciertamente no! ¡Seré... te veré...! ¡Espera un minuto, sin embargo! ¡Pues claro, querido Tejón! ¿Qué es mi placer o conveniencia comparado con el de los demás? Tú deseas que se haga, y se hará. Ve, Tejón, pide el Banquete, pide lo que quieras; luego únete a nuestros jóvenes amigos fuera en su inocente alegría, ajeno a mí y a mis preocupaciones y trabajos. ¡Sacrifico esta hermosa mañana en el altar del deber y la amistad!

El Tejón lo miró con mucha sospecha, pero el semblante franco y abierto del Sapo hacía difícil sugerir algún motivo indigno en este cambio de actitud. Salió de la habitación, en consecuencia, en dirección a la cocina, y tan pronto como la puerta se hubo cerrado tras él, el Sapo corrió a la mesa de

escribir. Se le había ocurrido una gran idea mientras hablaba. Escribiría las invitaciones; y se encargaría de mencionar el papel principal que había desempeñado en la lucha, y cómo había dejado K.O. al Jefe Comadreja; e insinuaría sus aventuras, y la carrera de triunfos que tenía que contar; y en la guarda escribiría una especie de programa de entretenimiento para la noche, algo así, como lo esbozó en su cabeza:

DISCURSO. . . . POR EL SAPO.

(Habrá otros discursos del SAPO durante la velada).

ALOCUCIÓN. . . . POR EL SAPO

SINOPSIS — Nuestro Sistema Penitenciario — Las Vías Fluviales de la Vieja Inglaterra — El Trato de Caballos, y cómo tratar — La Propiedad, sus derechos y sus deberes — Regreso a la Tierra — Un Típico Hacendado Inglés.

CANCIÓN. . . . POR EL SAPO.

(Compuesta por él mismo).

OTRAS COMPOSICIONES. DEL SAPO

serán cantadas en el transcurso de la velada por el . . . COMPOSITOR.

La idea le agradó enormemente, y trabajó muy duro y terminó todas las cartas para el mediodía, a cuya hora se le informó de que había una pequeña y bastante desaliñada comadreja en la puerta, preguntando tímidamente si podía ser de algún servicio a los señores. El Sapo salió pavoneándose y descubrió que era uno de los prisioneros de la noche anterior, muy respetuoso y ansioso por complacer. Le dio una palmadita en la cabeza, le metió el fajo de invitaciones en la pata y le dijo que se diera prisa y las entregara tan rápido como pudiera, y que si le apetecía volver por la noche, quizás habría un chelín para él, o, de nuevo, quizás no; y la pobre comadreja pareció realmente bastante agradecida, y se fue corriendo ansiosamente a cumplir su misión.

Cuando los otros animales regresaron para el almuerzo, muy bulliciosos y animados después de una mañana en el río, el Topo, a quien le remordía la conciencia, miró dudosamente al Sapo, esperando encontrarlo malhumorado o deprimido. En cambio, estaba tan altivo e inflado que el Topo comenzó

a sospechar algo; mientras que la Rata y el Tejón intercambiaron miradas significativas.

Tan pronto como terminó la comida, el Sapo metió las patas en los bolsillos del pantalón, comentó casualmente: —Bueno, ¡cuidaos, amigos! ¡Pedid lo que queráis! —y se iba pavoneando en dirección al jardín, donde quería pensar una o dos ideas para sus próximos discursos, cuando la Rata lo agarró del brazo.

El Sapo sospechaba bastante lo que buscaba, e hizo todo lo posible por escapar; pero cuando el Tejón lo agarró firmemente del otro brazo, empezó a ver que el juego había terminado. Los dos animales lo condujeron entre ellos al pequeño salón de fumar que daba al vestíbulo de entrada, cerraron la puerta y lo sentaron en una silla. Luego ambos se pararon frente a él, mientras el Sapo permanecía en silencio y los miraba con mucha sospecha y mal humor.

—Ahora, escucha, Sapo —dijo la Rata—. Es sobre este Banquete, y lamento mucho tener que hablarte así. Pero queremos que entiendas claramente, de una vez por todas, que no va a haber discursos ni canciones. Intenta asimilar el hecho de que en esta ocasión no estamos discutiendo contigo; simplemente te lo estamos diciendo.

El Sapo vio que estaba atrapado. Lo entendían, veían a través de él, se le habían adelantado. Su agradable sueño se había hecho añicos.

—¿No puedo cantarles solo una pequeña cancioncita? —suplicó lastimosamente.

—No, ni una pequeña cancioncita —replicó la Rata con firmeza, aunque su corazón sangraba al notar el labio tembloroso del pobre y decepcionado Sapo—. No sirve de nada, Sapito; sabes bien que tus canciones son todo vanidad, jactancia y presunción; y tus discursos son todo autocomplacencia y... y... bueno, y grosera exageración y... y...

—Y fanfarronería —intervino el Tejón, a su manera vulgar.

—Es por tu propio bien, Sapito —continuó la Rata—. Sabes que tienes que empezar una nueva vida tarde o temprano, y ahora parece un momento espléndido para empezar; una especie de punto de inflexión en tu carrera. Por favor, no pienses que decir todo esto no me duele más a mí que a ti.

El Sapo permaneció un buen rato sumido en sus pensamientos. Al fin levantó la cabeza, y las huellas de una fuerte emoción eran visibles en sus facciones. —Habéis vencido, amigos míos —dijo con acento entrecortado—. Era, sin duda, una cosa pequeña la que pedía... simplemente permiso para florecer y expandirme por una noche más, para dejarme llevar y oír el tumultuoso aplauso que siempre me parece... de alguna manera... sacar mis mejores cualidades. Sin embargo, tenéis razón, lo sé, y yo estoy equivocado. De ahora en adelante seré un Sapo muy diferente. Amigos míos, nunca más tendréis ocasión de sonrojaros por mí. ¡Pero, oh cielos, oh cielos, este es un mundo duro!

Y, llevándose el pañuelo al rostro, salió de la habitación, con paso vacilante.

—Tejón —dijo la Rata—, me siento como un bruto; me pregunto cómo te sientes tú.

—Oh, lo sé, lo sé —dijo el Tejón sombríamente—. Pero había que hacerlo. Este buen amigo tiene que vivir aquí, y hacerse valer, y ser respetado. ¿Querrías que fuera el hazmerreír de todos, objeto de burla y mofa de armiños y comadreas?

—Por supuesto que no —dijo la Rata—. Y, hablando de comadreas, es una suerte que nos encontráramos con esa pequeña comadreja, justo cuando salía con las invitaciones del Sapo. Sospeché algo por lo que me contaste, y eché un vistazo a una o dos; eran simplemente vergonzosas. Las confisqué todas, y el buen Topo está ahora sentado en el gabinete azul, rellenando tarjetas de invitación sencillas y simples.

Al fin, la hora del banquete comenzó a acercarse, y el Sapo, que al dejar a los demás se había retirado a su dormitorio, seguía sentado allí, melancólico y pensativo. Con la frente apoyada en la pata, reflexionó larga y profundamente. Gradualmente su semblante se aclaró, y comenzó a sonreír largas y lentas sonrisas. Luego se puso a reír tontamente de una manera tímida y cohibida. Al final se levantó, cerró la puerta con llave, corrió las cortinas de las ventanas, reunió todas las sillas de la habitación y las dispuso en semicírculo, y tomó su posición frente a ellas, hinchándose visiblemente. Luego hizo una reverencia, tosió dos veces y, dejándose llevar, con voz en alto cantó, para el público extasiado que su imaginación veía tan claramente.

¡LA ÚLTIMA CANCIONCILLA DEL SAPO!

¡El Sapo... llegó... a casa!

Hubo pánico en los salones y aullidos en los vestíbulos,

Hubo llanto en los establos y chillidos en los corrales,

¡Cuando el Sapo... llegó... a casa!

¡Cuando el Sapo... llegó... a casa!

Hubo rotura de ventanas y estrépito de puertas,

Hubo acoso a comadreas que se desmayaban en el suelo,

¡Cuando el Sapo... llegó... a casa!

¡Bang! ¡suenan los tambores!

Los trompetistas están tocando y los soldados están saludando,

Y los cañones están disparando y los coches están tocando la bocina,

¡Mientras el... Héroe... llega!

¡Gritad... Hurra!

Y que cada uno de la multitud intente gritarlo muy fuerte,

En honor a un animal del que estáis justamente orgullosos,

¡Porque es el... gran... día... del Sapo!

Cantó esto muy alto, con gran unción y expresión; y cuando terminó, lo cantó todo de nuevo.

Luego suspiró profundamente; un largo, largo, largo suspiro.

Luego mojó su cepillo de pelo en la jarra de agua, se peinó la raya en medio y se lo aplastó muy liso y reluciente a cada lado de la cara; y, abriendo la puerta, bajó silenciosamente las escaleras para recibir a sus invitados, que sabía que debían estar reuniéndose en el salón.

Todos los animales vitorearon cuando entró, y se agolparon para felicitarlo y decirle cosas bonitas sobre su coraje, su astucia y sus cualidades combativas; pero el Sapo solo sonrió débilmente y murmuró: — ¡En absoluto! — O, a veces, para variar: — ¡Al contrario! — La Nutria, que estaba de pie

en la alfombra de la chimenea, describiendo a un círculo de amigos admiradores exactamente cómo habría manejado las cosas si hubiera estado allí, se adelantó con un grito, le echó el brazo al cuello al Sapo e intentó llevarlo por la habitación en un desfile triunfal; pero el Sapo, de manera suave, fue bastante seco con él, comentando amablemente, mientras se soltaba: —La mente maestra fue la del Tejón; el Topo y la Rata de Agua llevaron el peso de la lucha; yo simplemente serví en las filas e hice poco o nada. —Los animales estaban evidentemente perplejos y desconcertados por esta inesperada actitud suya; y el Sapo sintió, mientras se movía de un invitado a otro, dando sus modestas respuestas, que era un objeto de absorbente interés para todos.

El Tejón había encargado todo de la mejor calidad, y el banquete fue un gran éxito. Hubo mucha conversación, risas y bromas entre los animales, pero a través de todo ello el Sapo, que por supuesto presidía, miraba por encima del hombro y murmuraba agradables naderías a los animales a cada lado de él. A intervalos, echaba una mirada furtiva al Tejón y a la Rata, y siempre que miraba, se estaban mirando el uno al otro con la boca abierta; y esto le daba la mayor satisfacción. Algunos de los animales más jóvenes y animados, a medida que avanzaba la velada, empezaron a susurrar entre ellos que las cosas no eran tan divertidas como solían ser en los buenos viejos tiempos; y hubo algunos golpes en la mesa y gritos de «¡Sapo! ¡Discurso! ¡Discurso del Sapo! ¡Canción! ¡La canción del señor Sapo!». Pero el Sapo solo sacudía la cabeza suavemente, levantaba una pata en señal de leve protesta y, ofreciendo manjares a sus invitados, con pequeñas charlas de actualidad y con serias preguntas sobre los miembros de sus familias que aún no tenían edad para aparecer en funciones sociales, se las arregló para transmitirles que esta cena se desarrollaba siguiendo líneas estrictamente convencionales.

¡Era, en verdad, un Sapo cambiado!

Después de este clímax, los cuatro animales continuaron llevando sus vidas, tan bruscamente interrumpidas por la guerra civil, con gran alegría y satisfacción, sin ser perturbados por más levantamientos o invasiones. El Sapo, previa consulta con sus amigos, seleccionó una hermosa cadena de oro y un guardapelo con perlas, que envió a la hija del carcelero con una carta que incluso el Tejón admitió ser modesta, agradecida y apreciativa; y al maquinista, a su vez, se le agradeció y compensó debidamente por todas

sus penas y trabajos. Bajo severa coacción del Tejón, incluso la mujer de la barcaza fue, con cierta dificultad, buscada y el valor de su caballo discretamente restituido; aunque el Sapo pataleó terriblemente ante esto, considerándose un instrumento del Destino, enviado para castigar a las mujeres gordas de brazos moteados que no sabían reconocer a un verdadero caballero cuando lo veían. La cantidad involucrada, es cierto, no era muy onerosa, ya que la valoración del gitano fue admitida por los tasadores locales como aproximadamente correcta.

A veces, en el transcurso de las largas tardes de verano, los amigos daban un paseo juntos por el Bosque Salvaje, ahora exitosamente domesticado en lo que a ellos concernía; y era agradable ver con qué respeto eran saludados por los habitantes, y cómo las madres comadrejas sacaban a sus crías a la boca de sus madrigueras y decían, señalando: «¡Mira, cariño! ¡Ahí va el gran señor Sapo! ¡Y ese es el galante Rata de Agua, un luchador terrible, que camina a su lado! ¡Y allá viene el famoso señor Topo, de quien tan a menudo has oído hablar a tu padre!». Pero cuando sus pequeños eran revoltosos y estaban completamente fuera de control, los calmaban contándoles cómo, si no se callaban y no los molestaban, el terrible Tejón gris vendría a buscarlos. Esto era una vil calumnia contra el Tejón, a quien, aunque le importaba poco la Sociedad, le gustaban bastante los niños; pero nunca dejaba de tener su pleno efecto.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB